

SOBRE LAS EPÍSTOLAS CATÓLICAS. (C)

PRÓLOGO SOBRE LAS SIETE EPÍSTOLAS CANÓNICAS.

Santiago, Pedro, Juan y Judas escribieron siete Epístolas, que la costumbre eclesiástica llama Católicas, es decir, universales. La primera Epístola de Santiago se coloca en primer lugar porque él asumió el gobierno de la Iglesia de Jerusalén. En el catálogo de los apóstoles, Pedro y Juan suelen ser nombrados primero. Sin embargo, la fuente y origen de la predicación evangélica, comenzando [falta de Jerusalén], se difundió por todo el mundo. La dignidad de esta cátedra también es venerada por el apóstol Pablo al nombrarla, diciendo: Santiago, Cefas y Juan, que parecían ser columnas de la Iglesia; o ciertamente porque él envió su Epístola a las doce tribus de Israel, que fueron las primeras en creer, merecidamente debía ser colocada en primer lugar; merecidamente la segunda de Pedro, porque él escribió a los elegidos advenedizos, que en griego se llaman prosélitos, es decir, a aquellos que se convirtieron del paganismo al judaísmo, y del judaísmo a la gracia de la elección evangélica. Merecidamente las Epístolas de Juan se colocan en tercer lugar, porque él escribió a aquellos que creyeron de entre los gentiles, sin haber existido ni por naturaleza ni por profesión. Finalmente, muchos escritores eclesiásticos, entre los que se encuentra el santo Atanasio, obispo de la Iglesia de Alejandría, testifican que su primera Epístola fue escrita a los Partos. Merecidamente la de Judas se coloca al final, porque aunque él también es grande, es menor que los tres apóstoles precedentes; o porque la primera [de Santiago] fue escrita, luego la de Pedro, después las de Juan; por eso hasta ahora mantienen el orden en que fueron escritas. Se sabe que el bienaventurado Santiago consumó su martirio en el trigésimo año después de la pasión del Señor. Pedro sufrió en el trigésimo octavo, es decir, en el último año de Nerón, y él mismo escribió en su segunda Epístola: Estoy seguro de que pronto será dismantelado mi tabernáculo, según lo que nuestro Señor Jesucristo me significó por revelación. De donde se evidencia que escribió esta Epístola cuando la pasión inminente se acercaba, mientras que Santiago había migrado mucho antes a Cristo. Tampoco convenía separar sus Epístolas, que escribió a las mismas Iglesias. Por otra parte, Juan escribió sus Epístolas y el Evangelio mucho tiempo después, quien, tras la muerte del Señor, regresó del exilio y encontró la Iglesia turbada en su ausencia por los herejes, a quienes en sus Epístolas a menudo llama Anticristos.

SOBRE LA EPÍSTOLA DEL DIVINO SANTIAGO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Santiago, siervo de Dios y del Señor Jesucristo, a las doce tribus que están en la dispersión, salud. Dijo el apóstol Pablo sobre este Santiago: Santiago, y Cefas, y Juan, que parecían ser columnas, dieron a mí y a Bernabé la diestra de la comunión, para que nosotros fuésemos a los gentiles, y ellos a la circuncisión (Gálatas II). Por tanto, como fue ordenado apóstol en la circuncisión, se preocupó de aquellos que eran de la circuncisión, así como enseñó a los presentes hablando, también consoló, instruyó, reprendió y corrigió a los ausentes por medio de la Epístola. A las doce, dice, tribus que están en la dispersión, salud. Leemos que, tras ser asesinado el bienaventurado Esteban por los judíos, se produjo en aquel día una gran persecución en la Iglesia que estaba en Jerusalén, y todos fueron dispersados por las regiones de Judea y Samaria, excepto los apóstoles. A estos dispersos que sufrieron persecución por la justicia les envía la Epístola. Y no solo a estos, sino también a aquellos que, habiendo recibido la fe de Cristo, aún no se preocupaban por ser perfectos en obras, como lo atestiguan los siguientes pasajes de la Epístola, y también a aquellos que incluso permanecían ajenos a la fe, y que, en la medida de lo posible, se esforzaban por perseguir y perturbar a los

creyentes. Todos estos, sin embargo, estaban en la dispersión, huyendo de su patria por diversos infortunios, y oprimidos por innumerables matanzas, muertes y calamidades, dondequiera que estuvieran, como lo expone suficientemente la Historia eclesiástica. Pero también leemos en los Hechos de los Apóstoles que en el tiempo de la pasión del Señor ya estaban dispersos por todas partes, como dice Lucas: Había en Jerusalén judíos, varones piadosos, de toda nación bajo el cielo (Hechos II). De estas naciones, muchas se expresan nominalmente, cuando se añade: Partos, medos, elamitas, y los que habitan en Mesopotamia, etc. (Ibid.). Así que exhorta a los justos a no desfallecer en la fe durante las tentaciones, castiga a los pecadores y les advierte que se abstengan de pecar y progresen en virtudes, para que no sean infructuosos, o incluso condenables, por aquellos que han recibido los sacramentos de la fe. Advierte a los incrédulos que se arrepientan de la muerte del Salvador y de los demás crímenes en los que estaban implicados, antes de que la venganza celestial los alcance, ya sea de manera invisible o incluso visible.

Considerad como un gran gozo, hermanos míos, cuando os encontréis con diversas tentaciones. Comienza su discurso con los más perfectos, para llegar ordenadamente a aquellos que veía que debían ser corregidos y elevados a la cumbre de la perfección. Y es de notar que no dice simplemente Alegraos, o Consideradlo un gozo, sino Consideradlo todo gozo, dice, cuando os encontréis con diversas tentaciones; considerad que sois dignos de todo gozo si os toca soportar tentaciones por la fe en Cristo. Esta es la gracia, si alguien soporta pacientemente por causa de la conciencia de Dios, como dice Pedro (I Pedro II). Y su coapóstol Pablo: Las aflicciones de este tiempo no son comparables con la gloria venidera que se revelará en nosotros. Y todos los Apóstoles se iban gozosos del concilio, porque habían sido considerados dignos de sufrir afrenta por el nombre de Jesús. No debemos, por tanto, entristecernos si somos tentados, sino si somos vencidos por las tentaciones.

Sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia. Y la paciencia debe tener su obra perfecta, para que seáis perfectos e íntegros, sin que os falte nada. Por eso, dice, sois tentados por las adversidades, para que aprendáis la virtud de la paciencia, y por ella podáis mostrar y probar que lleváis en el corazón una fe firme en la retribución futura. Ni debe considerarse contrario a este lugar, sino más bien consonante, lo que dice el apóstol Pablo: Sabiendo que la tribulación produce paciencia, y la paciencia, prueba (Romanos V). La paciencia produce prueba, porque aquel cuya paciencia no puede ser vencida, se prueba que es perfecto. Lo cual también se enseña aquí subsecuentemente, cuando se dice: Y la paciencia debe tener su obra perfecta. Y de nuevo: La prueba de vuestra fe produce paciencia. Porque esa razón hace que los fieles se ejerciten en la paciencia, para que por ella se pruebe cuán perfecta es su fe.

Si alguno de vosotros carece de sabiduría, pídala a Dios, que da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada. Toda sabiduría saludable debe ser pedida al Señor, porque como dice el sabio: Toda sabiduría viene del Señor Dios, y con él estuvo siempre (Eclesiástico I). Ni nadie puede, por libre albedrío, sin la ayuda de la gracia divina, aunque los pelagianos lo discutan mucho, entender y saber. Pero aquí parece decirse especialmente de aquella sabiduría que necesitamos usar en las tentaciones. Si alguno de vosotros no puede entender la utilidad de las tentaciones que suceden a los fieles para probarlos, pida a Dios que le conceda el sentido para discernir cuánta piedad tiene el Padre al castigar a los hijos, a quienes se esfuerza por hacer dignos de la herencia eterna. Y dice deliberadamente: Que da a todos abundantemente, para que nadie, consciente de su fragilidad, dude de que pueda recibir lo que pide, sino que más bien recuerde cada uno que el Señor ha escuchado el deseo de los pobres. Y como dice en otro lugar: El Señor ha bendecido a todos los que le temen, a los pequeños con los grandes (Salmo CXIII). Pero como muchos piden muchas cosas al Señor, que sin embargo no merecen recibir, añade cómo deben pedir si desean obtener.

Pero pida con fe, sin dudar. Es decir, que se muestre tal viviendo bien, para que sea digno de ser escuchado cuando pide. Porque quien recuerda que no ha obedecido los mandamientos del Señor, con razón desespera de que el Señor atienda sus oraciones. Está escrito: El que cierra su oído para no escuchar la ley, su oración será abominable (Proverbios XXVIII).

Porque el que duda es semejante a la ola del mar, que es movida por el viento y llevada de un lado a otro. Quien, mordido por la conciencia del pecado, duda de la percepción de las recompensas celestiales, fácilmente abandona el estado de fe ante el impulso de las tentaciones, en el que parecía servir a Dios en tranquilidad, y es llevado a los errores de los vicios, como al soplo del viento, al capricho del enemigo invisible.

El hombre de doble ánimo es inconstante en todos sus caminos. En todos sus caminos, dice, en adversidades y prosperidades. El hombre de doble ánimo es aquel que, aunque se arrodilla para orar al Señor y emite voces de súplica, sin embargo, acusándose a sí mismo en su conciencia, duda de que pueda obtener lo que pide. El hombre de doble ánimo es aquel que quiere gozar aquí con el mundo y reinar allí con Dios. También es hombre de doble ánimo aquel que en las buenas obras que hace no busca la retribución interior, sino el favor exterior. De donde bien se dice por un sabio: ¡Ay del pecador que entra en la tierra por dos caminos! (Eclesiástico II). Porque el pecador entra en la tierra por dos caminos cuando lo que exhibe en obra es de Dios, y lo que busca por pensamiento es del mundo. Todos estos son inconstantes en todos sus caminos, porque fácilmente se desalientan por las adversidades del mundo y se enredan en las prosperidades, para desviarse del camino de la verdad.

Pero el hermano humilde gloriése en su exaltación. Por eso, dice, debéis considerar todo gozo cuando os encontréis con diversas tentaciones, porque todo el que soporta humildemente las adversidades por el Señor, recibirá de él las sublimes recompensas del reino.

Y el rico en su humillación. Se sobreentiende del verso anterior que se gloríe. Lo cual se dice con ironía, que en griego se llama ironía. Así, dice, recuerde que su gloria, en la que se enorgullece de sus riquezas y desprecia o incluso oprime a los pobres, terminará, para que humillado perezca eternamente con aquel rico vestido de púrpura que despreció al pobre Lázaro.

Porque como la flor de la hierba pasará. La flor de la hierba deleita tanto el olfato como la vista, pero pierde muy rápidamente la gracia de su belleza y fragancia. Por lo tanto, la presente felicidad de los impíos se asemeja muy acertadamente a esto, que de ninguna manera puede ser duradera.

Porque salió el sol con ardor, y secó la hierba, y su flor cayó. El ardor del sol se refiere a la sentencia del juez estricto, por la cual se consume al final la belleza temporal de los réprobos. Pero también florecen los elegidos, no como la hierba. Porque el justo florecerá como la palma (Salmo XCI). Florecen los injustos temporalmente, que como la hierba se secarán rápidamente, y como las hortalizas de las hierbas caerán pronto. Florecen los justos como árboles, porque su flor, es decir, su esperanza certísima, espera un fruto perenne. También su raíz, es decir, su caridad, permanece fija e inmutable. De aquí que el sabio diga: Yo como la vid he fructificado la dulzura del olor (Eclesiástico XXIV). Finalmente, el justo Nabot prefirió morir antes que transferir la viña de sus padres a un huerto de hortalizas. Transferir la viña de los padres a un huerto de hortalizas es cambiar las obras fuertes de las virtudes, que hemos recibido de la doctrina de los padres, por el deleite frágil de los vicios. Pero los justos prefieren poner su alma antes que elegir los bienes terrenales por los celestiales. De donde

casi se canta de ellos porque serán como el árbol plantado junto a corrientes de aguas, que dará su fruto en su tiempo (Salmo I), y demás. Pero ¿qué de los injustos? Y la belleza, dice, de su rostro perece. Así también el rico se marchitará en sus caminos. No dice todo rico, sino aquel que confía en la incertidumbre de las riquezas. Porque quien opuso al hermano humilde al rico, mostró que hablaba de aquel rico que no es humilde. Pues Abraham, aunque era rico en el mundo, sin embargo, recibió al pobre en su seno después de la muerte, y dejó al rico en tormentos. Pero no dejó al rico porque era rico, lo cual él mismo había sido, sino porque despreciaba ser misericordioso y humilde, lo cual él mismo había sido. Y al contrario, recibió al mendigo Lázaro, no porque era pobre en bienes, lo cual él mismo había sido, sino porque se preocupaba por ser humilde e inocente, lo cual él mismo había sido. Tal rico, es decir, soberbio e impío, que antepone las alegrías terrenales a las celestiales, se marchitará en sus caminos, es decir, perecerá en sus actos inicuos, porque descuidó entrar en el camino recto del Señor. Pero cuando él cae como la hierba ante el ardor del sol, el justo, al contrario, como un árbol fructífero, soporta íntegramente el ardor del mismo sol, es decir, la severidad del juez, y además lleva frutos de buenas obras por los cuales será recompensado eternamente. De donde se añade correctamente:

Bienaventurado el hombre que soporta la tentación, porque cuando haya sido probado, recibirá la corona de vida, que Dios ha prometido a los que le aman. Esto es similar a lo que se dice en el Apocalipsis: Sé fiel hasta la muerte, y te daré la corona de la vida, que Dios ha prometido, dice, a los que le aman (Apocalipsis II). Advirtiéndolo claramente que tanto más debemos alegrarnos en las tentaciones cuanto más claramente se evidencia que Dios a menudo impone un mayor peso de tentaciones a aquellos a quienes ama, para que por el ejercicio de las tentaciones se prueben en la fe perfecta; y cuando hayan sido probados verdaderamente como fieles, es decir, perfectos e íntegros, sin que les falte nada, justamente reciban la prometida corona de vida eterna.

Nadie, cuando es tentado, diga que es tentado por Dios. Hasta ahora ha discutido sobre las tentaciones que, permitiendo el Señor, sufrimos exteriormente para ser probados; ahora comienza a tratar sobre aquellas que sufrimos interiormente, instigados por el diablo, o incluso por la fragilidad de nuestra naturaleza. Donde primero destruye el error de aquellos que, así como las buenas inspiraciones se nos infunden por Dios, también piensan que las malas se generan en nuestra mente por su instigación. Nadie, por tanto, cuando es tentado, diga que es tentado por Dios, con aquella tentación que engaña a los misericordiosos para que pequen. Es decir, nadie, cuando ha cometido robo, hurto, falso testimonio, homicidio, estupro, o cosas semejantes, diga que por la coacción de Dios ha tenido que hacer estas cosas, y por lo tanto de ninguna manera ha podido evitar su efecto.

Porque Dios no es tentador de males. Se sobreentiende de tentaciones. Porque él no tienta a nadie. Con aquella tentación que engaña a los misericordiosos para que pequen. Hay dos tipos de tentación. Una que engaña, otra que prueba. Según la que engaña, Dios no tienta a nadie. Según la que prueba, Dios tentó a Abraham. De quien también el profeta pide: Pruébame, Señor, y tienta mi corazón (Salmo XXV).

Pero cada uno es tentado cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido, etc. Atraído del camino recto, y seducido al mal. Sobre este verso, Jerónimo contra Joviniano: "Así como en las buenas obras el perfeccionador es Dios, pues no es del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia y ayuda, para que podamos llegar a la meta, así en los males y pecados nuestras semillas son los incentivos, pero la perfección es del diablo. Cuando ve que hemos edificado sobre el fundamento de Cristo heno, madera y paja, él pone el fuego. Edifiquemos oro, plata, piedras preciosas, y no se atreverá a tentar, aunque en esto

tampoco hay posesión segura y cierta: porque el león acecha en las emboscadas en lo oculto, para matar al inocente. Y el horno prueba los vasos del alfarero, pero la tentación de la tribulación prueba a los hombres justos."

Luego la concupiscencia, después de haber concebido, da a luz el pecado. Y el pecado, una vez consumado, engendra la muerte. La tentación se lleva a cabo de tres maneras: por sugestión, por deleite, por consentimiento. Por sugestión del enemigo, por deleite o incluso por consentimiento de nuestra fragilidad. Si, al ser sugerido por el enemigo, no queremos deleitarnos ni consentir en el pecado, la tentación misma nos lleva a la victoria, por la cual merecemos recibir la corona de vida. Pero si, al ser sugeridos por el enemigo, poco a poco nos apartamos de la recta intención y comenzamos a ser seducidos por el vicio, al deleitarnos ciertamente ofendemos, pero aún no incurrimos en la caída de la muerte. Pero si a la deleitación del crimen concebido en el corazón sigue también el parto de la acción perversa, el enemigo victorioso se retira, dejándonos ya reos de muerte. Para demostrar esto con ejemplos, José fue tentado por las palabras de su ama, pero como no tenía concupiscencia de lujuria, pudo ser tentado solo por sugestión, no también por deleite o consentimiento, por lo que salió victorioso. David fue tentado por la vista de la esposa ajena, y como aún no había vencido el apetito de la carne, fue atraído y seducido por su propia concupiscencia. Y cuando completó el crimen concebido, cayó en la culpa de muerte, juzgado por su propia boca, aunque la evitó arrepintiéndose. Judas fue tentado por la avaricia, y como era avaro, fue atraído y seducido por su propia concupiscencia, y cayó en la perdición consintiendo. Job fue tentado de muchas maneras, pero como no antepuso las posesiones ni la salud del cuerpo al amor divino, pudo ser tentado por sugestión hostil, pero no pudo consentir ni siquiera deleitarse en el pecado. Lo que se dice, El pecado, una vez consumado, engendra la muerte, se refiere en contraste a lo que se dijo antes sobre el que soporta la tentación, porque cuando haya sido probado, recibirá la corona de vida. Así como el que es tentado y vence merece las recompensas de la vida, así también el que es seducido por sus concupiscencias y es vencido por la tentación, merece incurrir en la ruina de la muerte.

No os engaños, hermanos míos amados. Es decir, pensando que las tentaciones de los vicios tienen su origen en Dios. Aunque sabemos que algunos, por los méritos exigentes de los crímenes precedentes, han caído nuevamente en otros crímenes por el justo permiso del juez estricto. De donde es del Apóstol: Y como no quisieron tener a Dios en su conocimiento, Dios los entregó a una mente reprobada, para hacer cosas que no convienen, llenos de toda iniquidad (Romanos I).

Toda buena dádiva y todo don perfecto descienden de lo alto, del Padre de las luces. Después de haber enseñado que los vicios por los que somos tentados no nos vienen de Dios, sino de nosotros mismos, muestra en contraste que todo lo bueno que hacemos lo recibimos por don de Dios. Por lo cual también lo llama Padre de las luces, a quien conoce como autor de los carismas espirituales. A lo cual concuerda lo que dice el apóstol Pablo: ¿Qué tienes que no hayas recibido? (I Corintios IV).

En quien no hay mudanza, ni sombra de variación. Porque en la naturaleza de Dios no hay mutabilidad, ni su luz, como la luz de este mundo, se interrumpe por alguna sombra de variación, está claro que solo nos envía dones de luz, y no también las tinieblas de los errores.

Voluntariamente nos engendró con la palabra de la verdad. Y el Señor en el Evangelio: No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros (Juan XV). Y en el profeta Oseas: Los amaré espontáneamente (Oseas XIV). Por lo tanto, lo que había dicho: Todo buen regalo

y todo don perfecto desciende de Dios, lo confirma añadiendo que no por nuestros méritos, sino por el beneficio de su voluntad, a través del agua de la regeneración, nos ha transformado de hijos de las tinieblas en hijos de la luz.

Para que seamos un principio de su creación. No sea que al decir engendró, pensemos que nos convertimos en lo que él es, por eso muestra que se nos ha concedido un cierto principado en la creación mediante esta adopción. Algunos han traducido estos versículos así: Queriendo, nos engendró con la palabra de la verdad, para que seamos las primicias de sus criaturas. Es decir, para que seamos mejores que las demás criaturas que vemos. La ley mandó consagrar al Señor las primicias de los frutos o de los animales, y ordenó que las primicias del oro y la plata se destinaran a la obra del tabernáculo, es decir, lo mejor de los metales. Y del antiguo pueblo de Dios dijo el profeta Jeremías: Santo es Israel para el Señor, primicias de sus frutos (Jeremías II).

Sabéis, mis hermanos amadísimos. Es bien conocido (dice) por vosotros que de vosotros mismos habéis tenido la inclinación a caer, pero que del Señor habéis sido iluminados, no por vuestra previsión, sino por la gracia celestial que os ha precedido.

Sea, pues, todo hombre pronto para escuchar, pero lento para hablar. Aquí instruye al oyente con preceptos morales. Y correctamente primero advierte que se preste el oído lo más rápido posible al que enseña, y que se abra la boca para enseñar tardíamente, porque es necio querer predicar a otros lo que uno mismo no ha aprendido. Por lo tanto, quien ama la sabiduría, primero, como se advirtió antes, debe pedirla a Dios. Luego, el humilde oyente debe buscar al maestro de la verdad. Y al actuar, debe contener cautelosamente su lengua no solo de discursos ociosos, sino también de predicar la verdad que recién ha aprendido. De aquí que Salomón, escribiendo sobre la distancia de los tiempos, dice: Tiempo de callar y tiempo de hablar (Eclesiastés III). De aquí que los pitagóricos, dotados del magisterio de la ciencia natural, ordenan a sus oyentes guardar silencio durante cinco años, y solo entonces les permiten predicar. Pues es más seguro que la verdad sea escuchada que predicada. Porque cuando se escucha, se guarda la humildad; pero cuando se predica, es difícil que no se infiltre en cualquier hombre un poco de vanagloria. De aquí que Jeremías, describiendo la vida de un joven bien instruido, cuenta la modestia del silencio entre los primeros estudios de las virtudes. Bueno es, dice, cuando lleva el yugo desde su juventud. Se sentará solitario y callará (Lamentaciones III).

Y lento para la ira. Porque la madurez de la sabiduría no se percibe sino con una mente tranquila. Pues está escrito que la ira reposa en el seno del necio (Eclesiastés VII). No obstante, no debe convertir la rapidez de la ira en aprobación de su lentitud, sino que más bien advierte que, incluso en la hora de la perturbación y las disputas, debemos cuidarnos de que no nos invada la ira; o si acaso se infiltra, debemos contener su ímpetu dentro de los límites de la boca, y pasada la hora del conflicto, expulsarla completamente de nuestro corazón con el tiempo. O ciertamente nos ordena ser lentos para la ira, para que no transformemos la serenidad de nuestro rostro en austeridad por cualquier causa, sino solo por una razón cierta. Por ejemplo, si vemos que no podemos corregir de otra manera a los cercanos, especialmente a los que nos han sido confiados, entonces les exhibimos la severidad de la palabra o incluso de un juicio más estricto, manteniendo, sin embargo, en la medida en que la naturaleza humana lo permite, el estado sereno de nuestra mente. Pues (como creo) Finees, Samuel, Elías y Pedro fueron lentos para la ira, y sin embargo, a los pecadores los eliminaron con la espada o con la palabra. Pero también Moisés, aunque era un hombre muy manso, salió de la presencia del Faraón, a quien vio incorregible, muy enojado, y le amenazó con un castigo que llevó a cabo.

Porque la ira del hombre no obra la justicia de Dios. El sentido es fácil, porque quien se somete incautamente al vicio de la ira, aunque parezca justo ante los hombres, en el juicio divino aún no es perfectamente justo. Pero puede entenderse más profundamente, porque se dice del Señor: Tú, Señor de las virtudes, juzgas con tranquilidad (Sabiduría XII). Cualquier juez humano que juzga a un delincuente con la tranquilidad de mente perdida, aunque juzgue justamente, no puede imitar la justicia del juicio divino en el que no puede caer la perturbación.

Por lo cual, desechando toda inmundicia y abundancia de malicia, con mansedumbre habéis recibido la palabra injertada. Primero manda purificar tanto el cuerpo como la mente de los vicios, para que puedan ser dignos de recibir la palabra de salvación. Porque quien no se aparta primero del mal, no puede hacer el bien. Llama a toda inmundicia tanto de la carne como del alma. La malicia, sin embargo, se refiere propiamente a la depravación del hombre interior. Recibid, dice, la palabra injertada, es decir, la palabra que imponemos a vuestros corazones predicando, recibidla aprendiendo. O ciertamente debe entenderse así: la palabra que os fue injertada en el día de la redención, cuando Dios os engendró voluntariamente, ahora recibidla más perfectamente, incluso cumpliéndola con obras, lo que ya tenéis en el ministerio.

Que puede salvar vuestras almas. Incluso si sufrís tentaciones en el cuerpo, o sois consumidos por la muerte a manos de los infieles.

Sed, pues, hacedores de la palabra, y no solo oidores, etc. Así también Pablo sobre los cultores de la ley. No son justos ante Dios los oidores de la ley, sino que los hacedores de la ley serán justificados (Romanos II). Y en el Apocalipsis, Juan, después de haber dicho: Bienaventurado el que lee y los que oyen las palabras de la profecía de este libro, añadió inmediatamente: Y guardan las cosas que en él están escritas (Apocalipsis I).

Pero quien haya mirado atentamente en la ley de la perfecta libertad, y haya permanecido en ella. Llama ley de la perfecta libertad a la gracia del Evangelio. Porque la ley no llevó nada a la perfección (Hebreos VII). Y en otro lugar: No habéis recibido el espíritu de esclavitud para volver al temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción de hijos (Romanos VIII). Y de nuevo: Porque donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad (II Corintios III). Y el mismo Señor: Si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres (Juan VIII).

No siendo un oidor olvidadizo, sino un hacedor de la obra, éste será bienaventurado en su hecho. No se prepara la bienaventuranza por el oír superfluo de la palabra, sino por la ejecución de la obra. Así también el Señor hablando a los discípulos: Si sabéis estas cosas, bienaventurados seréis si las hacéis (Juan XIII).

Si alguno piensa ser religioso, no refrenando su lengua, sino engañando su corazón, vana es la religión de éste. Había advertido antes no solo escuchar la palabra de Dios, sino también hacerla. Ahora añade que, aunque alguien parezca ejercitar en obras los mandamientos del Señor que ha aprendido, si no refrena también su lengua de las detracciones, mentiras, blasfemias, palabras necias, incluso del mismo mucho hablar, y de las demás cosas en las que suele pecar, en vano se jacta de la justicia de sus obras. Como Pablo, aprobando la sentencia del poeta gentil, dice: Las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres (I Corintios XV).

La religión pura e inmaculada ante Dios y el Padre es ésta. Hermosamente añadió ante Dios y el Padre, porque hay quienes parecen religiosos ante los hombres, mientras que ante Dios son considerados profanos. De donde también Salomón dice: Hay un camino que al hombre le parece recto, pero su fin lleva a la muerte (Proverbios XIV).

Visitar a los huérfanos y a las viudas en su tribulación, y guardarse sin mancha del mundo. Porque había dicho que el hacedor de la obra será bienaventurado en su hecho, ahora dice qué obras agradan más a Dios, a saber, la misericordia y la inocencia. Pues en lo que mandó visitar a los huérfanos y a las viudas en su tribulación, insinúa todo lo que debemos hacer misericordiosamente hacia el prójimo. Lo cual, cuánto vale, se revelará en el tiempo del juicio, donde el Juez dirá: En cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis (Mateo XXV). Por otro lado, en lo que mandó guardarnos inmaculados de este mundo, mostró todo en lo que debemos mantenernos castos. Entre los cuales están también las cosas que antes había advertido observar, como ser tardos para hablar y tardos para la ira.

CAPÍTULO II.

Hermanos míos, no tengáis la fe de nuestro Señor Jesucristo, Señor de la gloria, con acepción de personas. Muestra que aquellos a quienes escribía estaban imbuidos de la fe evangélica, pero vacíos de obras. Y porque había enseñado que los mandamientos del Señor debían cumplirse con limosnas a los pobres, vio que ellos, al contrario, hacían por los ricos lo que debía hacerse por los pobres para obtener recompensas eternas, y por eso los reprendió como merecían. Y adecuadamente, al inicio de esta sentencia, llama a nuestro Señor Jesucristo Señor de la gloria, para que recordemos que es más bien a sus mandatos a los que debemos obedecer, quien siendo el resplandor de la gloria (Hebreos I), recompensa con gloria eterna todo lo que se da a los pobres por amor a él, que a cualquier dignidad humana que deba ser honrada, de quienes se ha dicho en general que toda carne es hierba, y toda su gloria como flor de hierba, etc. (Isaías XL).

Porque si entra en vuestra asamblea un hombre con anillo de oro, con ropa espléndida, y entra también un pobre con vestido sucio, y miráis al que lleva la ropa espléndida, y le decís: Tú siéntate aquí bien, y al pobre le decís: Tú quédate allí de pie, o siéntate bajo mi estrado. En la exposición de esta sentencia, usemos las palabras del bienaventurado Agustín. "Si referimos esta diferencia de sentarse y estar de pie a los honores eclesiásticos, no debe pensarse que es un pecado leve tener la fe de nuestro Señor Jesucristo, Señor de la gloria, con acepción de personas. Pues, ¿quién soportaría que se elija a un rico para el asiento de honor de la Iglesia, despreciando a un pobre más instruido y santo? Pero si habla de los asientos cotidianos, ¿quién peca aquí (si es que peca) sino cuando juzga así en su interior, que le parece tanto mejor cuanto más rico es?" Esto parece haber significado al añadir:

¿No juzgáis en vosotros mismos, y os convertís en jueces de pensamientos inicuos? Sigue:

Escuchad, hermanos míos amadísimos. Observad con más atención, dice, que no son los que son más ricos en el mundo los que son mejores en el juicio divino.

¿No eligió Dios a los pobres de este mundo, ricos en fe, y herederos del reino que prometió a los que le aman? Llama pobres a los humildes, y a los que, por el desprecio de las cosas visibles, pero ricos en la fe de las riquezas invisibles, se muestran despreciables para este mundo. Pues tales eligió nuestro Señor Jesucristo diciendo: No temáis, pequeño rebaño, porque a vuestro Padre le ha placido daros el reino. Tales eligió cuando creó para sí padres

pobres, de cuyo oficio se alimentó al venir al mundo. Pero a estos, sin embargo, los hizo gloriosos y nobles por la expectativa del reino futuro.

Pero vosotros habéis deshonrado al pobre. Por aquel a quien se dijo: Tú quédate allí, mientras al que tenía el anillo de oro se le dijo: Tú siéntate aquí bien.

¿No son los ricos los que os oprimen con su poder, y ellos mismos os arrastran a los tribunales? ¿No son ellos los que blasfeman el buen nombre que fue invocado sobre vosotros? Aquí muestra más claramente quiénes son los ricos, de cuya humillación y perdición había discutido antes. Aquellos, sin duda, que anteponen sus riquezas a Cristo, completamente ajenos a su fe, e incluso oprimen con su poder a los que creen, arrastrándolos a los tribunales de los poderosos, y blasfemando el nombre de Cristo, que está sobre todo nombre. Lo cual, en tiempos de los apóstoles, muchos de los gentiles y especialmente los principales de los judíos hicieron, como se muestra claramente en los Hechos de los mismos apóstoles y en las Epístolas del apóstol Pablo.

Si realmente cumplís la ley real según las Escrituras: Amarás a tu prójimo como a ti mismo, bien hacéis. Pero si hacéis acepción de personas, cometéis pecado, siendo reprendidos por la ley como transgresores. Mira cómo llama transgresores a los que dicen al rico: Siéntate aquí, y al pobre: Quédate allí. De donde, para que no piensen que es un pecado despreciable transgredir la ley en esta única cosa, añadió a continuación:

Porque cualquiera que guardare toda la ley, pero ofendiere en un punto, se hace culpable de todos. Porque el que dijo: No cometerás adulterio, también dijo: No matarás. Ahora bien, si no cometes adulterio, pero matas, te has hecho transgresor de la ley. Por aquello que había dicho: Reprendidos por la ley como transgresores. Siendo así, parece consecuente (a menos que se deba entender de otro modo) que quien diga al rico: Siéntate aquí, y al pobre: Quédate allí, dando más honor a este que a aquel, debe ser juzgado culpable de idolatría, blasfemia, adulterio, homicidio, y porque es largo enumerar todo, de todos los crímenes. Porque quien ofende en un punto, se hace culpable de todos. Por lo tanto, debemos preguntarnos, ¿cómo es culpable de todos si ofende en uno, quien guarda toda la ley? ¿O acaso porque la plenitud de la ley es el amor, en el que se ama a Dios y al prójimo, en cuyos mandamientos de amor penden toda la ley y los profetas, con razón se hace culpable de todos quien actúa contra ella en la que penden todas las cosas? Nadie peca sino actuando contra ella. Porque No cometerás adulterio, No matarás, No robarás, No codiciarás, y si hay algún otro mandamiento, en esta palabra se resume: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. El amor al prójimo no hace mal. La plenitud de la ley es el amor (Romanos XIII). Por lo tanto, se hace culpable de todos, actuando contra ella en la que penden todas las cosas. ¿Por qué, entonces, no se dicen iguales los pecados? ¿O acaso porque quien peca más gravemente actúa más contra el amor, y quien peca más levemente, menos? Sin embargo, incluso si ofende en uno, es culpable de todos, porque actúa contra ella en la que penden todas las cosas.

Así hablad, y así haced, como quienes han de ser juzgados por la ley de la libertad. La ley de la libertad es la ley del amor, de la que se dice: Si realmente cumplís la ley real según las Escrituras: Amarás a tu prójimo como a ti mismo, bien hacéis. Por lo tanto, dice, hablando y haciendo esto, cuidado de amar a los prójimos para merecer ser amados por Dios, y al impartir misericordia a los prójimos, esperad misericordia en el juicio divino. De otro modo: Así como la ley de la servidumbre es la que fue dada por Moisés, así la ley de la libertad es la gracia del Evangelio que fue hecha por Jesucristo, atestiguando el Apóstol, quien dice: No habéis recibido el espíritu de esclavitud para volver al temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción de hijos, en el cual clamamos Abba Padre (Hebreos VII). Y de nuevo:

Donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad (II Corintios III). Si, pues, habláis, dice, y así haced como quienes han de ser juzgados por la ley de la libertad. Esto es, como quienes han de ser juzgados. Pues será juzgado más gravemente quien desprecia la ley de Moisés que quien desprecia la ley natural. Más gravemente también quien desprecia la gracia del Evangelio conocida que quien desprecia los edictos de la ley mosaica. Porque al hombre a quien se le ha dado mucho, mucho se le pedirá. Y a quien se le ha confiado mucho, más se le pedirá (Lucas XII). De donde también el Apóstol dice: Porque si la palabra dicha por los ángeles fue firme, y toda transgresión y desobediencia recibió justa retribución, ¿cómo escaparemos nosotros si descuidamos una salvación tan grande? La cual, habiendo comenzado a ser anunciada por el Señor, nos fue confirmada por los que la oyeron (Hebreos II). Y de nuevo: Cualquiera que hace nula la ley de Moisés, muere sin misericordia por el testimonio de dos o tres testigos, ¿cuánto más pensáis que merece peores castigos quien pisotea al Hijo de Dios, y considera impuro el pacto de la sangre en el cual fue santificado, e insulta al Espíritu de gracia? (Hebreos X). Pero ambos sentidos apuntan a un mismo fin, a saber, que correspondiendo con obras justas a la gracia divina, seamos mutuamente benignos, misericordiosos, perdonándonos unos a otros, como también Dios en Cristo nos perdonó.

Porque el juicio será sin misericordia para aquel que no hizo misericordia. Sin misericordia será juzgado aquel que, pudiendo hacerlo, no hizo misericordia antes de ser juzgado. Lo cual, aunque se entienda correctamente de todos los inmisericordes, es completamente cierto que cuanto mayor misericordia ha recibido alguien del Señor, más injustamente negó la misericordia al prójimo necesitado, y más justamente pagará las penas de su impiedad. De donde el Señor prudentemente advierte: No juzguéis, para que no seáis juzgados; no condenéis, y no seréis condenados. Perdonad, y se os perdonará. Dad, y se os dará (Lucas VI). Por lo tanto, el juicio será sin misericordia para aquel que no hizo misericordia.

Pero la misericordia triunfa sobre el juicio. Porque así como el condenado en el juicio de Dios lamentará no haber hecho misericordia, así el que la hizo, recompensado, se regocijará y se alegrará. De otro modo: La misericordia triunfa sobre el juicio. No se dijo: La misericordia vence al juicio. Pues no es adversa al juicio, sino que lo supera, porque más se recogen por la misericordia, pero quienes han mostrado misericordia. Porque bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia de Dios (Mateo V). También la misericordia triunfa sobre el juicio, es decir, la misericordia se sobrepone al juicio. En quien se encuentre la obra de misericordia, y si tiene algo en el juicio por lo que deba ser castigado, como una ola de misericordia, el fuego del pecado se extingue.

¿De qué aprovechará, hermanos míos, si alguno dice que tiene fe, pero no tiene obras? Y así sucesivamente. Aquí discute más ampliamente sobre las obras de misericordia, para que aquellos a quienes había aterrorizado con el conocimiento previo, los consuele, al advertirles cómo incluso los pecados cotidianos, sin los cuales no se vive aquí, se expían con remedios cotidianos. No sea que el hombre, que al ofender en uno se hace culpable de todos, al ofender en muchos, porque en muchos ofendemos todos (Santiago III), lleve al tribunal de tan gran Juez un gran cúmulo de su culpa acumulado poco a poco, y no encuentre la misericordia que no hizo, sino que más bien, al perdonar y dar, merezca que se le perdonen sus deudas y se le devuelvan las promesas.

Si un hermano o una hermana están desnudos y carecen del sustento diario, y alguno de vosotros les dice: Id en paz, calentaos y saciaos, pero no les dais lo necesario para el cuerpo, ¿de qué sirve? Así también la fe, si no tiene obras, está muerta en sí misma, etc. Es evidente que, así como las palabras de piedad por sí solas no alimentan ni visten al desnudo o

hambriento, si no se les proporciona comida y ropa, de igual manera la fe mantenida solo en palabras no salva. Está muerta en sí misma sin las obras de caridad que la revivan y animen. Y no es contrario a esta sentencia lo que el Señor dice: El que creyere y fuere bautizado, será salvo (Marcos XVI). Pues debe entenderse que solo cree verdaderamente quien practica lo que cree. Y porque la fe y la caridad no pueden separarse, como atestigua Pablo, quien dice: Hay una fe que obra por el amor (Gálatas V), el apóstol Juan emite una sentencia sobre la caridad similar a la que Santiago emite sobre la fe, diciendo: El que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano en necesidad, y cierra su corazón contra él, ¿cómo puede permanecer en él el amor de Dios? (1 Juan III).

Tú crees que hay un solo Dios, haces bien, también los demonios creen y tiemblan. No pienses que haces algo grande al creer que hay un solo Dios. Esto también lo hacen los demonios, y no solo creen en Dios Padre, sino también en el Hijo. Por eso Lucas dice: Salían demonios de muchos, clamando y diciendo: Tú eres el Hijo de Dios. Y él, increpándolos, no les permitía hablar, porque sabían que él era el Cristo (Lucas IV). No solo creen, sino que también tiemblan. Por eso la legión que poseía al hombre clamó con voz suplicante: ¿Qué tienes conmigo, Jesús, Hijo del Dios Altísimo? Te conjuro por Dios, no me atormentes (Marcos V). Por tanto, aquellos que no creen en Dios, o no temen al que creen, deben ser considerados más lentos y obstinados que los demonios. Pero tampoco es grande creer en Dios y temerle, si no se cree en él, es decir, si no se guarda su amor en el corazón. Porque una cosa es creerle, otra creer en él, y otra creer en él. Creerle es creer que lo que dice es verdad. Creer en él es creer que él es Dios. Creer en él es amarlo. Muchos malos pueden creer que lo que dice es verdad. Creen que es verdad, pero no quieren hacerlo porque son perezosos para obrar. Creer que él es Dios, también los demonios pudieron hacerlo. Pero creer en Dios, solo lo saben quienes aman a Dios, quienes no son cristianos solo de nombre, sino también de hechos y vida. Porque sin amor, la fe es vana. Con amor, es la fe del cristiano; sin amor, es la fe del demonio. Por tanto, quien no quiere creer en Cristo, aún no imita ni a los demonios. Y si ya cree en Cristo, pero lo odia, tiene la confesión de fe por temor al castigo, no por amor a la corona. Pues también ellos temían ser castigados. Finalmente, cuando el bienaventurado Pedro confesó al Señor diciendo: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente (Mateo XVI), parece pronunciar casi las mismas palabras que los demonios, pero la confesión de ellos, porque fue hecha con odio, fue justamente condenada por Cristo, mientras que la de Pedro, porque procedió de un amor interno, fue recompensada con la bienaventuranza eterna.

¿Quieres saber, oh hombre vano, que la fe sin obras es inútil? Porque el apóstol Pablo, al predicar que el hombre es justificado por la fe sin obras, no fue bien entendido por aquellos que lo tomaron de tal manera que pensaron que, una vez que creyeran en Cristo, aunque obraran mal y vivieran de manera criminal y deshonesto, serían salvos por la fe: este pasaje de la epístola expone cómo debe entenderse el mismo sentido del apóstol Pablo. Por eso usa más el ejemplo de Abraham, para mostrar que la fe es vacía si no obra bien, ya que también Pablo usó el ejemplo de Abraham para probar que el hombre puede ser justificado sin obras. Pues al recordar las buenas obras de Abraham, que acompañaron su fe, el apóstol Pablo muestra suficientemente que no enseña que el hombre es justificado por la fe sin obras de tal manera que, si alguien cree, no le corresponde obrar bien, sino más bien para que nadie piense que ha llegado al don de la justificación que está en la fe por los méritos de las obras buenas anteriores. En esto, los judíos querían preferirse a los gentiles que creían en Cristo, porque decían que habían llegado a la gracia evangélica por los méritos de las buenas obras que están en la ley. Por eso, muchos que creyeron de entre ellos se escandalizaban de que la gracia de Cristo se entregara a los gentiles incircuncisos. De ahí que el apóstol Pablo diga que

el hombre puede ser justificado por la fe sin obras, es decir, sin las obras precedentes. Pues, justificado por la fe, ¿cómo puede no obrar justamente? Por tanto, cuando Santiago dice:

¿No fue justificado Abraham nuestro padre por las obras, ofreciendo a su hijo Isaac sobre el altar? Elegante ejemplo de buena obra nos enseñó a aprender del mismo patriarca, provocando a aquellos que creyeron de entre los judíos a seguir los actos de su primer y máximo padre como buena descendencia. Y porque les advertía que no desfallecieran en las tentaciones y que probaran su fe por las obras, puso elegantemente el ejemplo del patriarca, por el cual podía instruirlos en ambas virtudes. Pues, ¿qué tentación mayor, excepto aquellas que afectan las heridas del propio cuerpo, puede ocurrir que si un anciano se ve obligado a matar a su único y más querido hijo? ¿Cómo diferiría dar sus túnicas o alimentos a los pobres por amor divino, quien no diferiría dar a la muerte a su hijo, recibido en su vejez como heredero, a la orden del Señor? Por tanto, concuerda con esta sentencia del bienaventurado Santiago lo que Pablo dice: Por la fe ofreció Abraham a Isaac su hijo cuando fue probado, y ofrecía al unigénito que había recibido por la promesa, a quien se le había dicho que en Isaac se llamaría su descendencia, considerando que Dios es poderoso para resucitar a los muertos (Hebreos XI). En un mismo hecho, Santiago alabó la magnificencia de las obras de Abraham, y Pablo la constancia de su fe. Sin embargo, Pablo no emitió una sentencia diferente y dispar a la de Santiago. Pues ambos sabían que Abraham era perfecto tanto en fe como en obras, y por eso cada uno de ellos predicó más la virtud en él que vio que sus oyentes necesitaban más. Porque Santiago escribía a aquellos que mantenían una fe sin obras ociosa, oportunamente presentó el ejemplo en el que aquella fe principal de Abraham, que ya había sido alabada por la Escritura, apareciera, que no había languidecido ociosa en su corazón, sino que ya había ardido probada para obedecer los mandatos divinos. Porque Pablo instruía a aquellos que, sin la gracia de la fe, se enorgullecían de sus obras, mostró que sin fe es imposible agradar a Dios (Hebreos XI), y para refutar y corregir su temeridad, reuniendo ejemplos de todos los patriarcas, enseñó claramente que todos fueron probados por el testimonio de la fe. Por eso, especialmente sobre Abraham añadió que por la fe ofreció a Isaac, considerando (dice) que Dios es poderoso para resucitar a los muertos (Hebreos XI). Por tanto, unió la obra a la fe, quien quiso ofrecer a su hijo de inmediato porque creía que Dios lo resucitaría enseguida. Y creía que Dios lo resucitaría después de la muerte porque creía que era verdad lo que había oído, que en Isaac se llamaría su descendencia. Esta conjunción de ambas virtudes también la expone el bienaventurado Santiago diciendo: Ves que la fe cooperaba con sus obras, y por las obras la fe fue perfeccionada, y se cumplió la Escritura que dice: Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia, y fue llamado amigo de Dios. Sobre este testimonio, Pablo a los Romanos disertó firmemente, enseñando claramente que tan grande es la virtud de la fe, que al percibir sus misterios puede hacer justo al hombre impío. Porque Abraham creyó a Dios con tanta y tan ferviente fe, que estaba dispuesto en su ánimo a hacer todo lo que Dios ordenara, mercedamente su fe fue contada por justicia por Dios, quien conocía su corazón. Y para que también nosotros supiéramos la fe por la cual fue justificado, Dios lo probó ordenándole ofrecer a su hijo, y por las obras la fe fue consumada, es decir, que fue probada perfecta en su corazón por la ejecución de las obras. También en este tiempo, si alguien que recientemente ha venido a la fe ha recibido el bautismo, y proponiéndose servir a Dios con todo su corazón, muere de inmediato, ciertamente ha sido justificado por la fe sin obras, porque el tiempo para obrar, por el cual probar su fe, no lo tuvo, dispuesto por el mismo Dios en quien creyó. Pero a quienes, habiendo recibido los sacramentos de la fe, sobreviven por mucho tiempo y no se preocupan por dedicarse a las buenas obras, a estos se les debe inculcar lo que el bienaventurado Santiago, con el ejemplo propuesto de la fe y las obras de Abraham, añadió diciendo:

¿Veis que el hombre es justificado por las obras, y no solo por la fe? Lo que dice por las obras, significa por las obras de la fe. Porque nadie puede tener obras perfectas sin fe, pero muchos pueden tener fe sin obras, si no tienen tiempo para obrar. De los cuales se ha dicho: Fue arrebatado, para que la maldad no alterara su entendimiento, o el engaño no sedujera su alma (Sabiduría IV).

De igual manera, ¿no fue justificada por las obras Rahab la ramera, recibiendo a los mensajeros y enviándolos por otro camino? Para que no se excusaran diciendo que no podían imitar las obras de tan gran padre Abraham, especialmente cuando nadie ahora les obligaba a ofrecer hijos a Dios para ser sacrificados, sino que más bien Dios mismo prohíbe que esto se haga a través de las Escrituras, añade también el ejemplo de una mujer pecadora, una mujer extranjera, que sin embargo, por obras de misericordia, por el oficio de la hospitalidad, incluso con peligro de su vida, ofrecido a los siervos de Dios, mereció ser justificada de sus pecados, ser contada como ciudadana del pueblo israelita, ser enumerada en el catálogo de su linaje real, ser insertada en las generaciones de nuestro Señor y Salvador que descienden de la fuente de los patriarcas, ser rescatada de la destrucción de su patria que perecía, cuya perfidia abandonó. Con estos ejemplos de una mujer convertida a mejores cosas, exhorta a sus oyentes a evitar la entrada a la patria que perece, y a recordar separarse de sus crímenes con obras fructíferas, para que merezcan ser unidos a las asambleas de los santos y alcanzar la compañía de su Redentor. Y por tanto, los exhorta a recibir a los mensajeros de Jesús, es decir, a escuchar con agrado a los predicadores de la palabra del Evangelio. Y cuando sepan que estos han sido rechazados por sus compatriotas, o ciertamente buscados para la muerte, como a menudo se ha hecho, como enseñan los Hechos de los Apóstoles, ellos, por el contrario, habiendo recibido de ellos el consejo de su salvación, los envíen en paz al Señor Jesús. Lo que una vez hizo honorable para todo el pueblo de los judíos, y ahora más honorable para toda la Iglesia de Cristo, por la revelación de las reliquias del protomártir Esteban, el maestro del apóstol Pablo, Gamaliel, en Jerusalén, como insinúa el libro de los Hechos de los Apóstoles, cuando, disponiendo el senado de los judíos matar a los apóstoles, él, con un consejo más sabio, frustró sus maquinaciones, y rescatados de sus insidias, envió a los apóstoles a evangelizar a Jesús indemnes.

CAPÍTULO III.

No os hagáis muchos maestros, hermanos míos. Los Hechos de los Apóstoles enseñan que había mucho celo entre los creyentes en tiempos de los apóstoles para que la palabra se propagara más ampliamente, de modo que Apolo, un hombre muy docto en las Escrituras, sabiendo solo el bautismo de Juan, predicaba a Cristo con confianza. Sin embargo, porque era sabio, tan pronto como llegó un maestro, fácilmente completó lo que le faltaba y regresó ya perfecto al oficio de predicar. Otros, con mayor impericia, saliendo de Judea a Antioquía, enseñaban a los creyentes de entre los gentiles que, a menos que se circuncidaran según la ley de Moisés, no podrían ser salvos, y no poco trabajo de discusión causaron a los castos predicadores. Por tanto, el bienaventurado Santiago aparta de la función de la palabra a estos y a tales maestros, para que no hicieran impedimento a aquellos que podían cumplirla debidamente.

¿Sabiendo que recibís un juicio más severo? Porque así como el que ha ministrado bien adquiere para sí un buen grado, así el que intenta usurpar para sí el oficio de enseñar sin estar instruido, quien no anuncia a Cristo sinceramente, merece un juicio de condenación más severo que si solo pereciera en su propio crimen.

Porque todos ofendemos en muchas cosas. No dijo ofendéis, cuando reprendía a aquellos que veía menos perfectos en ciencia y operación, y los apartaba de la cátedra del magisterio, temiendo que, al predicar por error, dañaran a los pequeños, y al anticipar el oído de los doctores, apartaran sus oídos de ellos; o ciertamente, que lo que predicaran correctamente no lo mancharan con la sordidez de una acción incorrecta, y por tanto oscurecieran el camino de la perfección evangélica con una opinión siniestra; sino que dijo ofendemos, cuando somos de Cristo; así habla el Apóstol. Y precedió con en muchas cosas, añadió todos, para que tanto más cautelosamente los imperfectos se miraran en sus acciones o palabras, cuanto más ciertamente supieran que ni siquiera los buenos perfectos, y quienes caminan guiados por la gracia del Espíritu Santo, pueden en modo alguno pasar el camino de esta vida sin la ofensa de algún pecado, según lo que está escrito en otro lugar: Los cielos no son puros a sus ojos (Job XV). Y como dice Salomón: Porque no hay hombre justo en la tierra que haga el bien y no peque (Eclesiastés VII).

Si alguno no ofende en palabra, este es un hombre perfecto. ¿Cómo dice que es perfecto el hombre que no ofende en palabra, cuando ha dicho antes: Porque todos ofendemos en muchas cosas? ¿O es que pueden ofender en muchas cosas los elegidos, y sin embargo perseverar perfectos? Más bien, así debe entenderse. Pues hay diferentes tipos de ofensas. De una manera ofenden los elegidos, de otra los réprobos, como testifica Salomón, quien dice: Porque siete veces cae el justo, y se levanta; pero los impíos caerán en el mal. Y si el justo ofende por la fragilidad de la carne o por ignorancia, no deja de ser justo. Porque así como es cotidiana e inevitable esta ofensa, también es cotidiana la medicina de las oraciones y las buenas obras, que levanta rápidamente al justo que ofende, para que no caiga al suelo y manche con el polvo de los vicios la vestidura nupcial de la caridad y la fe. Si alguno, por tanto, no ofende en palabra, este es un hombre perfecto, en aquella palabra cuya ofensa la fragilidad humana puede evitar, como es la palabra de engaño, detracción, maldición, soberbia, jactancia, excusa en los pecados, emulación, disensión, herejía, mentira, perjurio, pero también de locución ociosa, e incluso de locución superflua en aquellas cosas que parecen necesarias. En esta palabra, quien se guarda sin ofensa, este es un hombre perfecto. Porque quien guarda su boca y su lengua, guarda su alma de angustias (Proverbios XXI).

También puede guiar todo el cuerpo con freno. Este verso depende del anterior. Si alguno, dice, no ofende en palabra, este es un hombre perfecto, y este también puede guiar todo el cuerpo con freno. Lo cual es decir claramente: Si alguien evita el tropiezo de la lengua, que es casi inevitable, este, por la costumbre fija de la misma continencia, también aprende a observar los demás miembros del cuerpo, que más fácilmente pueden ser castigados, para que no se desvíen del camino recto.

Si ponemos frenos en las bocas de los caballos para que nos obedezcan, dirigimos todo su cuerpo. Se sobreentiende: ¿Cuánto más conviene que pongamos a nosotros mismos el freno de la continencia en la boca para obedecer a nuestro Creador, para que, mediante la custodia de la lengua, busquemos también obtener la rectitud de las obras? Pero si, como tienen algunos Códices, leemos: Así como ponemos frenos en las bocas de los caballos, no habrá cuestión, porque se une a lo que se dice en lo siguiente: Así también la lengua es un miembro pequeño, etc.

He aquí también las naves, aunque son grandes y son llevadas por fuertes vientos, son dirigidas por un pequeño timón donde quiera el impulso del que las gobierna. Las grandes naves en el mar son las mentes de los hombres en esta vida, ya sean de los buenos o de los malos. Los fuertes vientos por los que son llevadas son los apetitos de las mentes, por los cuales naturalmente se ven obligadas a hacer algo, por lo cual llegan a un fin bueno o malo.

El timón por el cual estas naves son dirigidas donde quiera el impulso del que las gobierna, es la misma intención del corazón, por la cual los elegidos, habiendo cruzado los mares de este mundo, alcanzan el feliz puerto de la patria celestial, mientras que los réprobos, como si fueran destruidos por Escila o Caribdis, perecen en los errores tempestuosos de esta vida, que no sabían abandonar. Y porque de la abundancia del corazón habla la boca, correctamente se añade:

Así también la lengua es un miembro pequeño, y se jacta de grandes cosas. Se jacta ciertamente de grandes recompensas, si el impulso del ánimo que la dirige la gobierna bien. Según lo que dice Salomón: El que entiende, poseerá el timón. Pero si la gobierna mal, se jacta de grandes males de perdición para sí y para los suyos. Por eso también Salomón dice: Muerte y vida están en poder de la lengua (Proverbios XVIII). Por tanto, la lengua se jacta de vida si enseña bien a la Iglesia. Pero se jacta de muerte si actúa gravemente. Pues esto lo dice contra aquellos que, faltos de vida y ciencia, se atrevían a enseñar, y por eso más bien dañaban a la Iglesia; que si se lee como se encuentra en algunos Códices: Y se exalta en grandeza, esa exaltación debe entenderse aquí, de la cual, después de enumerar muchos vicios de la lengua, añadió: Ahora os jactáis en vuestras soberbias. Toda exaltación tal es maligna. De la cual también nos exhorta a abstenernos la madre del bienaventurado Samuel, diciendo: No multipliquéis palabras altivas jactándoos (1 Samuel II). Por tanto, la lengua se exalta en grandeza, que, despreciando los sentidos y palabras de los demás, se jacta singularmente de ser sabia y elocuente.

He aquí cuán grande bosque enciende un pequeño fuego. Cuán pequeño dice cuán modesto. De hecho, los Códices también tienen así: He aquí un pequeño fuego. Porque así como de una pequeña chispa el fuego crece y a menudo incendia un gran bosque, así la incontinenia de la lengua, alimentada por sus propias liviandades, destruye una gran materia de buenas obras, muchos frutos de vida espiritual, dondequiera que toque, pero también consume innumerables hojas de locución que parecían óptimas.

Y la lengua es un fuego, un mundo de iniquidad. La lengua es fuego, porque devora el bosque de las virtudes hablando mal. De ahí que el hombre sabio diga del insensato: "Y la apertura de su boca es inflamación". A este fuego de perdición se opone el fuego saludable, que es la lengua, consumiendo el heno, la paja, los vicios, iluminando los secretos del corazón, con el cual se inflaman los santos doctores, para que ellos mismos ardan amando, y como lenguas de fuego enciendan a otros predicando. De los cuales está bien escrito: "Porque se les aparecieron lenguas divididas como de fuego, y se posó sobre cada uno de ellos, y todos fueron llenos del Espíritu Santo" (Hechos II). Con razón se dice de la lengua indisciplinada que es un mundo de iniquidad, porque casi todos los crímenes se traman a través de ella, como robos, violaciones; o se cometen, como perjurios, falsos testimonios; o se defienden, cuando cualquier impuro excusa el crimen que ha cometido, simulando mostrar el bien que no ha hecho.

Y enciende la rueda de nuestra naturaleza, encendida por el infierno. Se dice del infierno, del diablo y sus ángeles, para quienes fue hecho el infierno, y que dondequiera que vuelen en el aire, o vaguen en la tierra o bajo la tierra, siempre llevan consigo los tormentos de sus llamas, como un febril que, aunque se coloque en lechos de marfil, o en lugares soleados, no puede evitar el calor o el frío de su fiebre inherente. Así, los demonios, aunque sean adorados en templos dorados, y aunque corran por el aire, siempre arden con el fuego del infierno, y advertidos por su propio castigo, sugieren envidia a los hombres engañados, el combustible de los vicios, por los cuales también ellos perecen. En cambio, la santa ciudad de Dios, la

nueva Jerusalén, se dice que desciende del cielo de Dios, porque ciertamente todo lo celestial que hacemos en la tierra, lo hemos recibido para hacerlo por don celestial. Llama rueda de nuestra naturaleza al curso incesante de la vida temporal, por el cual desde el día del nacimiento hasta la muerte, como una rueda siempre girando, somos llevados sin cesar. De ahí que Salomón, cuando decía: "Acuérdate de tu Creador en los días de tu juventud, antes de que vengan los días de la aflicción" (Eclesiastés XII), poco después añadió: "Y se rompa la rueda sobre la cisterna, y el polvo vuelva a la tierra de donde era". Por tanto, la lengua enciende la rueda de nuestra naturaleza, cuando contamina todo el estado de nuestra conversación hablando mal. También llama rueda de nuestra naturaleza, porque por el mérito de la primera transgresión, arrojados de la estabilidad interna, somos llevados aquí y allá con la mente vaga, y en todos los cursos inciertos, ignoramos dónde está el peligro, dónde la salvación. Esta rueda de nuestra naturaleza se inflama con el fuego de la lengua que mancha, cuando el vicio de la perturbación innata se acumula con discursos inapropiados y nocivos.

Porque toda naturaleza de bestias, y de aves, y de serpientes, y de otras, son domadas y han sido domadas por la naturaleza humana. Leemos en Plinio que una serpiente áspidísima en Egipto fue domada por un padre de familia, y solía salir de su cueva diariamente para recibir alimento en su mesa. Leemos también, escribiendo el conde Marcelino, que un tigre domesticado fue enviado desde la India al príncipe Anastasio. Quiere, por tanto, que se entienda que la lengua de los malvados supera a las bestias en ferocidad, a las aves en ligereza o exultación, a las serpientes en veneno. Son bestiales los que "afilaban como espada sus lenguas" (Salmo LXIII), son volátiles los que "pusieron en el cielo su boca" (Salmo LXXII), y cuya "boca habló vanidad" (Salmo CXLIII), son serpenteantes, de los cuales se dijo: "Veneno de áspides hay bajo sus labios" (Salmo XIII).

Pero ningún hombre puede domar la lengua. Esta sentencia puede entenderse correctamente de dos maneras, porque ni ningún buen doctor puede domar las lenguas de aquellos que se niegan a refrenarse de la verbosidad tonta, ni hay hablante que no peque alguna vez con su lengua. De hecho, del hombre perfecto en el artículo de la máxima tentación, se dijo verdaderamente: "En todo esto no pecó Job con sus labios" (Job I). Y sin embargo, él mismo, después de escuchar las palabras de Dios, se reprendió por la ineptitud de su locución tonta, diciendo: "Hablé una vez, lo cual ojalá no hubiera dicho, y otra vez, a las cuales no añadiré más" (Job XXXIX).

Un mal inquieto lleno de veneno mortal, etc. Añade inquieto, por lo que dijo que no puede ser domada, mientras que las bestias son domadas y las aves. Dice que está llena de veneno mortal, para explicar por qué la llama indomable, cuando se sabe que incluso las serpientes pueden ser domadas. De cuya atrocidad del veneno añade muchas cosas posteriormente.

De la misma boca procede bendición y maldición. No conviene, hermanos míos, que esto sea así. ¿Acaso de la misma fuente mana agua dulce y amarga? Así como el agua dulce y amarga no pueden brotar juntas de una misma vena de la fuente, pero si se mezclan en un vaso o cisterna, la dulce pronto se amarga por la amarga, pero la amarga no sabe convertirse en dulce por la mezcla de la dulce, así la bendición y la maldición en una boca no pueden de ninguna manera coincidir; sino que cualquiera que así acostumbra a bendecir a Dios orando, o predicando su palabra, que también no omite maldecir a los hombres, es evidente que la dulzura de su bendición es consumida por la amargura de la maldición. Porque un poco de levadura corrompe toda la masa (I Cor. V). Y no es hermosa la alabanza en la boca del pecador (Eclesiástico XV). De hecho, si haces una flauta con dos bocas por donde entre el agua, y una simple por donde salga, y en una introduces agua amarga, en la otra dulce, sin ninguna duda, donde se llega a un solo orificio de salida, mezcladas ambas, aparecerá

amarga. Porque ciertamente mucho más fácilmente se convierte lo dulce en amargo donde se mezclan, que lo amargo se convierte en dulce. Con este ejemplo se concluye que las malas conversaciones, así como los buenos modales, según el Apóstol, también corrompen los buenos discursos.

¿Acaso puede, hermanos míos, la higuera producir aceitunas, o la vid higos? etc. Es evidente, porque así como el árbol no puede, perdiendo su fruto natural, dar fruto de otro árbol, así el maldiciente, aunque parezca hablar algo bueno por un tiempo, de ninguna manera puede tener el fruto de la bendición. Pero si alguien quiere discutir esto más profundamente, puede entenderse en la higuera, cuyas hojas nuestros primeros padres usaron para cubrir su desnudez después de conocer su transgresión, el velo de la excusa, con el cual entonces intentaron repeler la reprensión del Creador y devolverla al mismo Creador, y ahora muchos de los necios inclinan su corazón a una palabra mala, para excusar excusas en pecados (Salmo CXL). Puede entenderse en las aceitunas el fruto de la misericordia, en la vid el fervor del amor. Yo, en cambio, dice, como olivo fructífero en la casa del Señor, he esperado en la misericordia de mi Dios (Salmo LI), es decir, como quien hace el fruto de la misericordia, he esperado la misericordia del Señor. Y también: Y tu copa embriagadora, ¡cuán gloriosa es! (Salmo XXII). Lo cual se dice de la caridad de Dios, que ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Romanos V). Por tanto, la higuera no puede producir aceitunas, porque quien se esfuerza por excusarse en sus pecados en lugar de acusarse, de ninguna manera realiza las obras de piedad que se hacen por los pecados en los prójimos de manera perfecta, sino que más bien las otorga con un corazón soberbio. Ni la vid higos, porque quien se embriaga perfectamente con el amor divino, ya no acusa a nadie de sus errores, sino a sí mismo.

¿Quién es sabio y disciplinado entre vosotros? Que muestre por su buena conducta sus obras en la mansedumbre de la sabiduría. Porque había impuesto silencio a los doctores impíos, y les había prohibido ocupar el grado de maestro, a quienes veía que no tenían ni la perfección de vida ni la continencia de la lengua, consecuentemente advierte que si alguno entre ellos es sabio y disciplinado, o se cree serlo, muestre más bien su erudición viviendo sabiamente y disciplinadamente, que enseñando a otros. Porque quien con corazón manso y rostro sereno realiza los bienes que puede, ciertamente da una clara indicación de hombre sabio. Porque el principio de la sabiduría es el temor del Señor (Salmo CX). Pero quien es más proclive a predicar la palabra que a hacer, a menudo por amor a la jactancia, por el afán de contienda, por la facilidad de la elocuencia, por la envidia de otros que enseñan, por la ignorancia de la verdad católica, incurre en la culpa de la necedad. A quien bien le conviene aquello de Salomón: Porque donde hay muchas palabras, allí frecuentemente hay escasez (Proverbios XIV). Por lo cual aquí también se añade correctamente:

Pero si tenéis celos amargos, y contiendas en vuestros corazones, no os gloriéis, etc. Llama celos amargos, porque hay también celos dulces, de los cuales el apóstol Simón mereció el nombre de corazón perfecto. Que también tuvo Elías, cuando dijo: "Con celo he celado por el Señor Dios de los ejércitos, porque los hijos de Israel han abandonado tu pacto" (III Reyes XIX). Y el apóstol Pablo: "Porque os celo con celo de Dios" (II Corintios XI). Hay también una buena contienda, que el Señor nos mandó tener diciendo: "Esforzaos por entrar por la puerta angosta" (Lucas XIII). No os gloriéis, dice, y seáis mentirosos contra la verdad. Porque la misma Verdad prueba que no son dignos de gloria aquellos que, pronunciando palabras de sabiduría con la boca, llevan en el corazón celos amargos y el afán de una contienda infructuosa.

Esta no es la sabiduría que descende de lo alto, sino terrena, animal, diabólica. Y Pablo dice que el hombre animal no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios. Sin embargo, es de notar que el hombre animal, o la sabiduría animal, no deriva de lo animal, sino del alma, según el testimonio del Apóstol, porque "el primer hombre Adán fue hecho alma viviente, el último Adán en Espíritu vivificante" (I Corintios XV). Pero no primero lo que es espiritual, sino lo que es animal. Lo cual derivado del alma lo testimonia la autoridad griega, en la cual en esa lengua ψυχή es alma, ψυχικὸν se dice animal. Por otro lado, aunque los animales en latín parecen haber tomado su nombre del alma, tienen una etimología griega muy diferente y disímil. Porque toman su nombre de lo que viven. Pues en griego ζῶν es vida, ζῶα se llaman animales. Por tanto, cuando el Apóstol en sus Epístolas nombra frecuentemente al hombre carnal, nombra al animal, nombra al espiritual, llama espiritual o al mismo Señor, que, apareciendo en carne y alma, estuvo lleno del Espíritu Santo, o a todo elegido, que, consistiendo naturalmente en carne y alma, también ha recibido la gracia del Espíritu Santo según la medida del don de Cristo, por la cual es iluminado. Llama carnal o animal al hombre que, no teniendo nada de la gracia espiritual, solo sabe pensar o hacer lo que naturalmente está inscrito en los sentidos de la carne o del alma. Por tanto, con razón se recuerda que la sabiduría contenciosa y soberbia es terrena, animal y diabólica, porque mientras el alma busca la gloria terrena, mientras, carente de la gracia espiritual, permaneciendo sola, piensa en lo que naturalmente le está inscrito después de la culpa de la primera transgresión, justamente engañada por el maligno espíritu, se convierte en hacer aquellas cosas que son insensatas y nocivas.

Porque donde hay celos y contienda, allí hay inconstancia y toda obra perversa. "Con toda custodia guarda tu corazón, porque de él mana la vida". Porque tal como es la raíz del corazón, tal es a la vista del juez interno todo el fruto de la acción. Y quien oculta las iniquidades en el corazón de envidia o contienda, toda su obra es perversa, por más recta que parezca a los hombres, evidentemente por la inconstancia de la mente que fluctúa de aquí para allá, porque ha descuidado fijarse en una sola ancla de la mirada superior.

Pero la sabiduría que es de lo alto, primeramente es pura, luego pacífica, modesta, dócil, llena de misericordia y de buenos frutos. Esta es la mansedumbre de la sabiduría, que antes mandó tener, ciertamente adversa a los celos de amargura y contienda, que la virtud y doctrina de los santos predicadores se asocian mutuamente en la paz de la caridad y la concordia. Primeramente, dice, es pura, luego pacífica. Pura, evidentemente, porque entiende castamente; pacífica, porque no se separa de la sociedad de los prójimos por la altivez. Modesta, dócil, llena de misericordia y de buenos frutos, porque ciertamente es propio del sabio prestar su consentimiento a la persuasión de los buenos, como Pedro, un poco agitado, accedió al que lo reprendía, pero rechazar con toda intención la doctrina de los malos, ya sea enseñando o viviendo.

Llena de misericordia y de buenos frutos. Y esta es la buena conversación que antes aconsejó mostrar al sabio y disciplinado, ser misericordioso de ánimo, y mostrar exteriormente los frutos de esa misericordia por las obras de piedad.

Juzgando sin simulación. De esta virtud se sirve propiamente la sabiduría pura, tanto como carece por completo de ella la contenciosa y blasfema. Porque quien desea parecer más docto y perfecto que los demás, es necesario que trabaje mucho, para que pueda lacerar al prójimo como si fuera más imprudente, y nunca simule haber hecho o dicho bien, incluso a aquellos de quienes está alejado.

Pero el fruto de la justicia se siembra en paz para aquellos que hacen la paz. Todo lo que hacemos en esta vida es semilla de la futura retribución, pero la retribución misma es el fruto de las obras presentes, según el testimonio del Apóstol, que dice: "Porque todo lo que el hombre siembra, eso también cosechará. Y el que siembra en la carne, de la carne cosechará corrupción. Pero el que siembra en el espíritu, del espíritu cosechará vida eterna" (Gálatas VI). Y por eso se dice correctamente que el fruto de la justicia se siembra en paz para aquellos que hacen la paz. Porque el fruto de la justicia es la vida eterna, que se retribuye a las obras justas, porque quienes buscan la paz, la siguen, y con esa paz a la que aspiran, como con la mejor semilla, siembran la tierra de su corazón, para que por el crecimiento diario de la buena obra puedan llegar al fruto de la vida celestial. De lo cual está escrito en otro lugar: "Los que siembran con lágrimas, cosecharán con gozo" (Salmo CXXV), y lo demás hasta el final del salmo. También siembran y cosechan los réprobos, porque recibirán según sus méritos en el juicio. Sin embargo, se sabe que cosechan no fruto, sino corrupción, porque no disfrutan de los bienes eternos (pues el fruto se llama así por disfrutar), sino que por la corrupción en la que vivieron, sufrirán penas eternas.

CAPÍTULO IV.

¿De dónde vienen las guerras y las disputas entre vosotros? ¿No es de aquí? Es decir, del cielo y la contienda, que antes había prohibido tener. Por lo cual aquí también lo expone más ampliamente añadiendo:

Y de vuestras concupiscencias que combaten en vuestros miembros, etc. Pero las concupiscencias combaten en los miembros, cuando a lo que la mente impía sugiere mal, las manos, o la lengua, o el consentimiento de los demás miembros obedecen intemperadamente. De lo cual también en las primeras partes de esta Epístola dice: "Pero cada uno es tentado por su propia concupiscencia, siendo atraído y seducido", etc. Sin embargo, también pueden entenderse en este lugar las concupiscencias de los bienes terrenales, a saber, el deseo de reinos, riquezas, honores, dignidades. Porque por estas y otras innumerables cosas, frecuentemente se cometen disputas y guerras entre los malos.

Litigáis y guerreáis, y no tenéis porque no pedís. Litigáis, dice, y guerreáis por la gloria temporal, y no podéis obtenerla, precisamente porque no habéis cuidado de pedir al Señor, para que Él os concediera las cosas saludables. Porque si le pidierais con piadosa intención, Él os concedería tanto los bienes terrenales necesarios para el uso temporal, como los bienes celestiales para disfrutar eternamente.

Pedís y no recibís, porque pedís mal, etc. Había dicho que no pedían, y ahora dice que piden mal, porque quien pide mal ya parece no pedir nada a la vista del testigo interno. Pero pide mal quien, despreciando los mandamientos del Señor, desea recibir de Él beneficios celestiales. También pide mal quien, habiendo perdido el amor a las cosas celestiales, solo busca recibir los bienes inferiores, y no para el sustento de la fragilidad humana, sino para la abundancia de la libre voluptuosidad. Esto es lo que dice: "Para gastar en vuestras concupiscencias".

Adúlteros, ¿no sabéis que la amistad de este mundo es enemistad con Dios? Llama adúlteros con razón a aquellos que, apartados del amor de la sabiduría celestial, reprende por haberse inclinado más bien al abrazo de la amistad mundana, a quienes, despreciando al Creador, veía servir más bien a Mammón. Había dicho ciertamente antes de los enemigos abiertos de Dios: "¿No son los ricos los que os oprimen con poder, y ellos mismos os arrastran a los tribunales? ¿No son ellos los que blasfeman el buen nombre que ha sido invocado sobre vosotros?"

(Santiago II). Pero para que no creas que solo ellos son enemigos de Dios, quienes lo blasfeman abiertamente, quienes persiguen su fe en los santos, y los condenan con juicio inicuo, muestra que también son enemigos de Dios aquellos que, bajo la fe y confesión del nombre de Cristo, sirven a las seducciones y al amor del mundo, quienes, fieles solo de nombre, prefieren las cosas terrenales a las celestiales. Lo cual inculca más intensamente en el siguiente versículo añadiendo: "Cualquiera, pues, que quiera ser amigo de este mundo, se constituye enemigo de Dios". Por tanto, son enemigos de Dios todos los amantes del mundo, todos los buscadores de vanidades, todos los que pertenecen a aquellos de quienes se dice: "Porque he aquí, tus enemigos, Señor, perecerán" (Salmo XCI). Entren en las iglesias, no entren en las iglesias, son enemigos de Dios. Pueden florecer por un tiempo como la hierba, pero cuando aparezca el ardor del juicio, perecerán, y la belleza de su rostro caerá.

¿O pensáis que en vano dice la Escritura? Aquella Escritura, que apartando a los fieles de la sociedad de los malos, así habla por Moisés: "No harás pacto con ellos, ni con sus dioses. No habitarán en tu tierra, no sea que te hagan pecar contra mí, si sirves a sus dioses, lo cual ciertamente será para ti un escándalo" (Éxodo XXIII). Y de nuevo: "No harás sus obras, sino que los destruirás y romperás sus estatuas" (Ibid.).

¿Ad invidiam concupiscit spiritus que habita en vosotros? Debe leerse como una pregunta de reproche, como si dijera: ¿Acaso el Espíritu de gracia con el que fuisteis sellados en el día de la redención desea esto, que os envidiéis unos a otros? No es ciertamente el buen espíritu el que obra el vicio de la envidia en vosotros, sino el malo. De manera similar se expresa en el salmo: "Hermano, no redime, redimirá el hombre" (Sal. XLVIII). Así se entiende: Si Cristo no nos redimió, quien se dignó hacerse nuestro hermano por la humanidad, ¿acaso algún hombre puro será suficiente para redimirnos? Algunos explican esta sentencia así: "Ad invidiam concupiscit spiritus, que habita en vosotros". Contra la envidia desea, es decir, desea que se derrote la enfermedad de la envidia y se extirpe de vuestras mentes. Otros entienden que se refiere al espíritu del hombre, de modo que el sentido sea: No deseáis, no os adheráis a las amistades de este mundo, porque el espíritu de vuestra mente, mientras desea lo terrenal, ciertamente desea envidiar, mientras envidiáis a otros por lo que deseáis adquirir para vosotros mismos.

Pero da mayor gracia. El Señor da una gracia mayor que la amistad del mundo, porque esta otorga bienes terrenales por un tiempo, y estos deben perderse con dolor, mientras que Él otorga gozo eterno. A quienes otorga esta gracia, lo explica a continuación.

Por eso dice: Dios resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes. Dios castiga a los ladrones, perjuros, lujuriosos y otros pecadores, como despreciadores de sus preceptos, pero se dice que resiste especialmente a los soberbios, porque ciertamente son castigados con mayor pena aquellos que confían en su propia virtud, que descuidan someterse al poder divino arrepintiéndose, que como si fueran suficientes por sí mismos para salvarse, se niegan a buscar la ayuda de la gracia celestial. En cambio, da gracia a los humildes, porque aquellos que se someten suplicantes a las manos del verdadero médico en las heridas de sus vicios, reciben mercedamente los dones de la salud deseada. Cabe señalar que esta sentencia sobre los soberbios y los humildes, el bienaventurado Santiago la tomó de las parábolas de Salomón según la antigua Traducción, al igual que Pedro en su Epístola. En nuestra Edición, que descende de la verdad hebrea, se dice así: "Él burlará a los burladores, y dará gracia a los mansos". El Señor burlará a los burladores, según lo que Pablo dice de aquellos que, al rechazar recibirlo a Él que viene en el nombre de su Padre, aceptarán al Anticristo que viene en su propio nombre (Juan V): "Porque no recibieron el amor de la verdad para ser salvos,

por eso Dios les enviará una operación de error, para que crean en la mentira" (Tes. II). Burló a los burladores, cuando a los judíos que decían: "Si es el rey de Israel, descienda de la cruz y creeremos en él" (Mat. XXVII), pacientemente soportó, hasta que muerto y sepultado, superó sus insultos y la misma muerte con una pronta resurrección. Pero dará gracia a los mansos, porque a aquellos que lo siguen humildemente, les otorga tanto la perfección de la buena obra como los dones de la bienaventuranza eterna.

Acercaos a Dios, y Él se acercará a vosotros: Acercaos al Señor siguiendo sus huellas con humildad, y Él se acercará a vosotros con misericordia, liberándoos de la angustia. Pues no es por regiones que alguien está lejos de Dios, sino por afectos. Porque, habitando en un mismo lugar de la tierra, aquel que se esfuerza en las virtudes, y aquel que se hunde en las inmundicias de los vicios, uno está lejos de Dios, el otro tiene a Dios como cercano. Por eso el Salmista dice: "Cercano está el Señor a todos los que lo invocan en verdad" (Sal. CXLIV). Y nuevamente: "Lejos está de los pecadores la salvación" (Sal. CXVIII). Aquella salvación a la que cantamos: "El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré?" (Sal. XXVI). Y el mismo Señor, cuando nos aconsejaba acercarnos a Él diciendo: "Venid a mí, todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar" (Mat. XI), inmediatamente demostró que esto no debía cumplirse con los pies, sino con los actos, cuando añadió: "Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón" (Ibid.).

Limpiad las manos, pecadores, y purificad los corazones, los de doble ánimo. Esto es acercarse verdaderamente al Señor, es decir, tener la limpieza de obra y la simplicidad de corazón. "Inocente", dice, "de manos y puro de corazón, este recibirá bendición del Señor, y misericordia" (Sal. XXV). Y esto es acercarse verdaderamente al Señor, dar a quienes buscan sinceramente los dones de su piedad. Porque el Espíritu Santo de disciplina huirá del engaño, y se apartará de los conocimientos que son sin entendimiento (Sab. I).

Sed miserables, y lamentad, y llorad. Vuestra risa se convierta en llanto, y vuestro gozo en tristeza. Humillaos en la presencia del Señor, y Él os exaltará. No améis, dice, enriqueceros y alegraros en este siglo, sino recordando los crímenes que habéis cometido, procurad más bien, que a través de las breves miserias de esta vida y la pobreza y lamentación transitorias, alcancéis las alegrías eternas del reino celestial, para que no mendiguéis perpetuamente, lloréis y paguéis tormentos por la alegría de las riquezas temporales que adquiristeis con trabajo injusto.

No os calumniéis unos a otros, hermanos míos. Y este vicio de la calumnia se refiere al veneno mortal de la lengua, del cual dice: "Litigáis y os peleáis".

Quien calumnia a su hermano, o quien juzga a su hermano, calumnia a la ley, y juzga a la ley. Calumnia a la ley quien calumnia a su hermano, como si ella no hubiera hecho bien al prohibir la calumnia, diciendo por el Profeta: "Al que calumnia en secreto a su prójimo, a este perseguiré" (Sal. C). Y en Levítico: "No serás calumniador, ni chismoso entre el pueblo" (Lev. XIX). También puede entenderse así: Quien calumnia al hermano que cumple los mandatos de la ley, calumnia a la ley, y juzga la ley que dio tales mandatos. Por ejemplo, la ley ordenó diciendo: "No recordarás la injuria de tus conciudadanos". Quien calumnia al hermano, y quien juzga al hermano que ve recibir injurias por amor a Dios, calumnia ciertamente a la ley, y juzga la ley que nos ordenó olvidar las injurias.

¿Quién eres tú para juzgar a tu prójimo? Reprende la temeridad de quien se deleita en juzgar a su prójimo, y no se preocupa por considerar el estado de su propia fragilidad y la incertidumbre de su vida temporal. Y porque a veces, por el cambio de la diestra del

Altísimo, aquellos que juzgaban a su prójimo son sometidos al poder de aquel a quien juzgaban, a veces, mientras él aún vive, son arrebatados del mundo, reprende a continuación también la temeridad de aquellos que, no teniendo certeza de su vida, extienden su ánimo hacia el futuro por el lucro de muchos tiempos. Pues sigue:

He aquí ahora los que decís: Hoy o mañana iremos a tal ciudad, y haremos allí un año, y negociaremos, y obtendremos ganancia, quienes ignoráis lo que será mañana. Señala la insensatez en esta disposición de muchas maneras, porque deliberan sobre el aumento del lucro, y se imaginan que vivirán mucho tiempo, y que es de su potestad hacer un año, y en todas estas cosas desprecian recordar el juicio del Juez supremo.

¿Qué es vuestra vida? Es un vapor que aparece por un poco de tiempo, y luego se desvanece. No dice qué es nuestra vida, sino "qué es vuestra vida", porque los justos comienzan verdaderamente a vivir cuando llegan al fin de esta vida. Pero los enemigos del Señor, tan pronto como son honrados y exaltados, perecen como el humo (Sal. XXXVI). No debe pensarse que esta es la misma sentencia que se dice que los impíos dijeron en el libro de la Sabiduría: "Porque de la nada nacimos, y después de esto seremos como si no hubiéramos sido" (Sab. II). Porque el humo es soplo en nuestras narices, y la palabra es una chispa para conmover nuestro corazón. Extinguida esta, el cuerpo será ceniza, y el espíritu se difundirá como aire blando. Esto lo razonaban aquellos que creían que no había otra vida que esta, diciendo con Epicuro: "Después de la muerte no hay nada, y la muerte misma no es nada". Pero el bienaventurado Santiago lo añadió para enseñar que la vida de los malvados es breve en el presente, aunque en el futuro la sigue la muerte eterna, según lo que dice el bienaventurado Job: "Llevan sus días en el bien, y en un momento descienden al infierno" (Job. XXI).

Por tanto, al que sabe hacer el bien y no lo hace, le es pecado. A lo largo de todo el texto de esta Epístola, el bienaventurado Santiago muestra que aquellos a quienes escribió tenían el conocimiento de hacer el bien, y también habían aprendido la fe recta, de modo que presumían poder ser maestros de otros, pero no habían alcanzado aún la perfección de las obras, ni la humildad de mente, ni la continencia del discurso. Por eso, ahora entre otras palabras de reproche y exhortación, los aterra no poco en esto, que se dice que quien sabe hacer el bien y no hace lo que sabe, tiene un pecado mayor que aquel que peca por ignorancia. Aunque tampoco puede estar completamente libre de culpa quien erró por ignorancia, ya que la misma ignorancia del bien es un mal no pequeño. Por eso el Señor dice: "El siervo que conoció la voluntad de su señor, y no hizo conforme a su voluntad, recibirá muchos azotes. Pero el que no la conoció, y hizo cosas dignas de azotes, recibirá pocos" (Luc. XII).

CAPÍTULO V.

Ahora, ricos, llorad aullando por las miserias que os vendrán. Ahora, mientras es tiempo aceptable, mientras es el día de la salvación (II Cor. VI), evitad, dice, las futuras miserias de las penas llorando y haciendo limosnas. Vuestro oro y plata se han oxidado, y su óxido será testimonio contra vosotros, y devorará vuestras carnes como fuego. No solo el fuego visible del infierno atormenta a los ricos impíos e inmisericordes, sino que también la misma memoria de las riquezas podridas e inútiles, con las que fácilmente podrían redimir sus iniquidades, no menos antes del juicio consume sus almas, y después de la resurrección incluso sus carnes, mientras comienzan a enojarse gravemente consigo mismos, porque no quisieron lavar sus crímenes con limosnas. Finalmente, el óxido de las riquezas se convirtió en testimonio de iniquidad y en aumento de penas para aquel rico, cuando por la reprensión

de Abraham escuchó: "Hijo, recuerda que recibiste bienes en tu vida, y Lázaro males" (Luc. XVI). También pueden entenderse como carnes las mismas delicias carnales, que el óxido de las riquezas devora como fuego, mientras la llama que arde externamente atormenta al alma lujuriosa, y no menos el dolor de su avaricia la acusa internamente. Esto también sucede a menudo en esta vida, que algunos pierden las riquezas que usaban mal, y al perder sus bienes, ya tarde comienzan a lamentar que las tuvieron sin fruto, y entonces se lamentan de no haberlas dado a los necesitados, cuando ellos mismos, ante la indigencia inminente, se ven obligados a mendigar.

Habéis atesorado para vosotros ira en los últimos días. Porque, al descuidar la desnudez o el hambre de los pobres, os alegrabais de acumular tesoros de dinero para vosotros, sin prever para vosotros mismos la ira del juez interno. Que aunque aún no ha aparecido, en los últimos días ya es ciertamente segura, es decir, cuando llegue el fin de los días temporales.

He aquí el salario de los obreros que segaron vuestros campos, que ha sido defraudado por vosotros, clama. ¡Cuánta es la iniquidad de los soberbios, que teniendo riquezas suficientes, no solo desprecian recibir y alimentar a los pobres que vienen, sino que también se niegan a pagar a sus jornaleros o siervos el salario debido por su trabajo! Este vicio de impiedad el bienaventurado Job muestra que se cuidaba mucho de cometer, cuando dice: "Si contra mí clama mi tierra, y lloran sus surcos, si comí sus frutos sin dinero, y afligí el alma de sus labradores, que en lugar de trigo me nazcan abrojos, y en lugar de cebada espinas" (Job. XXXI). Y el clamor de ellos ha llegado a los oídos del Señor de los ejércitos. Llama al Señor de los ejércitos, es decir, al Señor de los ejércitos, para aterrorizar a aquellos que piensan que los pobres no tienen protector. A este lugar corresponde lo que dice el Salmista: "Porque a ti ha sido dejado el pobre, tú serás el ayudador del huérfano" (Sal. Hebr. X). Y lo que está escrito en el libro del bienaventurado Job: "Porque no en vano oírás Dios, y el Omnipotente mirará las causas de cada uno" (Job. XXXV). Os habéis deleitado en la tierra. Despreciando los gozos celestiales a los que podríais llegar a través de aflicciones y ayunos, solo amáis los banquetes carnales, que en el futuro serán seguidos por tal hambre y sed, que ni siquiera una gota de agua podrá obtenerse de otro lugar, por la cual vuestra ardiente lengua sea refrescada.

Y en lujurias habéis nutrido vuestros corazones. Aquellos que nutren sus corazones en lujurias, son los que, según el sermón del Eclesiastés, no prohíben a su corazón disfrutar de todo placer, y se deleitan en lo que han preparado. Y consideran que esta es su parte, si disfrutan de sus trabajos, sin preocuparse por el sustento o el deleite de los pobres (Ecl. II). En el día de la matanza habéis llevado y matado al justo, y no os resistió. Llama justo al Señor Salvador, de quien también el bienaventurado protomártir Esteban habla a los mismos judíos: "¿A cuál de los profetas no persiguieron vuestros padres, y mataron a los que anunciaban la venida del Justo? de quien ahora vosotros habéis sido traidores y homicidas" (Hech. VII). Por lo tanto, está claro que el bienaventurado Santiago se dirige a aquellos ricos desde el lugar donde dice: "Ahora, ricos, llorad aullando", que habían conspirado para la muerte del Señor, y aún no habían aceptado la fe en su nombre para ser salvos. De quienes también habla arriba a los creyentes: "¿No os oprimen los ricos por penitencia, y ellos mismos os arrastran a los juicios? ¿No blasfeman ellos el buen nombre que ha sido invocado sobre vosotros?" (Sant. II). Y porque escribe a las doce tribus que están en la dispersión, así exhorta a los fieles a hacer obras de fe, para que también aquellos que aún no han creído se conviertan a la fe del Señor y a las obras de la fe, recordándoles que mataron al Hijo de Dios, y además, como si no hubieran hecho nada malo, se entregaron a la lujuria y la avaricia, y no se preocuparon por enmendar tan gran crimen con penitencia y limosnas. A quienes propiamente se aplica lo que dice: "La avaricia devorará sus carnes como fuego, y porque han atesorado para sí ira en los últimos días". Esto se cumplió en ellos después de la muerte del

mismo Santiago, cuando la ciudad de Jerusalén, más bien toda la provincia de Judea, fue asediada y destruida por los romanos, y de los demás crímenes que habían cometido. Por tanto, sed pacientes, hermanos, hasta la venida del Señor. Después de haber reprendido a los soberbios e incrédulos, se dirige nuevamente a aquellos que habían sido oprimidos por la maldad de tales, exhortándolos a la paciencia, e insinuando que el fin de tales tribulaciones está próximo, ya sea porque ellos mismos serán llevados al Señor, recibiendo el fruto de su paciencia, o porque sus perseguidores serán privados del poder de perseguir. He aquí, el labrador espera el precioso fruto de la tierra, teniendo paciencia hasta que reciba el temprano y el tardío, etc. Si él, por el fruto de la tierra que espera, y que espera que sea temporal, trabaja con tanta paciencia, ¿cuánto más debéis vosotros soportar ahora todas las adversidades por el fruto celestial de la recompensa, que podéis poseer perpetuamente? Porque recibiréis el fruto temporal, es decir, la vida del alma después de la muerte. Recibiréis también el tardío, la incorruptibilidad de la carne en el juicio. O ciertamente el temprano en las obras de justicia, el tardío en la retribución de los trabajos, según lo que dice el Apóstol: "Tenéis vuestro fruto en santificación, y el fin, la vida eterna" (Rom. VI). No os quejéis, hermanos, unos contra otros, para que no seáis juzgados. Como si padecierais adversidades mayores de lo que merecís, y vuestros perseguidores, aunque hayan cometido grandes crímenes, no parecen sufrir nada adverso. Para que no seáis juzgados. Es decir, con el juicio de condenación, porque criticáis a este juez como si juzgara injustamente.

He aquí que el Juez está a la puerta. Él os devolverá a vosotros las recompensas de la paciencia, y a vuestros adversarios el castigo que merecen. Está a la puerta, porque está próximo a conocer todo lo que hacéis, o vendrá pronto a retribuir, tanto a vosotros como a vuestros perseguidores, lo que cada uno ha merecido. Tomad ejemplo, hermanos, del fin del mal, de la longanimidad, del trabajo y de la paciencia, de los profetas que hablaron en el nombre del Señor. Ved, dice, que los profetas, que eran tan santos, tan inmunes de delitos, que el Espíritu de Dios hablaba a los hombres a través de ellos, tuvieron un mal fin, sufriendo la muerte a manos de los infieles, como Zacarías, Urías y los mártires Macabeos. Y en el Nuevo Testamento, Juan, Esteban, Santiago el de Zebedeo, y muchos otros. Sin embargo, no querían lamentarse por tal fin, sino más bien soportarlo con longanimidad. Otros soportaron largos trabajos, pero los llevaron pacientemente y sin murmuración, como Noé en la construcción del arca durante cien años, Moisés en la liberación y liderazgo del pueblo durante cuarenta años, David en el exilio sin culpa sufrida, José en el servicio a sus hermanos recibido con engaño. A ambos ejemplos añadió un ejemplo firme e inmutable diciendo: Habéis oído la paciencia de Job, y habéis visto el fin del Señor. Habéis conocido, dice, el trabajo y la paciencia de Job por la lectura, y que recibió el doble de todo lo que el enemigo le había quitado con engaño, por la misericordia del Señor. También habéis visto el fin del Señor en la cruz, que soportó con longanimidad, y habéis aprendido por la predicación evangélica la gloria de su resurrección y ascensión a los cielos. Porque el Señor es misericordioso y compasivo. Para que en el presente libere a los suyos de las tentaciones, y por la constancia de la fe los glorifique ante los hombres mientras viven, o después de la muerte los corone en secreto, y ni siquiera así les quite la memoria de la alabanza que merecieron. Sobre todo, hermanos míos, no juréis, ni por el cielo, ni por la tierra, ni por ningún otro juramento. Que vuestro discurso sea: Sí, sí; No, no. Porque desea extraer completamente el veneno letal de la lengua de sus oyentes, quien prohibió hablar mal unos de otros, quien prohibió juzgar al prójimo, quien prohibió lamentarse unos a otros en las adversidades, que son pecados manifiestos, añade también esto que a algunos les parece leve, para que también elimine la costumbre de jurar. Pues esto tampoco debe ser despreciado por aquellos que consideran cuidadosamente esa sentencia del Señor, que dice: Toda palabra

ociosa que hablen los hombres, darán cuenta de ella en el día del juicio (Mateo XII), para que no caigáis bajo juicio. Por eso, dice, os aparto de la culpa del juramento, para que al jurar frecuentemente la verdad, no caigáis alguna vez en el perjurio, sino que os mantengáis más lejos del vicio de perjurar, ya que no queráis jurar la verdad sino por una necesidad cercana. Pero también cae bajo juicio de culpa quien, aunque nunca perjura, jura la verdad más frecuentemente de lo necesario. Porque ciertamente peca por la misma ociosidad de la locución superflua, y ofende al Juez, quien prohibió tanto la palabra inútil como todo juramento.

¿Está alguno de vosotros triste? etc. Quien antes prohibió a los hermanos lamentarse unos a otros en las tribulaciones, ahora muestra qué hacer en contrario. Si alguna tristeza os oprime, o alguna injuria infligida por otros hombres os sobreviene, o por culpa accidental, o por daño doméstico que os sorprenda, o por cualquier otra razón que os cause tristeza, no os reunáis en esa hora para murmurar unos a otros y presentar quejas sobre los juicios de Dios, sino más bien acudid a la iglesia, y con las rodillas dobladas orad al Señor, para que envíe la gracia de su consuelo, para que la tristeza del mundo, que produce muerte, no os absorba (II Cor. VII). También vosotros, con la dulzura frecuente de los salmos, expulsad de vuestro corazón la nociva peste de la tristeza.

¿Está alguno enfermo entre vosotros? etc. Así como dio consejo al afligido, también da consejo al enfermo, sobre cómo protegerse de la necedad de la murmuración, y según la medida de la herida, establece la medida de la cura, ordenando al afligido que ore y cante salmos por sí mismo, y al enfermo, ya sea de cuerpo o de fe, mandando que quien ha sufrido una herida mayor, recuerde curarse con la ayuda de muchos, y esto de los ancianos, y no refiera la causa de su debilidad a los más jóvenes y menos doctos, no sea que por ellos reciba alguna palabra o consejo dañino.

Y oren sobre él, ungiéndolo, etc. Esto también lo leemos que hicieron los apóstoles en el Evangelio, y ahora la costumbre de la Iglesia es que los enfermos sean ungidos con óleo consagrado por los presbíteros, y con la oración sean sanados. Y no solo a los presbíteros, sino, como escribe el papa Inocencio, también a todos los cristianos les es lícito usar el mismo óleo en su necesidad o la de los suyos, ungiendo, pero ese óleo solo puede ser confeccionado por los obispos. Pues lo que dice, Óleo en el nombre del Señor, significa óleo consagrado en el nombre del Señor. O ciertamente porque incluso cuando ungen al enfermo, deben invocar el nombre del Señor sobre él.

Y si está en pecados, le serán perdonados. Muchos son castigados con enfermedad o incluso muerte corporal por los pecados cometidos en el alma. De donde el apóstol dice a los Corintios, que solían recibir indignamente el cuerpo del Señor: Por eso hay entre vosotros muchos enfermos y débiles, y muchos duermen (I Cor. XI). Si, por tanto, los enfermos están en pecados, y los han confesado a los presbíteros de la Iglesia, y con corazón perfecto se esfuerzan por abandonarlos y enmendarlos, les serán perdonados. Pues sin confesión de enmienda, los pecados no pueden ser perdonados. De donde se añade correctamente:

Confesaos, pues, unos a otros vuestros pecados, etc. En esta sentencia, debe haber discreción, para que confesemos unos a otros los pecados cotidianos y leves, y creamos que somos salvados por la oración cotidiana de ellos. Pero la inmundicia de la lepra más grave, según la ley del sacerdocio, la revelemos, y nos esforcemos por purificarnos según el juicio y el tiempo que nos ordene.

Mucho vale la oración del justo perseverante, etc. Se añade un ejemplo adecuado de cuánto vale la oración perseverante del justo, cuando Elías, orando una sola vez, cerró los cielos por tanto tiempo, apartó las lluvias de la tierra, negó los frutos a los mortales, y nuevamente, cuando quiso, cuando vio que era el tiempo, cuando vio que el corazón del rey soberbio y de la nación idólatra se inclinaba a la penitencia por la larga hambre, oró una sola vez, y devolvió a la tierra los frutos y las aguas que había negado. Así sigue:

Y volvió a orar, y el cielo dio lluvia, etc. Oró una vez, tanto antes como después, y esto lo logró un solo Elías, ¿cuánto más vale la oración frecuente de muchos justos? Pero para que nuestra fragilidad no temiera, pensando que no puede hacer cosas similares a un profeta tan grande, que mereció ser llevado al cielo en un carro de fuego, el bienaventurado Santiago, al hablar de su oración, comenzó así: Elías era un hombre semejante a nosotros, pasible. Pues era hombre, aunque no segundo en virtud a ningún hombre, semejante a nosotros en el origen de la carne, pasible como nosotros en la fragilidad de la mente y de la carne. Pues mostró que era frágil en la carne, buscando sustento con la viuda de Sarepta. Y mostró que también era pasible en la mente, cuando después de devolver las aguas a la tierra y extinguir a los profetas y sacerdotes de los ídolos, huyó aterrorizado por las amenazas de una mujer. Cuán meritorio es ante el Señor orar por los enfermos, y devolverlos a la salud perdida confesando sus pecados, se manifiesta al añadir:

Hermanos míos, si alguno de vosotros se desvía de la verdad, etc. Porque en las partes anteriores de esta Epístola se restringe nuestra lengua de la locución maligna ociosa, oportunamente al final se muestra qué debemos hablar principalmente. Se nos ordena, pues, orar y cantar salmos al Señor, siempre que nos golpeen adversidades. También confesar unos a otros nuestros pecados, y orar unos por otros, para que seamos salvados, por la salud de los prójimos, no solo temporal sino más bien eterna, cuanto más podamos, debemos dedicar cuidado. Pues es de gran recompensa librar de la muerte a la carne que alguna vez morirá, ¿cuánto más mérito tiene liberar del alma de la muerte para vivir sin fin en la patria celestial? Es de notar que algunos códices tienen: Salvará su alma de la muerte. Y del ambiguo griego, también puede interpretarse correctamente así. Y en verdad, quien corrige al errante, por esto se procura mayores gozos de la vida celestial. Salvará, dice, su alma de la muerte, y cubrirá multitud de pecados. Quien convierte al pecador de su error, y sus pecados por esta conversión los esconde de la vista del Juez interno con la superposición de una vida mejor; y también sus propios errores en los que haya ofendido, los cubre del ojo de aquel que todo lo ve, cuidando al prójimo, según aquello del salmista: Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades son perdonadas, y cuyos pecados son cubiertos (Salmo XXXI). No olvida este exhortante bienaventurado Santiago, lo que dijo antes: No os hagáis muchos maestros, hermanos míos (Santiago III). Pues allí aparta de la función del magisterio a los imperfectos en su propia acción, que buscaban por jactancia. Aquí, en cambio, enseña a los instruidos en todo lo que deben hacer por amor a la fraternidad para la salvación de los prójimos. Pues lo que aquí se dice que hace el doctor, en otro lugar se recuerda que lo hace la caridad, diciendo el bienaventurado apóstol Pedro: Porque la caridad cubre multitud de pecados (I Pedro IV). Tampoco debe pasarse por alto que esta conversión del errante no solo se realiza hablando, sino también muchas veces actuando bien. Pues si alguien, incluso con la lengua callada, muestra a los prójimos ejemplos de buena acción, y los convierte a imitar las obras de limosna o de hospitalidad, o de otras virtudes que habían descuidado, ciertamente cumple la función de doctor, y por la salvación del hermano que corrigió, obtendrá una recompensa segura del piadoso Juez.

EN LA PRIMERA EPÍSTOLA DE PEDRO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Pedro, apóstol de Jesucristo, etc. Advenae en latín, en griego se dice prosélitos. Con este nombre los judíos llamaban a aquellos que, nacidos de las naciones, preferían creer en Dios y, aceptando la circuncisión, vivir según la ley de Dios al modo judío. De cuyo número fueron algunos de los que en el santo día de Pentecostés, cuando los apóstoles recibieron el Espíritu Santo en visión de fuego, creyeron en Cristo por su predicación, diciendo la Escritura que también había judíos y prosélitos presentes. Por tanto, llama elegidos a los advenae, que de la gentilidad llegaron al conocimiento y aceptación de la ley divina, y habiendo recibido los sacramentos legales, merecieron llegar a la aceptación de la gracia de la fe. De donde el santo presbítero Jerónimo hablando de estos dice: "Porque Pedro, después del episcopado de la Iglesia de Antioquía, y de la predicación de la dispersión de aquellos que de la circuncisión creyeron en Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia, en el segundo año de Claudio, se dirige a Roma para combatir a Simón el mago." Pero también nosotros, si verdaderamente podemos decir con el profeta a Dios: Porque somos extranjeros ante ti en la tierra, y peregrinos como todos nuestros padres (Salmo XXXVIII), debemos creer que las Epístolas del bienaventurado Pedro fueron escritas para nosotros y leerlas como si nos fueran enviadas. Finalmente, en las mismas Epístolas, como si tuviéramos otra patria, nos amonesta, diciendo: Amados, os ruego como a extranjeros y peregrinos que os abstengáis de los deseos carnales (I Pedro II). Lo que se añade, dispersión, significa que fueron dispersados de Jerusalén en la persecución que se hizo bajo Esteban, o ciertamente por otras persecuciones diversas fueron afligidos por la fe, ya sea por los judíos o por los gentiles, a menudo expulsados de sus propias sedes, como leemos en los Hechos de los Apóstoles. Pero también Pablo a los Gálatas: ¿Tantas cosas habéis padecido en vano, si es que fue en vano?

Dispersión de Ponto, Galacia, etc. Todas estas son provincias de los griegos en Asia. Pero también hay otra Bitinia en Europa, de la cual se dice que los que están en Asia son originarios. Sin embargo, la Bitinia que está en Asia, también se llama Frigia mayor, que está separada de Galacia por el río Hiera.

Según la presciencia de Dios Padre, etc. Estos versículos se adhieren a lo que había dicho antes, Elegidos advenae. Pues fueron elegidos según la presciencia de Dios Padre. De donde también el apóstol dice: A los que antes conoció, también los predestinó para ser conformes a la imagen de su Hijo. Y en otro lugar: Como nos eligió en él antes de la fundación del mundo. Fueron elegidos para esto, para ser santificados por la donación del Espíritu Santo, limpiados de todos los pecados, para comenzar a obedecer al Señor Jesucristo, quienes habían perecido por la desobediencia del primer hombre, para que, rociados con su sangre, evitaran el poder de Satanás, como Israel evitó el dominio de los egipcios por la sangre del cordero. Dice aspersion según la costumbre de la Escritura antigua, donde lo que debía ser santificado solía ser rociado con la sangre de las víctimas. Sin embargo, el mismo Señor dice claramente de él: Si no coméis la carne del Hijo del hombre, y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros (Juan VI).

Gracia y paz os sean multiplicadas. Para que lo que habéis comenzado bien, lo completéis perfectamente. Nombra primero la gracia, luego la paz, porque sin la gracia de Cristo no podemos llegar a la paz de la reconciliación, es más, no podemos tener nada pacífico sino por su gracia.

Bendito sea Dios, y Padre de nuestro Señor Jesucristo. Así devuelve alabanzas de bendición a Dios Padre, para mostrar que nuestro Salvador es tanto Dios como hombre. Pues cuando dice, Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, llama a Dios del Señor Jesucristo, porque recuerda

que el mismo Señor Cristo fue hecho hombre; pero llama Padre de nuestro Señor, porque no duda que el mismo Señor nuestro ha existido siempre como Hijo de Dios.

Quien según su gran misericordia nos ha regenerado, etc. Justamente bendecimos a Dios, quien, habiendo sido generados por nuestros méritos para la muerte, nos ha regenerado por su misericordia para la vida. Y esto por la resurrección de su Hijo, cuando tanto amó nuestra vida, que dispuso que él muriera por ella, y destruyendo esa misma muerte por la resurrección, nos mostró la esperanza y el ejemplo de resucitar. Pues murió, para que no temiéramos morir. Resucitó de entre los muertos, para que también nosotros esperáramos resucitar por él.

Para una herencia incorruptible, etc. Incorruptible, dice, por la vida celestial, que no es tocada por la vejez, ni la enfermedad, ni la muerte, ni ninguna tristeza. Incontaminada, porque ningún impuro puede entrar en ella. Inmarcesible, porque ni siquiera a las mentes de los bienaventurados puede alguna vez volverse vil esa conversación celestial por el largo uso, como suelen convertirse en fastidio los lujos y delicias de este mundo por la costumbre y el uso prolongado.

Reservada en los cielos para vosotros. Dice reservada en vosotros, en lugar de decir, reservada para vosotros, es decir, reservada ahora para seros entregada en el tiempo señalado en los cielos. O ciertamente reservada en los cielos en vosotros, porque quien dio a los creyentes el poder de ser hechos hijos de Dios (Juan I), él mismo dio el poder de recibir la herencia en los cielos, perseverando hasta el fin para que sean salvos. Y por eso dice reservada en ellos la herencia, porque sabe que por los méritos de ellos, con la ayuda del Señor, se ha de llegar a ella, porque quienes no guardan la disciplina del Padre, no merecen recibir la herencia de él.

Que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, etc. Y el Señor dice en el Evangelio: En la casa de mi Padre hay muchas moradas (Juan XIV). Y de nuevo: No es mío daros, sino a quienes está preparado por mi Padre (Marcos X). Por tanto, están preparadas las sedes en el reino de Dios, preparadas las moradas en la casa del Padre, preparada la salvación en los cielos, solo haga digno quien desea recibir. Pero porque nadie puede hacerse digno solo con su esfuerzo, ni puede llegar a la salvación eterna con sus propias fuerzas, se dice correctamente: Que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe. Pues nadie puede ser guardado en el bien por el poder de su propia libertad, sino que en todo se debe buscar la ayuda de aquel de quien recibimos el inicio de la buena acción para ser perfeccionados.

En lo cual os alegraréis, etc. Lo que dice En lo cual, significa en que en el tiempo último la salvación preparada será revelada y dada a los dignos. De lo cual también el Señor dice: Pero os volveré a ver, y vuestro corazón se alegrará, y nadie os quitará vuestro gozo (Juan XVI).

Un poco ahora, si es necesario, entristecerse. Es necesario, dice, entristecerse, porque no se puede llegar a los gozos eternos sino a través de la tristeza del mundo que pasa y las aflicciones. Sin embargo, dice un poco, porque cuando se retribuya la recompensa eterna, todo lo que en las tribulaciones del mundo parecía grave y amargo, parecerá breve y leve.

Para que la prueba de vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, etc. Y el libro de la Sabiduría compara las pasiones de los santos con el oro que se prueba por el fuego, diciendo del Señor: Como oro en el horno los probó, y como holocausto los aceptó (Sab. III). Porque ciertamente a quienes probó fieles en el horno de la tribulación, los tomará en el gozo de la retribución como una ofrenda agradable. Y bien se asemeja la paciencia de los santos al oro,

porque así como en los metales no hay nada más precioso que el oro, así esta es ante Dios digna de toda alabanza. De aquí está escrito: Preciosa es a los ojos del Señor la muerte de sus santos (Salmo CXV). Pues así como el oro encerrado en el horno es probado por el fuego, pero cuando se saca se muestra de qué fulgor es, así la constancia de los fieles entre las presiones de los infieles parece despreciable y necia; pero cuando el tiempo de la retribución, terminado el combate de las tribulaciones, llegue, entonces se mostrará cuánta fue su gloria, cuánto progresó en las llamas de las pasiones, su virtud. De donde se añade apropiadamente:

Se encuentra en alabanza y gloria, etc. Se encuentra en alabanza la prueba de la fe, cuando el Juez la alaba diciendo: Tuve hambre, y me disteis de comer, etc. (Mateo XXV). Se encuentra en gloria, cuando glorificándola dice: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo (Ibid.). Se encuentra en honor, cuando, cayendo los impíos en el castigo eterno, los justos irán a la vida eterna (Ibid.). De lo cual él mismo dice: Si alguno me sirve, mi Padre lo honrará (Juan XII).

A quien, aunque no lo habéis visto, amáis, etc. Y Pablo dice: Lo que ojo no vio, ni oído oyó, ni ha subido en corazón de hombre, son las cosas que Dios ha preparado para los que le aman (I Cor. II).

De esta salvación inquirieron y escudriñaron los profetas, etc. Inquirieron y escudriñaron en secreto al Señor, o a los ángeles, sobre la futura gracia del Evangelio, cuándo o en qué orden la salvación eterna llegaría al mundo, lo cual se encuentra en sus libros. Por eso, uno de ellos, por el gran amor a la ciencia de la salvación, mereció ser llamado por el ángel "varón de deseos". Profetizaban hablando abiertamente a los hombres y exponiendo lo que en secreto de la contemplación interna ellos mismos conocían.

Escudriñando en qué o en qué tiempo significaba en ellos el Espíritu de Cristo, etc. Estas glorias las significó el evangelista cuando dijo: Porque el Espíritu aún no había sido dado, porque Jesús aún no había sido glorificado (Juan VII). Hay dos glorificaciones del Señor, según la forma del hombre asumido: una, cuando resucitó de entre los muertos; y otra, cuando ascendió al cielo ante los ojos de sus discípulos. Queda una tercera, y esta también ante la vista de los hombres, cuando venga en su majestad y la del Padre y de los santos ángeles para dar a cada uno según sus obras.

A quienes fue revelado que no para sí mismos, etc. Entre muchos misterios que fueron revelados a los profetas, cuando diligentemente escudriñaban e inquirían sobre la futura salvación, también les fue revelado esto, que no en sus días esa salvación, sino más bien en los vuestros, que nacéis en el fin de los siglos, habría de venir en los tiempos. Esto lo dice para advertirles que cuiden la salvación ofrecida, que tanto amaban los profetas y justos anteriores, deseando vivir en el tiempo en el que, al ser quitados del mundo, inmediatamente se les permitiera ascender a los reinos celestiales.

Por medio de aquellos que os evangelizaron, etc. Antes había dicho que los profetas, por el Espíritu de Cristo, habían anunciado sus pasiones y las glorias posteriores, y ahora dice que los apóstoles les anuncian lo mismo por el Espíritu Santo enviado del cielo. De donde se evidencia que el mismo Espíritu de Cristo estaba antes en los profetas, que después en los apóstoles; y por eso ambos predicaban al pueblo la misma fe en la pasión de Cristo y las glorias posteriores, aquellos aún por venir, estos ya venidas; y por esto una es la Iglesia, de la cual una parte precedió al advenimiento carnal del Señor, y otra parte le siguió.

En quien desean los ángeles mirar. Es evidente que tanta gloria posterior sucedió a aquel hombre Jesucristo que sufrió por nosotros, que incluso las virtudes angélicas en el cielo, aunque son perfectas en eterna felicidad, no solo se alegraban de contemplar la inmortal magnificencia de la Deidad, sino también la claridad de su humanidad asumida. Pero es necesario considerar más cuidadosamente cómo dice que los ángeles desean mirar en él, cuando el deseo no suele decirse de aquello que tenemos, sino de lo que queremos tener, pues nadie desea lo que ya tiene. ¿Cómo, entonces, desean mirar en Cristo, cuya faz nunca dejan de ver, a menos que la contemplación de la presencia divina así beatifique a los ciudadanos de la patria celestial, que de un modo inefable para nosotros, siempre se sacian de su gloria vista, y siempre desean insaciablemente su dulzura como si fuera nueva? Pues, como el bienaventurado papa Gregorio, distinguiendo maravillosamente las delicias del corazón y del cuerpo, dice: las delicias corporales, cuando no se tienen, encienden en sí un grave deseo, pero cuando se poseen y se consumen, inmediatamente convierten al que las consume en hastío por la saciedad. En cambio, las delicias espirituales, cuando no se tienen, son en hastío; pero cuando se tienen, son en deseo; y cuanto más se consumen por el que tiene hambre, más se desean por el que las consume. En aquellas, el apetito genera saciedad, y la saciedad hastío; en estas, el apetito genera saciedad, y la saciedad apetito. Pues las delicias espirituales aumentan el deseo en la mente mientras sacian, porque cuanto más se percibe su sabor, más se conoce que deben ser más amadas. Sin embargo, lo que dice: En quien desean los ángeles mirar, también puede entenderse correctamente del Espíritu Santo, de quien había prometido: Quienes os evangelizaron en el Espíritu Santo enviado del cielo. Pues el bienaventurado Pedro quiso referirse a la gracia de la divina piedad, que aquel que es de tanta majestad y gloria, que su visión siempre es deseada por los ángeles en los cielos, como también la del Padre y del Hijo (porque ciertamente es una y la misma), por causa de la salvación humana envió el Espíritu a la tierra, e infundió en las mentes de los fieles para iluminarlas.

Por lo cual, ceñidos los lomos de vuestra mente, etc. Porque a vosotros, dice, se os ha prometido esto, que veréis la revelación de Jesucristo después de esta vida, la cual ahora ven los ángeles, cuanto mayor es la gracia prometida a vosotros, tanto más procurad ser dignos de recibirla. Ceñir los lomos de la mente, es restringirla de la cogitación. Y dice correctamente: Esperad en la gracia que se os ofrece en la revelación de Jesucristo, porque quien con los lomos de la mente ceñidos, es decir, casto de mente y cuerpo, espera la venida del Señor, con razón, cuando se revela, espera. Pues quien no sabe que agrada al Señor, con razón teme con esperanza de bienes, que la carne no venga pronto.

Como hijos de obediencia, etc. Correctamente quiere que sean hijos de obediencia aquellos que en la introducción dijo que fueron elegidos para la obediencia y aspersion de la sangre de Jesucristo.

Sino como aquel que os llamó santo, etc. Esto es similar a lo que en el Evangelio: Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto (Mat. V).

Y si invocáis como Padre a aquel. Diciendo en la oración: Padre nuestro, que estás en los cielos (Mat. VI).

Que sin acepción de personas juzga, etc. No como un padre carnal que suele perdonar más indulgentemente a los hijos que pecan que a los siervos. Pero el Padre Dios es de tanta justicia y piedad, que transforma en adopción de hijos a los siervos humildes y obedientes, e incluso a los enemigos que se rinden a él, y nuevamente a aquellos que parecen más honorables con el nombre de hijos, por culpa de la desobediencia los hace completamente desheredados de la herencia perpetua.

Con temor durante el tiempo de vuestra peregrinación. No sea que por desidia y negligencia resultéis indignos de tan gran Padre, y mientras estáis seguros en el tiempo de la presente peregrinación, no podáis llegar a la prometida bienaventuranza de la patria.

Sabiendo que no con cosas corruptibles, oro o plata, etc. Cuanto mayor es el precio con el que fuisteis redimidos de la corrupción de la vida carnal, tanto más debéis temer, no sea que volviendo a la corrupción de los vicios ofendáis el ánimo de vuestro Redentor.

Renacidos no de simiente corruptible, etc. Es similar a lo que en el Evangelio de Juan: A los que creen en su nombre, que no nacieron de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios (Juan I). Así como es incorruptible el precio de la pasión del Señor con el que fuimos redimidos, también es incorruptible el sacramento de la fuente sagrada con el que renacemos. Estas cosas están tan conectadas entre sí, que una no puede conferirnos la salvación sin la otra. Porque ciertamente el Señor nos redimió a todos al mismo tiempo con su sagrada sangre en el tiempo de su Encarnación, para que también nosotros en nuestro tiempo, individualmente, por la regeneración del bautismo, debamos llegar a la participación de la misma regeneración. De la cual regeneración se dice bien que no se realiza de simiente corruptible, sino por la palabra de Dios vivo y permanente para siempre, para que de aquí se deduzca que así como de simiente corruptible nace la carne que se corrompe, así por el agua consagrada con la palabra de Dios se nos otorga la vida que no conoce la fe. Lo cual también lo afirma adecuadamente con el testimonio profético, añadiendo:

Porque toda carne es como hierba, etc. Así como la carne corruptible genera carne corruptible, así la palabra del Señor, que permanece para siempre, da vida eterna a aquellos que recrea del agua en carne y alma al mismo tiempo. De este testimonio hace mención san Cipriano, en el libro sobre el Hábito de las Vírgenes, diciendo: "Clama, dice, Dios de Isaías: Toda carne es hierba, y toda su gloria como flor de hierba. Se secó la hierba, y la flor cayó, pero la palabra del Señor permanece para siempre." No conviene a ningún cristiano, y menos a una virgen, considerar alguna gloria y honor de la carne, sino solo apetecer la palabra de Dios, abrazar los bienes que permanecen para siempre. O si hay que gloriarse en la carne, entonces ciertamente cuando en la confesión del nombre se es torturado, cuando la mujer se encuentra más fuerte que los hombres que la atormentan: cuando sufre fuegos, o cruces, o hierro, o bestias, para ser coronada. Esos son los preciosos adornos de la carne, esos son los mejores ornamentos del cuerpo. No obstante, no turbe al lector que en esta sentencia del profeta, aquel puso gloria, nuestra Traducción puso gloria, pues de un mismo griego, que es δόξα, suele traducirse al latín de ambas maneras.

CAPÍTULO II.

Deponiendo, pues, toda malicia y todo engaño, etc. Porque habéis renacido, dice, recientemente, y hechos hijos de Dios por el bautismo, sed ahora tales por el esfuerzo de una buena conversación, como recién nacidos por la naturaleza de la edad inocente, ignorantes, es decir, de la malicia y el engaño, sin saber simular, envidiar, detractar, y entregarse a otros vicios de este tipo de ninguna manera. Que como naturalmente desean la leche materna, para poder crecer hacia la salvación y llegar a comer pan, así también vosotros buscad primero los rudimentos simples de la fe de los pechos de la madre Iglesia, es decir, de los doctores de ambos Testamentos, que escribieron las palabras divinas o también os las predicán con viva voz, para que aprendiendo bien lleguéis a la refección del Pan vivo que descendió del cielo, es decir, por los sacramentos de la encarnación del Señor, por los cuales habéis renacido y por los cuales nutridos, lleguéis a la contemplación de la majestad divina.

Desead la leche racional y sin engaño, etc. Con el precepto de desear la leche de la palabra toca a aquellos que acuden con desgana y fastidio a escuchar las sagradas lecturas, ignorantes de aquella sed y hambre de la que el Señor dice: Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia (Mat. V). Y por eso llegan más lentamente al crecimiento perfecto de la salvación, para poder ser alimentados con el sólido alimento de la palabra, es decir, conocer los arcanos divinos, o hacer mayores bienes.

Si es que habéis gustado que el Señor es dulce. Esto (dice) deponiendo y enmendando la malicia y suciedad de vuestro corazón, deseáis el alimento vital de Cristo, si saboreáis cuánta es la dulzura divina. Pues quien no gusta nada de la suavidad celestial en su alma, no es de extrañar si no evita ensuciarse con las seducciones terrenales. Bien, además, el salmista aconseja gustar cuán dulce es el Señor, porque hay algunos que sienten de Dios, no lo que dulcemente sabe interiormente, sino lo que exteriormente suena. Que aunque perciben ciertos secretos entendiendo, no pueden experimentar su dulzura. Y si saben cómo son, ignoran, como dije, cómo saben. Y puesto que en el mismo salmo del que se tomó este versículo, se ha dicho antes: Acercaos a él y seréis iluminados (Sal. XXXIII), correctamente el bienaventurado Pedro añadió, diciendo:

A quien acercándoos, piedra viva, etc. Y este testimonio de la piedra lo toma del salmo, donde está escrito: La piedra que desecharon los edificadores, esta ha venido a ser cabeza de ángulo (Sal. CXVII). Para que nadie pensara con sentido judío que fue cantado por el profeta sobre una piedra material, que en la edificación de cualquier casa terrena contra la disposición de los hombres se impondría por juicio divino, añadió deliberadamente viva: Acercándoos, dice, a la piedra viva, para significar que se dice de Cristo. Que correctamente se llama piedra, quien viniendo en carne, se dignó insertarse para la edificación de la santa Iglesia, para confirmarla. Viva, además, quien pudo decir: Yo soy el camino, la verdad y la vida (Juan XIV). Que fue desechado por los hombres, cuando decían: No tenemos rey sino a César (Juan XIX). Pero elegido por Dios, cuando él mismo dice: Yo he sido constituido rey por él (Sal. II), y demás. Y honrado, cuando después de la muerte de la cruz Dios lo exaltó, y le dio un nombre que es sobre todo nombre (Filip. II), y demás.

Y vosotros mismos, como piedras vivas, etc. Dice que se superedifican, porque sin nuestro Señor Jesucristo, la piedra viva, ninguna edificación espiritual puede sostenerse. Pues nadie puede poner otro fundamento que el mismo (I Cor. III), por cuya participación los fieles se convierten en piedras vivas, que por la infidelidad habían sido piedras muertas, es decir, duras e insensibles, a quienes con razón se les dice: Quitaré de vosotros el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne (Ezequiel XXXVI). Pero como piedras vivas se adaptan a la edificación espiritual, que, por la discreción del doctor erudito, cortadas las acciones y pensamientos superfluos, como por golpe de hacha, se cuadran. Y así como los órdenes de piedras en la pared son llevados unos por otros, así son llevados los fieles por los justos precedentes en la Iglesia, y ellos mismos llevan a los justos siguientes por la doctrina y la tolerancia hasta el último justo. Que cuando es llevado por los anteriores, no tendrá a quien llevar él mismo siguiente. Pero quien lleva todo el edificio, y él mismo no es llevado por nadie, es el Señor Cristo, de donde también se llama piedra preciosa por el profeta en el fundamento fundado. Asimismo, llama piedras vivas a los elegidos, para insinuar el esfuerzo de su buena intención o acción, con el cual, precediéndoles y acompañándoles la gracia de Dios, siempre deben ejercitarse. Pues las piedras muertas, es decir, materiales, cuando se preparan o se colocan en el edificio, no pueden ayudar en nada al trabajo del operario, ni tampoco por sí mismas pueden hacer nada sino caer, sino que dondequiera y en cualquier lugar que el constructor las coloque, así permanecen insensiblemente allí, o se deslizan y

caen. Pero el bienaventurado Pedro no quiere que imitemos la dureza e insensibilidad de tales piedras, sino que como piedras vivas seamos superedificados sobre el fundamento de Cristo, para que, ayudándonos la gracia, cooperemos sobria, justa y piadosamente viviendo, según el ejemplo de aquel que decía: Y su gracia en mí no fue en vano, sino que trabajé más que todos ellos (I Cor. XV). Pues fue una piedra viva en la edificación de la santa Iglesia quien, para que no pareciera haber recibido en vano la gracia de Dios, se esforzó por trabajar diligentemente. Y para que no pareciera haber atribuido algo de ese trabajo a sí mismo, añadió vigilante: No yo, sino la gracia de Dios conmigo (Ibid.). Por tanto, como piedra viva es edificada por Cristo en su casa, cualquiera que, con la gracia de él dada y ayudada, se esfuerza por insistir incansablemente en las buenas obras. Pero quien, por la gracia de la regeneración, incorporado a la santa Iglesia, no se esfuerza por hacer nada más por su salvación, este, como piedra muerta, es completamente indigno de la edificación celestial, por lo tanto, debe ser desechado por el juicio divino, y otro que sea digno debe ser puesto en su lugar, según el precepto del Levítico, en el que las piedras de las casas leprosas deben ser inspeccionadas por el sacerdote, y si no pueden ser purificadas, ya se cuentan entre las impuras, y se ordena que sean extraídas del orden de las piedras puras. Superedificados, dice, casas espirituales. Así dice que deben hacerse casas espirituales, cuando hay una casa de Cristo construida con todos los ángeles y hombres elegidos, como cuando hay una Iglesia Católica difundida por todo el mundo, a menudo se llaman iglesias en plural por los diversos, es decir, los diversos grupos de fieles, tribus, lenguas y pueblos. De donde él mismo dice: Yo Jesús envié a mi ángel para testificaros en las iglesias. No debe pasarse por alto que algunos códigos tienen en número singular, Superedificados, casa espiritual; otros: Edificados arriba en casa espiritual. En lo cual ciertamente se recomienda más claramente la misma unidad de toda la santa Iglesia. Pero cuando dijo: Superedificados casas espirituales, o casa espiritual, añadió:

Sacerdocio santo. Con lo cual nos exhorta clarísimamente a que como sacerdocio santo nosotros mismos seamos superedificados sobre el fundamento de Cristo. Por tanto, llama a toda la Iglesia sacerdocio santo, lo que solo la casa de Aarón en la ley tenía el nombre y el oficio. Porque ciertamente todos somos miembros del sumo sacerdote, todos somos ungidos con el óleo de la alegría, pero a todos les corresponde lo que añadió:

Ofrecer sacrificios espirituales, aceptables a Dios por Jesucristo. Llama sacrificios espirituales a nuestras obras, limosnas y oraciones, en distinción de las carnales víctimas de la ley. Pero lo que dice al final, por Jesucristo, se refiere a todo lo que había dicho antes, porque por su gracia somos superedificados en él por arquitectos sabios, es decir, ministros del Nuevo Testamento, y nos hacemos casas espirituales por su Espíritu, contra las lluvias, vientos, rayos de tentaciones protegidos. Y participar del sacerdocio santo, y hacer algo bueno aceptable a Dios, no podemos sino por él. Pues como los sarmientos no pueden llevar fruto por sí mismos, si no permanecen en la vid; así tampoco vosotros (dice) si no permanecéis en mí.

Por lo cual contiene la Escritura: He aquí pongo en Sion una piedra, etc. Este testimonio lo toma de Isaías, para confirmar lo que había dicho antes: A quien acercándoos, piedra viva, afirmando y asegurando que el Salvador Señor por su firmeza es llamado piedra por los profetas. Y lo que añadió:

Y todo el que cree en él no será confundido. Lo pone por lo que había dicho: Y vosotros, como piedras vivas, superedificados. Hermosamente, además, conviene a esta profecía y al sermón del apóstol donde se dice: acercándoos a la piedra viva o creyendo en él, no seréis confundidos; y al versículo de aquel salmo, en el que después de haber dicho: Acercaos a él y

seréis iluminados (Sal. XXXIII), inmediatamente se añadió, Y vuestros rostros no se avergonzarán (Ibid.). Lo cual es similar a lo que dice Juan: Y ahora, hijitos, permaneced en él, para que cuando aparezca, tengamos confianza, y no nos avergoncemos de él en su venida (I Juan II).

A vosotros, pues, honor a los creyentes. Aquel honor, ciertamente, para que no os avergoncéis de él en su venida, sino, como él mismo dice: Si alguno me sirve, mi Padre lo honrará (Juan XII).

No creyentes, sin embargo, la piedra que desecharon los constructores. Así como lo rechazaron al construir sus obras, no queriendo ponerlo en el fundamento de su corazón, así también ellos serán rechazados por él en su venida, no queriendo él entonces aceptar a quienes lo rechazaron en la edificación de su casa, que está en los cielos. Y esta distinción de honor de los creyentes, el rechazo de los no creyentes, llega hasta aquí. De aquí también se infiere sobre los creyentes:

Este se ha convertido en la piedra angular. Porque, evidentemente, así como la piedra angular une dos paredes, así el Señor unió al pueblo de los judíos y de los gentiles en una sola sociedad de fe. Y pronto añade sobre los infieles:

Y piedra de tropiezo, y roca de escándalo. De aquí también Pablo: Nosotros, dice, predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente escándalo, para los gentiles necedad (I Cor. I).

A los que tropiezan con la palabra, etc., Tropiezan con la palabra por el mismo hecho de que les toca escuchar la palabra de Dios. Tropiezan en el ánimo, al no querer creer lo que oyen. Cuya necedad exagerando añadió: Ni creen en lo que fueron puestos. Porque en esto fueron puestos, es decir, en esto por naturaleza fueron hechos hombres, para que crean en Dios y obedezcan su voluntad. Testificando Salomón cuando dice: Teme a Dios y guarda sus mandamientos, esto es todo el hombre (Ecles. XII). Es decir, en esto naturalmente fue hecho todo hombre, para que tema a Dios y obedezca sus mandamientos. Algunos códices tienen: En lo que fueron puestos, lo cual se entiende según lo que Pablo hablando de Dios dice: Porque en él vivimos, nos movemos y somos (Hechos XVII).

Vosotros, sin embargo, sois linaje escogido, sacerdocio real, etc. Este testimonio de alabanza fue dado en otro tiempo al antiguo pueblo de Dios por Moisés, que ahora correctamente el apóstol Pedro da a los gentiles, porque evidentemente creyeron en Cristo, quien como piedra angular unió a los gentiles en la salvación que Israel había tenido en él. A quienes llama linaje escogido por la fe, para distinguirlos de aquellos que al rechazar la piedra viva se hicieron ellos mismos reprobos. Sacerdocio real, porque están unidos a su cuerpo, que es el rey supremo y verdadero sacerdote, otorgando su reino a los suyos como rey, y como pontífice limpiando sus pecados con la ofrenda de su sangre. Los llama sacerdocio real, para que recuerden esperar el reino perpetuo y ofrecer siempre a Dios sacrificios de una conducta inmaculada. También son llamados nación santa y pueblo adquirido, según lo que el apóstol Pablo exponiendo la sentencia del profeta dice: Mas el justo vivirá por fe; y si retrocediere, no agrada a mi alma; pero nosotros, dice, no somos de los que retroceden para perdición, sino de los que tienen fe para preservación del alma (Hebr. X). Y en los Hechos de los Apóstoles, El Espíritu Santo os ha puesto por obispos para apacentar la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre (Hechos XX). Por lo tanto, hemos sido hechos pueblo adquirido en la sangre de nuestro Redentor, lo que en otro tiempo fue el pueblo de Israel

redimido con la sangre del cordero de Egipto. De donde también en el siguiente versículo recordando mística y espiritualmente la historia antigua, enseña también al nuevo pueblo de Dios a cumplirla, diciendo:

Para que anunciéis las virtudes de aquel, etc. Porque así como aquellos que fueron liberados de la servidumbre egipcia por Moisés cantaron un cántico triunfal después del paso del Mar Rojo y el ejército de Faraón sumergido, así también nosotros debemos después de recibir en el bautismo la remisión de los pecados, devolver dignas gracias por los beneficios celestiales. Pues los egipcios, que afligían al pueblo de Dios, que también se interpretan como tinieblas o tribulaciones, adecuadamente significan nuestros pecados, pero borrados en el bautismo. La liberación de los hijos de Israel y su conducción a la patria prometida en otro tiempo, concuerda con el misterio de nuestra redención, por la cual nos dirigimos a la luz de la mansión celestial, iluminados y guiados por la gracia de Cristo: cuya luz de gracia también mostró aquella columna de nube y fuego; que los defendió en todo aquel camino de las tinieblas de las noches, y los condujo por un camino inenarrable a las sedes prometidas de la patria.

Vosotros que en otro tiempo no erais pueblo de Dios, ahora sois pueblo de Dios, etc. Indica claramente por estos versículos que escribió esta Epístola a aquellos que de los gentiles habían venido a la fe, que en otro tiempo estaban alejados de la conversación del pueblo de Dios, ahora por la gracia de la fe están unidos a su pueblo, y han alcanzado la misericordia que no sabían esperar (Efes. II). Los toma del profeta Oseas, quien prediciendo sobre la vocación de los gentiles dice: Llamaré pueblo mío al que no era mi pueblo, y a la no amada, amada. Y será, en el lugar donde se les dijo: No sois mi pueblo, allí serán llamados hijos del Dios viviente (Ose. I, II).

Amados, os ruego como a extranjeros y peregrinos, etc. Hasta aquí el bienaventurado Pedro instruyó a la Iglesia en general, explicando tanto los beneficios con los que la divina piedad nos llama a la salvación, como los dones con los que en otro tiempo honró a los judíos, ahora a nosotros. De aquí exhorta solícitamente a las diversas personas fieles, para que no se hagan indignos de tanta gracia del Espíritu Santo viviendo carnalmente. Para que aquellos que están señalados con el nombre de real y sacerdotal, subyugados por la malicia de los vicios, no degeneren de la gloria de la nobleza que les fue condonada o prometida en otro tiempo. Así que primero se dirige especialmente a los libres y a los siervos, luego a las mujeres y a los hombres, y después de una exhortación general, también muestra cómo deben comportarse los ancianos y los jóvenes. Apropiadamente enseña a los libres a abstenerse de los deseos carnales, porque la libertad de una vida más relajada suele soportar mayores peligros de las tentaciones que militan contra el alma. Porque mientras la carne se somete débilmente a las concupiscencias halagadoras, ya el ejército de los vicios se arma firmemente contra el alma. A quienes adecuadamente llama extranjeros y peregrinos, para que cuanto menos sometan su alma a las cosas terrenales, más recuerden que tienen su patria en los cielos. Pues esto suele diferenciar en esta vida a los elegidos de los reprobos, que los elegidos ahora peregrinos y exiliados esperan su patria en el futuro, y tanto menos se deleitan en los goces caducos del presente, cuanto esperan recibir los goces futuros sin fin, y reinar eternamente con Cristo. Pero los reprobos aquí tienen su patria, cuyo suelo saben desear con los deseos de la vida, y por eso después de esta vida serán relegados a un exilio perpetuo, donde careciendo de todos los placeres, solo sufrirán adversidades en los tormentos.

Para que en lo que murmuran de vosotros, etc. A menudo sucede que los paganos que vituperaban la fe de los cristianos, porque habían abandonado a sus dioses, después considerando su casta conversación y su invicto ánimo en Cristo, cesaban de murmurar

contra ellos, y más bien comenzaban a glorificar y alabar a Dios, quien se probaba bueno y justo por la bondad y justicia de sus adoradores. Glorifiquen, dice, a Dios en el día de la visitación, es decir, en el tiempo de la retribución, reconozcan ya los incrédulos cuánta gloria os será dada por Dios, cuando os vean seguirle firmemente entre los peligros que se oponen.

Sed, pues, sujetos a toda criatura humana por causa de Dios. Dice a toda criatura humana, a toda dignidad de los hombres, a toda persona, a todo principado, al que la disposición divina ha querido que estemos sujetos. Esto es lo que dice: Por causa de Dios, porque no hay potestad sino de Dios. Y quien resiste a la potestad, resiste a la ordenación de Dios (Rom. XIII). Qué criatura explica a continuación, añadiendo:

Ya sea al rey como superior, etc. Por eso dice al rey y a los gobernantes, no a los amos, porque en este lugar instruye especialmente a aquellos que son amos de siervos. Posteriormente también amonesta a los siervos cómo deben servir a sus amos. Enseña, pues, a los fieles siervos del eterno Rey, a someterse también a las potestades del mundo, para que ni en esto se pueda vituperar la fe y religión cristiana, que por ella se turben los derechos de la condición humana. Pues también puede entenderse correctamente lo que se ha dicho, A toda criatura humana, para significar tanto a los señores fieles como a los incrédulos.

Para castigo de los malhechores, y alabanza de los que hacen bien. No que todos los reyes o gobernantes sepan castigar a los malhechores o alabar a los buenos, sino que simplemente narra cuál debe ser la acción de un buen juez, es decir, que coarte a los malhechores, recompense a los que hacen bien. Y aunque actúe injustamente si condena a los buenos, no obstante, pertenece a la alabanza de ellos lo que hace, si pacientemente soportan su maldad, y pacientemente resisten a su necesidad. ¿Quieres, dice, no temer a la potestad? Haz el bien, y tendrás alabanza de ella (Ibid.). No dice de ella, sino de ella, porque aunque la potestad humana no alabe, incluso si persigue, si mata con la espada como a Pablo, si crucifica como a Pedro, tendrás alabanza de ella, mientras que por lo que ella hace mal en ti justo e inocente, la paciencia de tu virtud merece la corona de alabanza. Pues también esto quiso el bienaventurado Pedro en esta sentencia, las palabras siguientes enseñan, donde se dice:

Porque esta es la voluntad de Dios, que haciendo bien, etc. Esta es, pues, la alabanza de los buenos, a la que dice que los gobernantes son enviados por el rey, mientras que la ignorancia de los gobernantes imprudentes, los buenos la usan para su alabanza perpetua comportándose bien.

Como libres, y no como teniendo la libertad por pretexto de malicia. Como libres hacen el bien, quienes cuanto mayor libertad tienen entre los hombres, tanto más estrechamente, más libremente se someten al servicio divino. Pero también aquellos hacen el bien como libres, quienes al ejemplo del patriarca José, aunque son oprimidos por el servicio de los hombres, no son compelidos por ningún arte a ser siervos de los vicios. Pero aquellos que convierten su libertad en pretexto de malicia, quienes cuanto menos son cohibidos por el yugo del servicio humano, tanto más ampliamente se someten al dominio de los pecados, y cuando sirven impunemente a los vicios, llaman libertad, cubriendo con este nombre su culpa. Sin embargo, puede entenderse generalmente según lo que dice el apóstol Pablo: Vosotros, hermanos, habéis sido llamados a libertad; solo que no uséis la libertad como ocasión para la carne (Gál. V). Porque correctamente somos llamados libres, quienes por el bautismo hemos sido liberados de los lazos de los pecados; quienes redimidos de la servidumbre demoníaca, porque hechos hijos de Dios, no hemos recibido con tanto don de libertad una mayor facultad o licencia para pecar; más bien, si pecamos, pronto, perdida la libertad, nos hacemos siervos del pecado. Y quien crea que ha sido liberado por el Señor para pecar más libremente, tal

persona cambia su libertad en pretexto de malicia. Sin embargo, el bienaventurado Pedro quiere que seamos libres del servicio de las culpas, para que podamos permanecer buenos y fieles siervos de nuestro Creador; de donde añade a continuación:

Sino como siervos de Dios. Honrad a todos, etc. Aconseja, pues, otorgar el honor adecuado a todos, y, según el mandato del Señor, dar al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios (Luc. XX). Y bien entre otras cosas manda amar a la fraternidad a los libres, para que también recuerden que aquellos que les están sujetos por condición temporal, han sido hechos hermanos en Cristo, invocando junto con ellos al Padre que juzga sin acepción de personas.

Siervos, sed sujetos con todo temor a vuestros amos, no solo a los buenos y modestos, sino también a los difíciles, etc. Difíciles, dice, indisciplinados, nombre tomado del idioma griego. Porque en griego se llama escuela al lugar donde los jóvenes suelen dedicarse a los estudios literarios y vacar a escuchar a los maestros; de donde escuela se interpreta como vacación. De hecho, en el salmo donde cantamos: Vacad, y ved que yo soy Dios (Sal. XLV), por lo que nosotros decimos vacad, en griego se tiene σχολάζετε. Escolásticos en griego son eruditos, difíciles indoctos y rústicos. Pero quiere que ambos sean obedecidos por los sujetos, explicando más claramente cómo nos ha mandado estar sujetos a toda criatura humana. Otra Traducción, por difíciles, tiene difíciles. Y el santo obispo Fulgencio en sus opúsculos lo pone así: «Sirviendo con temor no solo a los buenos y modestos, sino también a los más difíciles.»

Pero si haciendo el bien, sufrís pacientemente, etc. Notemos atentamente cuán sumamente glorifica la condición de los siervos, a quienes haciendo el bien y sin culpa, siendo azotados por amos crueles e impíos, afirma ser imitadores de la pasión del Señor. Oyes, sin embargo, que sufrió por nosotros, y te alegras porque murió por ti, atiende lo que sigue:

Dejándoos ejemplo para que sigáis sus pisadas. Ejemplo de tribulaciones no de delicias, de afrentas, de azotes, de dolores, de oprobrios, de espinas, de cruz, de heridas, de muerte. En el salmo está escrito: Por las palabras de tus labios yo he guardado caminos duros (Sal. XVI). ¿Por cuáles palabras de los labios de Dios, sino por las que promete la vida eterna?

Quien llevó nuestros pecados, etc. Aunque antes había hecho el discurso especialmente a los siervos, ahora amonesta en general para que también los amos recuerden qué soportó Dios y Señor por ellos. Más bien instruye a toda la Iglesia sobre lo que su autor sufrió por su liberación. Pues no dice vuestros pecados, sino también añadiéndose a sí mismo: Quien llevó, dice, nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero.

Porque erais como ovejas descarriadas. ¿Cómo dice ovejas y descarriadas, cuando aquellos que llevan una vida en error, más bien se cuentan con el nombre de cabritos que de ovejas, sino porque el Señor conoce a los que son suyos, quien también soporta a muchos que viven mal por mucho tiempo, a quienes, sin embargo, prevé salvar en el número de sus ovejas?

Pero ahora habéis vuelto al pastor y obispo de vuestras almas. Toca la parábola evangélica, donde el piadoso Pastor, dejando las noventa y nueve ovejas en el desierto, vino a visitar a una que se había descarriado. Pues lo que allí se dijo, que habiéndola encontrado la puso sobre sus hombros gozoso, esto aquí el bienaventurado Pedro lo ha anticipado, diciendo: Porque él mismo llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero. Porque evidentemente quiso redimirnos de tal manera, que el madero en el que llevaría nuestros pecados colgando lo tuviera sobre sus hombros. Al pastor, pues, dice, y obispo de vuestras almas. Pastor, evidentemente, porque nos da los pastos de la vida eterna, nos concede en el presente los

pastos de las gracias temporales. Obispo de vuestras almas, porque nos visitó el Oriente desde lo alto, para iluminar a los que habitan en tinieblas y en sombra de muerte (Luc. I). Visita diariamente la misma luz que nos ha dado, para que no desfallezca conservándola, más bien para que crezca ayudándola. Algunos códices tienen el mismo griego: Al pastor y obispo de vuestras almas. Obispo, sin embargo, en latín se dice superintendente. Porque evidentemente los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos atentos a sus oraciones, para librarlos de todas sus tribulaciones. (Sal. XXXIII).

CAPÍTULO III.

Igualmente, las mujeres estén sujetas a sus maridos, etc. Es de notar que el bienaventurado Pedro desea que las mujeres buenas y honestas se sujeten a los maridos incrédulos, de tal manera que no solo no hagan nada malo por mandato de ellos, sino que también persistan insuperables en una conversación tan casta, que incluso a sus maridos puedan ser ejemplo de castidad y fe.

Cuyo adorno no sea el exterior de peinados ostentosos, etc. Porque, como dice Cipriano, «las que visten seda y púrpura no pueden revestirse de Cristo. Adornadas con oro y perlas y collares han perdido los ornamentos del corazón y del pecho. Que si Pedro también amonesta a las mujeres a ser contenidas, y a moderarse con la observancia religiosa a la disciplina eclesiástica, que suelen excusar sus adornos por sus maridos, cuánto más es lícito observar esto a la virgen, a quien ningún adorno le es permitido, ni puede derivarse en otro la mentira de la culpa, sino que ella sola permanece en el crimen.»

Sino el hombre interior del corazón en la incorruptibilidad de un espíritu apacible y modesto, etc. Predica la castidad, y el adorno del hombre interior en la incorruptibilidad de un espíritu apacible y modesto, diciendo de alguna manera: Porque vuestro hombre exterior está corrompido, y habéis dejado de tener la bienaventuranza de la integridad, que es propia de las vírgenes, imitad la incorruptibilidad del espíritu por una severa abstinencia, y lo que no podéis en el cuerpo, hacedlo en la mente. Porque Cristo busca estas riquezas, y vosotros [F. estos] los ornamentos de vuestra unión. Es sorprendente encontrar esta sentencia también en Pitágoras dictada por la ley de la ciencia natural, que los verdaderos ornamentos de las matronas son la castidad, no las vestiduras.

Maridos, igualmente cohabitando según ciencia, etc. Igualmente, dice, provocando a los maridos a la imitación, porque ya antes había mandado a las esposas, diciendo: Consideren los maridos en el temor de Dios vuestra casta conversación. Según ciencia, para que sepan qué desea Dios, y otorguen honor al vaso femenino. Si nos abstenemos del coito, otorgamos honor. Si no nos abstenemos, es evidente que el concubinato es contrario al honor.

Para que no sean impedidas vuestras oraciones. Y Pablo dice: No os defraudéis el uno al otro, salvo por consentimiento mutuo por un tiempo, para que os dediquéis a la oración (I Cor. VII). Por lo tanto, menciona que las oraciones se impiden por el oficio conyugal, porque cada vez que pago el débito a mi esposa, no puedo orar. Pero si según otro discurso del apóstol se debe orar sin cesar, nunca, por lo tanto, debo servir al matrimonio, para que no sea impedido en ninguna hora de la oración a la que siempre se me manda asistir.

En la fe, sin embargo, todos unánimes, compasivos. Porque anteriormente enseñaba con adecuada discreción a diversas personas, condiciones y sexos, ahora amonesta a todos en común a tener un solo corazón y una sola alma en la causa de la fe del Señor.

Porque en esto fuisteis llamados, para que poseáis la bendición por herencia. Diciendo, evidentemente, el Juez: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino (Mat. XXV). La bendición de la herencia también puede entenderse como aquella en la que la Iglesia es bendecida perpetuamente en la vida futura. De donde también ahora, regocijándose con la esperanza de las cosas futuras, dice: Te exaltaré, Dios, mi rey, y bendeciré tu nombre por los siglos de los siglos (Sal. CXLIV). Por lo tanto, lo que cada uno desea encontrar en el futuro, esto procure meditar y hacer en el presente, y bendecir sinceramente con su voz al Creador y al prójimo, y hacerse digno también de la bendición divina y fraterna.

Porque los ojos del Señor están sobre los justos, etc. Porque el bienaventurado Pedro nos prohibió devolver mal por mal, y más bien nos mandó bendecir a los que nos maldicen, con razón afirma con testimonio profético que la inspección divina siempre ve a los buenos y a los malos, para que recordemos que nuestra paciencia al tolerar a los malos y nuestra benevolencia al desear el bien a los que nos persiguen serán recompensadas con un premio eterno, y que nuestros perseguidores, si no quieren arrepentirse, serán castigados con un castigo digno; pero si se arrepienten, también nosotros, por la salvación de ellos, que pedimos al Señor, recibiremos la corona de justa congratulación. ¿Y quién es el que os hará daño, etc.? Se refiere a lo que nos sucede por parte de los adversarios a través de palabras injuriosas, pérdidas de bienes temporales, tormentos del cuerpo. Pues todas estas cosas y otras semejantes, cuando se infligen a los fieles, a aquellos que son imitadores del bien, y esto según el conocimiento, no pueden dañarlos, sino que más bien les traen la palma de la paciencia a quienes las soportan con ecuanimidad, y en cambio, a aquellos que las infligen, les causan mucho daño acumulando el castigo eterno. Pero si alguien, vencido por tales adversidades, desfallece, no le ha dañado aquel que le infligió el mal, sino él mismo, que se negó a soportarlo pacientemente. Pues la casa que el hombre sabio edificó no cayó porque no soportó las violencias de las tempestades, sino porque estaba fundada sobre la roca. Y tampoco la que el necio construyó neciamente cayó porque fue golpeada por las tempestades, sino porque estaba edificada sobre la arena. Ambas fueron igualmente probadas por la adversidad, pero a una la firmeza del fundamento le otorgó la corona de la perseverancia, mientras que a la otra la necedad de su frágil estructura la derribó. Pues ningún caso, ya sea infligido por el diablo, por un hombre malvado, o por el torbellino general de las cosas que se desmoronan, puede dañar al perfecto imitador del bien. Sin embargo, es evidente que muchos imitadores del bien han sido dañados por otros, cuando son mal instruidos en el conocimiento de la verdad que aman. ¿Cuántos, deseando creer católicamente en Dios y vivir rectamente en la Iglesia, han sido seducidos sin saberlo por la locura de Arrio, la maldad de Sabelio y otros herejes? Lee el libro de Juan Crisóstomo, que escribió sobre esto: Nadie puede ser dañado por otro, sino por sí mismo.

Pero si sufrís algo por causa de la justicia, seréis bienaventurados. No solo (dice) no os daña quien inflige males a los que hacen el bien, sino que cuando el enemigo os persigue por los bienes que aborrece, os proporciona una causa de mayor bienaventuranza al ejercitar las fuerzas de vuestra paciencia, según aquello del evangelio: Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia.

Santificad al Señor Cristo en vuestros corazones. ¿Qué es santificar al Señor en nuestros corazones, sino contemplar con el afecto más íntimo del corazón la santidad de su gloria incomprensible? ¿Cuánta fortaleza para vencer puede dar a los que en él esperan, cuya santidad inestimable resplandece?

Estad siempre preparados para dar respuesta a todo el que os pida razón, etc. Debemos dar razón de nuestra esperanza y fe a quienes la pidan de dos maneras, para que comuniquemos las justas causas de nuestra esperanza y fe a todos, ya sea que pregunten con fidelidad o sin ella, y mantengamos siempre intacta la profesión de nuestra fe y esperanza, incluso entre las presiones de los adversarios, mostrando por la paciencia que hemos aprendido razonablemente a conservarla, por cuyo amor no tememos sufrir adversidades ni enfrentar la muerte.

Con modestia y temor, teniendo buena conciencia. En el mismo conocimiento de la doctrina, aconseja observar la calidad de la enseñanza, de modo que la humildad, que es maestra y madre de todas las virtudes, se manifieste tanto al hablar como al ver.

Para que en aquello de lo que os calumnian como malhechores, etc. Para que quienes se burlan de la fe y la esperanza celestial que no pueden ver en vosotros, vean vuestras buenas obras, y por ellas se confundan, ya que no pueden negar abiertamente que son buenas. O ciertamente debe entenderse así: Cuidad, haciendo el bien, que quienes calumnian vuestra buena conducta, al llegar el tiempo de la retribución futura, se confundan al veros coronados con Cristo, mientras ellos son condenados con el diablo.

Porque es mejor sufrir haciendo el bien, si así lo quiere la voluntad de Dios, que haciendo el mal. Esta sentencia arguye elegantemente la necedad de aquellos que, cuando son reprendidos por sus faltas por los hermanos, o incluso son corregidos con castigos, lo soportan pacientemente; pero cuando sin culpa sufren injurias verbales, pérdidas de bienes o cualquier adversidad por parte de los prójimos, pronto estallan en ira, y quienes hasta entonces parecían inocentes, por la impaciencia y la murmuración se vuelven culpables. Para que la diferencia de los castigos en méritos desiguales aparezca muy dispar, veamos que una misma molestia de ceguera golpeó a Tobías, Saulo y Elimas. Pero a Tobías, para que la virtud de su paciencia resplandeciera más ampliamente como ejemplo para todos; a Saulo, para que de perseguidor se transformara en el apóstol Pablo; y a Elimas, para que, sufriendo el castigo merecido por su perfidia, cesara de perturbar a aquellos que iban a creer. Y si se me diera a elegir, preferiría estar sujeto a los justos castigos divinos o humanos con tan gran Padre, que ser arrastrado por la fuerza de los castigos a los estudios de la justicia por injusticia. Y nuevamente preferiría ser apartado de las culpas por el castigo, que ser sometido a la venganza eterna por el peso incurable de los pecados.

Porque también Cristo murió una vez por nuestros pecados, etc. Quien, por tanto, sufre siendo justo, imita a Cristo; quien es corregido con castigos, imita al ladrón que en la cruz reconoció a Cristo y desde la cruz entró al paraíso con Cristo; quien no cesa de pecar incluso entre los castigos, imita al ladrón de la izquierda, que subió a la cruz por sus pecados y después de la cruz cayó en el Tártaro. Por eso recuerda que Cristo murió una vez, para que también recordemos que por nuestras pasiones temporales se nos otorga una recompensa eterna.

Para ofrecernos a Dios, muertos en la carne, etc. De esta mortificación de la carne y vivificación del espíritu, que tienen aquellos que trabajan pacientemente por el Señor, también habla el apóstol Pablo: Aunque nuestro hombre exterior se corrompe, el interior se renueva de día en día (II Cor. IV). Cristo, por tanto, nos ofrece a Dios Padre cuando, por la mortificación de la carne, nos alegramos de ser inmolados por él, es decir, muestra nuestra vida loable ante el Padre. O ciertamente nos ofrece a Dios cuando, liberados de la carne, nos introduce en el reino eterno. Ciertamente, lo que se dice: Vivificados por el Espíritu: el santo Atanasio, obispo de Alejandría, no lo refiere al espíritu del hombre, que mejor se vivifica

cuando la carne es mortificada, como dice el profeta del Señor: Para vivificar el espíritu de los humildes y vivificar el corazón de los contritos (Isaías LVII), sino que lo refiere más bien a la gracia del Espíritu Santo, que da vida eterna a quienes mortifican su carne. Pues también usa este testimonio contra los arrianos, que contradicen la igualdad de la Santa Trinidad, afirmando que por la unidad indivisible de la operación divina, el Padre vivifica, el Hijo vivifica, el Espíritu Santo vivifica. El Padre y el Hijo, porque está escrito: Porque como el Padre levanta a los muertos y les da vida, así también el Hijo da vida a los que quiere. El Espíritu Santo, como se declara en este testimonio, donde se dice del Hijo, para ofrecernos a Dios, muertos en la carne, vivificados por el Espíritu; por lo tanto, aquellos cuya operación es una, no pueden tener una sustancia o esencia dispar.

En el cual también a los que estaban encerrados en la carne, etc. Quien en nuestros tiempos vino en carne a predicar el camino de la vida al mundo, también antes del diluvio, a los que entonces eran incrédulos y vivían carnalmente, vino en Espíritu a predicarles. Pues él estaba en Noé y en los demás santos de entonces por el Espíritu Santo, y por su buena conversación predicó a los hombres perversos de aquella época para que se convirtieran a lo mejor. Llama encerrados en la carne a los que estaban gravemente agobiados por deseos carnales. De ellos dice la Escritura: Porque toda carne había corrompido su camino (Gén. VI). Lo que dice, en el cual, se refiere a lo que había dicho antes, para ofrecernos a Dios. Porque también entonces, si algunos hubieran querido creer en la predicación del Señor, que mostraba a través de la vida de los fieles, también se alegraba de ofrecerlos a Dios Padre. Pero si algunos calumniaban a los buenos como malhechores, al venir el diluvio se confundían. Pues de ambos se puede entender lo que dice, en el cual, es decir, tanto en aquellos que estaban encerrados en la carne, vino en Espíritu a predicar, para que por esa misma predicación suya, naciera la corona de alabanza para los creyentes y la confusión para aquellos que persistieran en la incredulidad. Algunos códices tienen: En el cual también a los que estaban en la cárcel, vino en Espíritu a predicar. Lo cual se refiere a la misma intención de los perversos e incrédulos, que, teniendo oscurecido el entendimiento por las tinieblas, con razón también en esta vida se dice que están encerrados en la cárcel. En la cual cárcel, aún con tinieblas interiores, es decir, con ceguera de mente y obras injustas, están gravados, hasta que, liberados de la carne, sean arrojados a las tinieblas exteriores y a la cárcel de la condenación eterna; de la cual el Señor en el Evangelio dice: Y el juez te entregue al alguacil, y te metan en la cárcel (Mat. V). Aunque también los santos en esta vida proclaman con razón que están en la cárcel, cuando anhelan el gozo de la patria celestial, según aquello del salmista: Saca mi alma de la cárcel para que alabe tu nombre (Sal. CXXI). Pues hay mucha diferencia entre ambas cárceles, ya que los reprobos están en la cárcel de los pecados y la ignorancia, mientras que los justos, aunque puestos en la cárcel de las tribulaciones, disfrutaban siempre con el corazón dilatado en la luz de la justicia hacia Dios; los cuales fueron representados por los apóstoles Pablo y Silas, cuando a medianoche, en el horror del interior de la cárcel, aunque encadenados y azotados, cantaban un himno de alabanza a Dios con voz muy alegre. Alguien interpretó este lugar de tal manera que aquella consolación de la que el Señor dice a los apóstoles: Muchos profetas y justos desearon ver lo que vosotros veis, y no lo vieron, y oír lo que oís, y no lo oyeron (Mat. XIII); de la cual también el salmista: Mis ojos desfallecieron esperando tu palabra, diciendo: ¿Cuándo me consolarás? (Sal. CXVIII); los santos que descansaban en el infierno la desearon, que esta consolación o exhortación fue predicada también a los que estaban en la cárcel y habían sido incrédulos en los días de Noé, cuando el Señor descendió a los infiernos. Y esto dijo él, pero la fe católica sostiene que el Señor, descendiendo a los infiernos, no sacó de allí a los incrédulos, sino solo a sus fieles, llevándolos consigo a los reinos celestiales, y que no a las almas despojadas del cuerpo y encerradas en la cárcel de los pecados, sino que en esta vida, ya sea por sí mismo o por los

ejemplos o palabras de sus fieles, muestra diariamente el camino de la vida. De los cuales se dice bien:

Que habían sido incrédulos en otro tiempo, etc. Pues la misma paciencia de Dios era su predicación, cuando Noé, durante cien años dedicado a las obras del arca, mostraba diariamente con la ejecución de la obra lo que iba a suceder al mundo. De donde Pablo dice: ¿O ignoras que la paciencia de Dios te lleva al arrepentimiento? (Rom. II), etc. Otra traducción tiene este lugar así: Cristo murió una vez por nuestros pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios, muerto en el cuerpo, pero vivificado en el espíritu. En el cual espíritu también predicó a los que estaban en la cárcel, que en otro tiempo no creyeron en aquellos días, cuando esperaban la paciencia de Dios en los días de Noé, etc.

En la cual pocos, es decir, ocho almas, fueron salvadas, etc. Dice que la forma del bautismo se asemeja al arca y a las aguas del diluvio. Y con toda razón, porque la misma construcción del arca de maderas pulidas significa la construcción de la Iglesia, que se hace con la recolección de almas fieles por los arquitectos de la palabra. Y que, pereciendo todo el mundo, pocos, es decir, ocho almas, fueron salvadas por el agua, significa que en comparación con los gentiles, judíos, herejes y falsos fieles que perecen, el número de los elegidos es mucho menor. De donde se dice de la puerta angosta y el camino estrecho que lleva a la vida: Y pocos son los que la encuentran (Mat. VII). Y de nuevo: No temáis, pequeño rebaño, porque a vuestro Padre le ha placido daros el reino (Luc. XII). De este pequeño rebaño se dice aquí acertadamente:

No la deposición de las inmundicias de la carne, etc. Pues, ¿dónde está la buena conciencia, sino donde también está la fe no fingida? Pues el apóstol Pablo enseña que el fin del mandamiento es la caridad de un corazón puro, y de buena conciencia, y de fe no fingida (I Tim. I). Lo que, por tanto, el agua del diluvio no salvó a los que estaban fuera del arca, sino que los mató, sin duda prefiguraba a todo hereje, aunque tenga el sacramento del bautismo, que no será sumergido por otros, sino por las mismas aguas en el infierno, por las cuales el arca se eleva al cielo. También el número ocho de las almas que fueron salvadas por el agua significa que la santa Iglesia recibió el lavacro del bautismo en el sacramento de la resurrección del Señor, para que, así como él resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, también nosotros, purificados de los pecados por el agua de la regeneración, caminemos en novedad de vida (Rom. VI). Pues el octavo día, es decir, después del séptimo del sábado, el Señor, resucitando de entre los muertos, nos mostró tanto el ejemplo de la futura resurrección como el misterio de la nueva vida, para que, estando en la tierra, lleváramos una vida celestial. Lo cual también el mismo Pedro explica diciendo:

Por la resurrección de Jesucristo, etc. Pues así como él, resucitando de entre los muertos, ascendió al cielo y se sienta a la derecha de Dios, así también nos señaló que por el bautismo se nos abre el camino de la salvación y la entrada al reino celestial. Bien dice: Deglutiendo la muerte; pues lo que deglutimos, hacemos que por la virtud de nuestro cuerpo asumido nunca perezca. Y el Señor deglutió la muerte, que resucitando de entre los muertos la consumió tan completamente que ya no podía tener poder contra él a través del contacto de alguna corrupción, y, permaneciendo la apariencia del verdadero cuerpo, estaba completamente ausente toda mancha de la antigua fragilidad. Lo cual también se nos promete que sucederá al final, cuando el Apóstol, hablando de nuestra resurrección, dice: Entonces se cumplirá la palabra que está escrita: La muerte ha sido absorbida en victoria (I Cor. XV). Bien absorbida, porque cuando también nosotros hayamos sido hechos partícipes de la vida eterna, ciertamente la virtud del cuerpo inmortal eliminará todo el vicio de la corrupción pasada,

como suele la llama del fuego consumir con la fuerza de su ardor una gota de agua que se le arroja.

Subiendo al cielo, etc. No hay duda de que al Hijo de Dios siempre le han estado sujetas las potestades y virtudes celestiales, a quien con el Padre y el Espíritu Santo, como un solo Dios sin principio, alaban, tiemblan y adoran. Pero el bienaventurado Pedro consideró necesario advertir que la humanidad asumida ha sido elevada a tal gloria al resucitar, que con un incomparable culmen se prefiere a toda dignidad y potestad angélica. Según lo que también el salmista, cuando decía de él al Padre: Lo hiciste un poco menor que los ángeles (Sal. VIII); inmediatamente añadió: Lo coronaste de gloria y honor, y lo pusiste sobre las obras de tus manos; todo lo sujetaste bajo sus pies (Ibid.).

CAPÍTULO IV.

Cristo, pues, habiendo padecido en la carne, etc. Después de haber demostrado el ejemplo de la resurrección del Señor y de nuestra ablución que se realiza en el bautismo, a partir del sacramento del arca y del diluvio, vuelve a lo que había comenzado a decir, para que, imitando la obra de nuestro Redentor, soportemos pacientemente la maldad de los malos mientras hacemos el bien. Sin embargo, es de notar que, hablando distintamente, dice: Cristo, pues, habiendo padecido en la carne. Porque, como dice el bienaventurado Ambrosio: «su carne sufrió, pero la Divinidad, libre de la muerte, concedió al cuerpo la pasión por la ley de la naturaleza humana.» ¿O acaso puede morir la Divinidad, cuando el alma no puede? No temáis, dice, a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma (Mat. X). Si, por tanto, el alma no puede ser muerta, ¿cómo puede serlo la Divinidad?

Porque el que ha padecido en la carne ha cesado de pecar, etc. Cualquiera de los santos que sometió su cuerpo al martirio por la violencia de los perseguidores, no hay duda de que hasta el final de su vida, en la medida en que es posible a la naturaleza humana, se abstuvo de pecar. Pues, ¿qué podía pensar sobre la perpetración del pecado, qué sobre los deseos carnales, qué sino la voluntad de Dios podía tener en mente, quien, ya sea clavado en un madero, rodeado de golpes de piedras, sometido a las mordeduras de las bestias, colocado sobre las llamas del fuego, perforado por los azotes de los escorpiones, o afectado por cualquier otro género de penas, solo podía desear que, terminado el combate, recibiera la corona de la vida? Por tanto, el bienaventurado Pedro desea que siempre imitemos la mente de tales personas, cuando, proponiendo el ejemplo de la pasión del Señor, nos manda armarnos con el mismo pensamiento contra la maldad de los perversos y contra los placeres de los vicios, queriendo que se entienda que también nosotros, descansando en la paz de la Iglesia, si nos revestimos del hábito del que sufre, fácilmente, con la ayuda del Señor, evitamos las caídas de todos los pecados y sometemos todos los deseos a los mandatos de la voluntad divina. Por último, también el salmista suplica al Señor diciendo: Clava con tu temor mi carne, porque he temido tus juicios (Sal. CXVIII). Y el Apóstol: Los que son de Cristo, dice, han crucificado su carne con sus pasiones y deseos (Gál. V). Quien, por tanto, extingue en su mente las concupiscencias carnales por el temor de los juicios celestiales, ya semejante a Cristo crucificado y paciente, como muerto a los pecados, vive solo para el servicio de Dios.

En lo cual se admiran, no concurriendo con vosotros, etc. Porque habéis crucificado vuestra carne con sus pasiones y deseos, sucede ciertamente que, aunque por su perfidia os blasfemen, como separados de su compañía, sin embargo, siempre ven en vuestra conversación obras de justicia y piedad, que con razón admiran, y por las cuales justamente alaban y veneran la fe cristiana.

Quienes darán cuenta a aquel que está preparado para juzgar a vivos y muertos. Por eso, dice, no os preocupéis demasiado, no os doláis demasiado, si haciendo el bien sois blasfemados por los reprobos, porque aunque vosotros calléis, no callará ni será detenido Dios, juez ciertamente justo, que devolverá a ellos el castigo de su blasfemia, y a vosotros la recompensa digna de vuestra paciencia.

Por esta razón también se ha evangelizado a los muertos, etc. Tan grande es el cuidado de Dios, tan grande su amor, tan grande su deseo de que nos mortifiquemos en la carne y vivamos en el espíritu, que ha ordenado que se evangelice la palabra de fe incluso a aquellos que están envueltos en crímenes mayores y que con razón deben ser contados entre los muertos, es decir, en lujurias, deseos, embriagueces, comilonas, borracheras y cultos ilícitos a los ídolos, para que también ellos, juzgados, es decir, despreciados y rechazados los deseos carnales, vivan espiritualmente, y junto con aquellos que la gracia del Evangelio encontró viviendo inocentemente, esperen la vida eterna. Pero el fin de todas las cosas se acercará. Que nadie se engañe a sí mismo con la lejanía del juicio futuro, en el cual dijo que serían juzgados vivos y muertos, advierte prudentemente, porque aunque la llegada del último juicio es incierta, es cierto para todos que en esta vida mortal no pueden permanecer mucho tiempo.

Sed prudentes, etc. Y el Señor en el Evangelio nos ordenó siempre orar y vigilar en vista del fin incierto. Pues dice, hablando del día del juicio: Velad, pues, orando en todo tiempo, para que seáis tenidos por dignos de escapar de todas estas cosas que vendrán, y de estar en pie delante del Hijo del Hombre (Luc. XXI). Bien se nos manda vigilar en las oraciones, para que cuando estemos en oración, todo pensamiento carnal y secular se aleje, y el alma no piense en nada más que en lo que está pidiendo. Pues el enemigo frecuentemente se infiltra y, engañando sutilmente, desvía nuestras oraciones de tal manera que tenemos una cosa en el corazón y otra en la voz, cuando con sincera intención debe orar a Dios no el sonido de la voz, sino el sentido del alma.

Sobre todo, tened entre vosotros un amor mutuo continuo. Bien añadió continuo, porque siempre podemos amar, pero no siempre podemos vigilar en las oraciones debido a la fragilidad de la carne; no siempre podemos dedicarnos a las virtudes que menciona a continuación, es decir, la hospitalidad, la enseñanza, la administración de gracias, ya sean comunes o especiales hacia los prójimos, y otras cosas semejantes. Porque estas cosas, sin duda, deben hacerse tanto por el oficio del cuerpo como en tiempos oportunos. Pero el amor mismo, por cuyo impulso se realizan estas cosas externamente, porque preside al hombre interior, siempre puede estar allí, aunque no siempre pueda mostrarse en público.

Porque el amor cubre multitud de pecados. Especialmente cuando se dice verdaderamente a Dios: Y perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores (Mat. VI). Y ciertamente es seguro que todas las buenas obras que hacemos diluyen y cubren las culpas que hemos cometido, pero esto se dice especialmente del amor por el cual perdonamos a nuestros prójimos lo que nos deben, porque es justísimo ante Dios que según la medida de piedad con la que hayamos medido, se nos mida a nosotros. Así como, por el contrario, el sabio reprende terriblemente a los de corazón duro, diciendo: ¿El hombre guarda ira contra el hombre, y busca curación de Dios? (Ecli. XXVIII). Y no hay duda de que también en aquel que por amor hace todo lo que puede para corregir al prójimo, amonestando, reprendiendo, castigando, el mismo amor cubre multitud de pecados, como atestigua Santiago, quien dice: Porque el que hace volver al pecador del error de su camino salvará su alma de la muerte y cubrirá multitud de pecados (Sant. V).

Si alguno habla, hable como los oráculos de Dios. Temiendo, por supuesto, no decir ni ordenar algo más allá de la voluntad de Dios, o más allá de lo que se ordena claramente en las Escrituras sagradas, y ser hallado como un falso testigo de Dios, o sacrílego, o introduciendo algo ajeno a la doctrina del Señor, o ciertamente omitiendo y pasando por alto algo de lo que es agradable a Dios, cuando él mismo ordena manifiestamente a los predicadores de la verdad sobre aquellos a quienes han instruido para la vida, diciendo: Enseñádoles a guardar todas las cosas que os he mandado (Mat. XXVIII). Y nos manda entregar a sus oyentes no solo algunas de las cosas que él mandó, sino todas.

Si alguno ministra, etc. Que cada uno imparta al prójimo todo bien que pueda, con tanta más humildad cuanto más ciertamente sabe que de sí mismo no puede tener lo que imparte.

Para que en todo sea glorificado Dios por Jesucristo, etc. Según el precepto del mismo Jesucristo que dice: Vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos (Mat. V). Dios es glorificado, por tanto, en nuestros actos, cuando todo lo que hacemos bien y según su voluntad, no lo atribuimos a nuestros méritos, sino a su gracia, y por el contrario, los males que hacemos los atribuimos solo a nuestra malicia o ignorancia.

Amados, no os sorprendáis del fuego, etc. Algunos códices tienen: No os extrañéis del fuego. El sentido de ambas palabras está claro, porque ningún fiel debe sorprenderse de por qué en esta vida sufre el fuego de las tribulaciones, quien con razón cierta es ahora probado por tribulaciones para que, cuando haya sido probado, sea tenido por digno de recibir la corona de la vida futura; ni debe nadie por eso considerarse peregrino y extraño a los miembros de Cristo, porque es golpeado por las adversidades del presente siglo, ya que tanto la salida del Señor de la muerte (Sal. LXVII), como en su Iglesia nunca, desde el protomártir Abel hasta el último elegido que nacerá al final del siglo, ha cesado la persecución de los infieles. Por lo cual, bien dijo, No os sorprendáis del fuego, añadió:

Como si os aconteciera algo extraño. Porque es muy antiguo y frecuente que los elegidos de Dios soporten las adversidades de la vida presente por la salvación eterna.

Pero que ninguno de vosotros sufra como homicida, etc. Pues sufre como maldiciente quien en el tiempo de su pasión se enfurece por la injuria de su perseguidor.

Porque es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios. Hay dos juicios de Dios insinuados en las Escrituras: uno oculto, otro manifiesto. El juicio oculto es el castigo, por el cual ahora cada uno de los hombres es ejercitado para purificación, o advertido para conversión, o, si desprecia la llamada y disciplina de Dios, es cegado para condenación. Pero el juicio manifiesto es aquel en el cual el Señor vendrá a juzgar a vivos y muertos. Ahora se dice que es tiempo de que el juicio comience por la casa del Señor, es decir, por la Iglesia, que por el ejercicio de las aflicciones presentes se prepara para los gozos futuros. Pues los réprobos ahora llevan una vida transitoria tanto más seguros y sin ningún golpe de venganza, cuanto que en el futuro no les queda más que venganza, según aquello del bienaventurado Job: Llevan sus días en prosperidad, y en un momento descienden al infierno.

Y si primero comienza por nosotros, ¿cuál será el fin de aquellos, etc.? De aquí se deduce cuán severamente golpeará el Juez estricto a aquellos que reprueba, si aquí así aflige a aquellos que ama. Pues si son azotados los hijos, ¿qué deben esperar los siervos malvados?

Y si el justo con dificultad se salva, etc. Los pelagianos no quieren creer que en un solo hombre toda la masa del género humano fue viciada y toda condenada. De cuyo vicio y

condenación de un solo hombre solo la gracia de Cristo sana y libera. ¿Por qué el justo con dificultad se salva? ¿Acaso es laborioso para Dios liberar al justo? De ninguna manera. Pero para mostrar que con razón fue condenada la naturaleza, no quiere liberar fácilmente de tan gran mal ni siquiera el Omnipotente. Por lo cual los pecados son fáciles y la justicia laboriosa, a menos que se ame. Pero el amor que hace a estos amantes es de Dios. Sin embargo, es de notar que el bienaventurado Pedro tomó esta sentencia de los Proverbios de Salomón según la antigua edición, por la cual en nuestra edición que descende de la fuente de la verdad hebrea, está escrito: Si el justo recibe en la tierra, ¿cuánto más el impío y el pecador? (Prov. XI). Lo cual es decir abiertamente: Si tanta es la fragilidad de la vida mortal, que ni siquiera los justos que han de ser coronados en el cielo pasan esta sin tribulación por la innumerable mancha de la naturaleza viciada, ¿cuánto más aquellos que son desterrados de la gracia celestial esperan un cierto fin de su perpetua condenación?

CAPÍTULO V.

Ruego, pues, a los ancianos que están entre vosotros, etc. Evidentemente testigo, porque estuvo presente cuando él sufría, y vio todo como se llevaba a cabo. O ciertamente porque él mismo por el nombre de Cristo sufrió cárcel, cadenas y azotes, como leemos en los Hechos de los Apóstoles.

Que también soy partícipe de la gloria que ha de ser revelada. Entonces, sin duda, cuando en el monte santo vio la gloria celestial de su rostro con Jacobo y Juan, o cuando vio el poder de su resurrección y ascensión con los demás discípulos que estuvieron presentes.

Apacentad el rebaño de Dios que está entre vosotros. Así como el Señor mandó al bienaventurado Pedro tener cuidado de todo su rebaño, es decir, de la Iglesia, así el mismo Pedro manda con justicia a los pastores de la Iglesia que le siguen que cada uno cuide con solícita gobernación el rebaño de Dios que está con él.

Cuidando no por fuerza, sino voluntariamente, etc. Cuida y provee al rebaño de Dios por fuerza aquel que, por la penuria de las cosas temporales, no teniendo de qué vivir, por eso predica el Evangelio, para poder vivir del Evangelio. Pero voluntariamente y según Dios, quien predica la palabra de Dios no por ninguna cosa terrena, sino solo por la recompensa celestial. Lo cual distingue el apóstol Pablo: Pues si lo hago de buena voluntad, tengo recompensa; pero si de mala gana, se me ha confiado una administración. Se dice que se le ha confiado una administración a quien se le manda tener cuidado de una cosa externa por un tiempo. Por ejemplo, quien es mandado a distribuir el trigo de su señor a sus compañeros a su debido tiempo, se asemeja a aquel que no evangeliza voluntariamente, sino de mala gana.

Ni por ganancia deshonesta, sino de buena voluntad. Provee al rebaño de Dios por ganancia deshonesta quien predica por lucro y bienes terrenales, cuando todas las obras de religión deben hacerse voluntariamente. Según aquel ejemplo de la construcción del tabernáculo, que prefiguraba la construcción presente de la Iglesia, donde toda la multitud de los hijos de Israel ofreció con mente prontísima y devota las primicias al Señor para hacer la obra del tabernáculo, dando todo por su propia voluntad, y los mismos artífices se ofrecieron voluntariamente para hacer la obra.

Ni como teniendo señorío sobre los clérigos, etc. Para que, evidentemente, la humildad que deseáis que los súbditos tengan hacia vosotros y entre sí, la mostréis primero vosotros mismos tanto en acto como la guardéis íntegra en el ánimo, según aquel dicho del Señor: Sabéis que los que son tenidos por gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y sus

grandes ejercen autoridad sobre ellas. Pero no será así entre vosotros, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor; y el que quiera ser el primero entre vosotros será siervo de todos (Mat. XXIII). Lo cual el apóstol Pablo observando diligentemente dice: Porque no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor, y a nosotros como vuestros siervos por Jesús.

Igualmente, jóvenes, estad sujetos a los ancianos. Después de haber enseñado a los ancianos cómo debían presidir, era necesario que también instruyera a los jóvenes a obedecer la provisión paterna de ellos. No era necesario hablarles mucho, sino solo darles el precepto de la sujeción. Porque evidentemente había mandado a los ancianos que fueran ejemplo para los súbditos, y bastaba que los jóvenes miraran devotamente los ejemplos de los mayores que bien actuaban y los imitaran. Pero para que los prelados que escuchaban esto no pensarán que solo a sus súbditos, y no también a ellos, se les debían guardar las leyes de la debida humildad, inmediatamente añadió una advertencia general:

Todos, pues, revestíos de humildad unos para con otros. Dice todos, tanto ancianos como jóvenes, quienes son mandados a mostrar la virtud de la humildad unos a otros, y estos evidentemente gobernando, y aquellos obedeciendo humildemente. Lo cual leemos que se hizo en el mismo Pedro, cuando, entrando él en Cesarea, Cornelio corriendo se postró humildemente a sus pies, y él más humildemente lo levantó, diciendo: Levántate, yo mismo también soy hombre como tú (Hech. X). Y ciertamente Cornelio, aún no renacido en Cristo, aún no estaba incorporado a los miembros de la Iglesia. Por tanto, todos deben tener humildad unos hacia otros, ya sea enseñando con el ejemplo o también insinuando con la palabra, porque evidentemente sabía que todos debían evitar el vicio de la soberbia que arrojó a los ángeles del cielo, y a todos con la sentencia de Salomón añadida los aterra y conforta saludablemente, diciendo:

Porque Dios resiste a los soberbios, etc. Y cuál es esa gracia que Dios concede a los humildes, lo expone a continuación, cuando añade la advertencia:

Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, etc. Esta gracia, por tanto, concede a los humildes, que cuanto más se humillan por él en tiempo de prueba, tanto más gloriosamente serán exaltados por él en tiempo de retribución. Pero la humillación en este lugar puede entenderse de muchas maneras, es decir, tanto aquella por la cual cada uno que comienza el camino de las virtudes es saludablemente afligido para lavar los pecados que ha cometido, como aquella que se ofrece con devoción espontánea de mente por los más perfectos a Dios o a los prójimos en paz, así como aquella por la cual, al asaltar los torbellinos de las persecuciones, el ánimo invicto se arma por la virtud de la paciencia. Pero a todo género de humildad devota a Dios le sigue aquella recompensa, que quienes se humillan en tiempo de peregrinación, en tiempo de su visita serán exaltados.

Sed sobrios y velad, etc. En la exposición de esta sentencia, no pongamos nuestras palabras, sino las del bienaventurado Cipriano. «Nos rodea (dice) a cada uno de nosotros, y como un enemigo que asedia muros cerrados, explora y prueba si hay alguna parte de los miembros menos estable y menos fiel, por la cual pueda penetrar al interior. Ofrece a los ojos formas atractivas y placeres fáciles, para destruir la castidad con la vista. Tienta los oídos con música melodiosa, para que con el sonido dulce debilite y ablande el vigor cristiano. Provoca la lengua con insultos, incita la mano con injurias a la petulancia del golpe; para hacer al hombre un defraudador, ofrece ganancias injustas; para capturar el alma con dinero, presenta ganancias perniciosas. Promete honores terrenales, para quitar los celestiales. Presenta falsedades, para robar las verdades. Y cuando no puede engañar sutilmente, amenaza

abiertamente, insinuando el terror de la persecución turbulenta, siempre inquieto y siempre hostil para derrotar a los siervos de Dios. En paz es engañoso, en persecución es violento. Por lo cual, contra todas las insidias engañosas o amenazas abiertas del diablo, debe estar el ánimo instruido y armado, tan preparado siempre para resistir, como está siempre preparado el enemigo para atacar.»

Resistidle firmes en la fe, etc. Tanto más fuertes sed en la fe, tanto mayor ánimo tened para superar las astucias del diablo, cuanto consta que no solo vosotros sois tentados, sino que la misma pasión que os fatiga es común a la Iglesia de Cristo que está en todo el mundo, es decir, a vuestra fraternidad. Y lo que desde la constitución del mundo siempre han sufrido los justos, os avergüence no poder soportarlo vosotros solos.

Por Silvano, hermano fiel para vosotros, etc. Lo que dice rogando puede referirse a lo anterior, porque evidentemente escribió brevemente, no mandando, sino rogando que permanecieran fuertes en la fe. También puede unirse correctamente a lo siguiente, para entender que no solo testifica que esta es la verdadera gracia de ellos que predica escribiendo, porque evidentemente no hay salvación en otro, en quien debemos ser salvos (Hech. IV), sino también les ruega que hagan que esta sea su verdadera gracia, en la cual han sido instruidos en Cristo. Pues la gracia de Cristo se convierte en su gracia de aquellos que la reciben con corazón puro. Porque quien desprecia la gracia de Dios, no disminuye la gracia misma, sino que hace que no sea suya, es decir, que no le aproveche.

Os saluda la Iglesia que está en Babilonia reunida, etc. Llama a Babilonia típicamente Roma, evidentemente por la confusión de la idolatría múltiple. En cuyo medio la santa Iglesia ya incipiente y muy pequeña brillaba, según el ejemplo del pueblo israelita, que una vez, pequeño en número y cautivo, sentado junto a los ríos de Babilonia, lloraba la ausencia de la tierra santa, y no podía cantar el cántico del Señor en tierra extraña (Sal. CXXXVI). Y bien el bienaventurado Pedro, mientras exhorta a sus oyentes a la tolerancia de las adversidades presentes, dice que también la Iglesia que está con él en Babilonia, es decir, en la confusión de las tribulaciones, está reunida, para mostrar que la santa ciudad de Dios en esta vida no puede estar libre de la mezcla y presión de la ciudad del diablo, que Babilonia significa. Llama a Marcos su hijo al evangelista, quien se dice que fue hecho su hijo en el bautismo. De donde se deduce que antes de enviar a Marcos de Roma a Alejandría para evangelizar, escribió esta Epístola. En el tiempo del príncipe Claudio, tanto Pedro como Marcos vinieron a Roma, y el mismo Marcos, habiendo escrito su Evangelio en Roma, fue enviado a Alejandría. De donde se deduce que Pedro escribió esta Epístola mientras se preguntaba dónde o cuándo la escribió, el lugar era Roma, el tiempo el de Claudio César.

Saludaos unos a otros con un beso santo. Con un beso santo, un beso verdadero, un beso pacífico, un beso de paloma, no engañoso, no impuro, como el que usó Joab para matar a Amasa, como el que usó Judas para entregar al Salvador, como el que usan aquellos que hablan de paz con su prójimo, pero el mal está en sus corazones (Sal. XXVII). Por tanto, se saludan unos a otros con un beso santo, quienes no aman de palabra ni de lengua, sino de obra y en verdad.

Gracia a todos vosotros que estáis en Cristo Jesús. Comenzó la Epístola con gracia, la terminó en gracia, la roció de gracia en medio, para condenar el error pelagiano en toda su locución, y enseñar que la Iglesia de Cristo no puede ser salvada sino por su gracia. Y prudentemente cuando dijo: Gracia a vosotros, añadió: A todos los que estáis en Cristo Jesús, para que lo que escribió a pocas Iglesias, es decir, a Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia, indique que lo escribe a todas las Iglesias de Cristo en el mundo. Así como también

Juan en el Apocalipsis, cuando amonestó individualmente a las siete Iglesias de Asia según correspondía, añadió por cada una, concluyendo así: El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias (Apoc. II), insinuando abiertamente que todo lo que escribió a cada Iglesia lo escribía a todas las Iglesias de los fieles que tuvieran oído saludable.

EN LA SEGUNDA EPÍSTOLA DE PEDRO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Simón Pedro, siervo y apóstol de Jesucristo, etc. Está escrito en los siguientes pasajes de esta Epístola: He aquí, amados, que os escribo esta segunda Epístola. De donde se deduce que la escribió a los mismos a quienes envió la primera Epístola, a los prosélitos elegidos, de la dispersión del Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia. A quienes reconoce como iguales a él, no porque hubieran recibido la circuncisión según la ley, que él tenía por naturaleza judía, sino porque compartieron la misma fe que él recibió por la gracia iluminadora de Cristo. Pues no es la circuncisión legal, sino solo la fe evangélica, la que une a los pueblos gentiles con el antiguo pueblo de Dios. Sin embargo, porque la misma fe no puede salvar sin obras, se añade correctamente:

En la justicia de nuestro Dios y Salvador Jesucristo. Por tanto, escribe la Epístola a aquellos, saluda el apóstol Pedro a aquellos que han compartido una fe igual a la suya, y la ejercen a través de obras de justicia. De esa justicia que no descubre la prudencia humana, ni enseña la institución legal, sino que nuestro Señor y Salvador, hablando por el Evangelio, muestra cuando dice: Si vuestra justicia no supera la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos (Mat. V). Y de nuevo: Habéis oído que se dijo a los antiguos, No matarás. Pero yo os digo, etc. (Ibid.).

Gracia y paz os sean multiplicadas, etc. En la primera Epístola escribió: Gracia y paz os sean multiplicadas (I Pedro I). En esta, sin embargo: Gracia y paz os sean cumplidas, porque ciertamente escribió aquella Epístola a los principiantes, y esta a los más perfectos. Pues la paz y la gracia se multiplican para los que progresan bien en esta vida por la fe, pero se cumplirán para los que lleguen a la otra vida por la visión. Por lo cual, bien al decir: Gracia y paz os sean cumplidas, añadió: En el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo. Porque esta es la vida eterna (dice), que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado (Juan XVII). Y de nuevo: Si el Hijo os libera, seréis verdaderamente libres, y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres (Juan VIII).

Como todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder, etc. Esta sentencia depende de lo anterior. Pues el sentido es: Gracia y paz os sean cumplidas en que conozcáis perfectamente a nuestro Señor Jesucristo. Y también que por él conozcáis cómo todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su gracia, suficientes para obtener la vida y conservar la piedad. Por lo cual dice: Porque todas las cosas que oí de mi Padre os las he dado a conocer (Juan XV). Y en otro lugar: Y la gloria que me diste, yo se la he dado a ellos (Juan XVII). Pero si se lee como tienen algunos códices: Que a la vida y a la piedad nos ha sido dada, este será el sentido: Para que conozcáis cómo nuestro Señor nos ha concedido todos los dones de su divino poder según la medida de nuestra capacidad, la cual virtud nos ha sido dada para conseguir la vida y la piedad. Este modo de expresión es muy común en las Escrituras; y se llama por los gramáticos elipsis, es decir, omisión de una palabra necesaria, como en el salmo: Porque ni del oriente, ni del

occidente, ni de los desiertos montes. Se sobreentiende que está abierta la vía de escape, porque Dios es juez en todas partes (Sal. LXXIV).

Por el conocimiento de aquel que nos llamó por su propia gloria y virtud. Y esto depende de lo anterior, porque por el conocimiento de nuestro Señor y Salvador hemos conocido todos los misterios de su divinidad, por los cuales somos salvados. Él nos llamó por su propia gloria y virtud, porque no envió un ángel para nuestra salvación, ni un arcángel, ni encontró en nosotros algún mérito bueno por el cual fuéramos salvados, sino que, viéndonos débiles y sin gloria, nos recuperó por su virtud y gloria. De aquí que diga: No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros (Juan XV).

Por la cual nos ha dado preciosas y grandísimas promesas. Por la cual, dice, por el conocimiento de él, porque cuanto más perfectamente alguien conoce a Dios, tanto más siente la magnitud de sus promesas.

Para que por ellas seáis partícipes de la naturaleza divina. Cambia repentinamente de persona, y quien antes había dicho de sí mismo y de los suyos: Nos ha dado preciosas promesas, se dirige de inmediato a aquellos a quienes hablaba: Para que por ellas, dice, seáis partícipes de la naturaleza divina. Lo hace no por casualidad, sino con previsión. Por eso (dice) el Señor nos ha revelado todos los secretos de su divino poder a nosotros, que somos judíos por naturaleza, que nacimos bajo la ley, que fuimos instruidos corporalmente por su enseñanza, por eso nos ha dado a nosotros, sus discípulos, las grandísimas y preciosas promesas de su Espíritu, para que por ellas también vosotros, que sois de las naciones, que no pudisteis verle corporalmente, os concediera ser partícipes de su naturaleza divina, enseñándoos nosotros lo que de él hemos oído, consagrándoos por sus misterios. Por lo cual, muy correctamente lo que dijo antes: Gracia y paz os sean cumplidas en el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo, cómo todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder, puede entenderse así: Gracia y paz os sean cumplidas en que conozcáis a nuestro Señor Jesucristo, también vosotros, como a nosotros por él nos han sido dadas todas las promesas o dones de su divino poder, que conducen a la vida y a la piedad. Para que así como nosotros hemos recibido o confiamos sin ninguna duda que recibiremos las promesas de sus dones, así también vosotros no dudéis de sus dones.

Huyendo de la corrupción de la concupiscencia que hay en el mundo. Bien dice que la concupiscencia del mundo tiene corrupción, y por tanto debe ser evitada, según aquel que dijo: Huye del pecado como de la cara de una serpiente (Eclí. XXI), porque hay también una concupiscencia incorruptible, de la cual se canta: Mi alma ha deseado y desfallecido en los atrios del Señor (Sal. LXXXIII). De la cual también en el libro de la Sabiduría se refiere hermosamente por una figura de expresión que en griego se llama κλίμαξ, en latín gradación: El principio (dice) de la sabiduría es el verdadero deseo de la disciplina (Sab. VI). El cuidado de la disciplina es amor, y el amor es la custodia de sus leyes. La custodia de las leyes es la consumación de la incorruptibilidad. La incorruptibilidad hace que uno sea cercano a Dios. Por tanto, el deseo de la sabiduría conduce al reino eterno.

Vosotros, poniendo toda diligencia, añadid a vuestra fe virtud. Virtud en este lugar no se refiere a fortaleza y milagros, sino a buena conducta; que debe unirse correctamente a la fe, para que no esté ociosa y muerta sin obras: en lo cual correctamente ordena que se ponga toda diligencia, porque quien es blando y negligente en su obra, es hermano del que destruye su obra.

A la virtud, conocimiento. Según aquello de Isaías: Aprended a hacer el bien, buscad el juicio.

Al conocimiento, templanza. Para que cuando hayan aprendido a hacer el bien, inmediatamente se abstengan de los males, no sea que el conocimiento de las cosas celestiales caiga en vano, si alguien se niega a contenerse de las atracciones terrenales.

A la templanza, paciencia. Es necesario que la templanza siempre esté acompañada de paciencia, para que quien ha aprendido a contenerse de los placeres del mundo, también soporte con corazón firme sus adversidades, armado con las armas de la justicia a diestra y a siniestra (II Cor. VI).

A la paciencia, piedad. Para que hacia aquellos a quienes soporta pacientemente, también sea piadoso, según aquello del apóstol Pablo: La caridad es paciente, es benigna (I Cor. XIII).

A la piedad, amor fraternal. Para que no por otro motivo se realicen las obras de piedad hacia sus adversarios, sino solo por amor fraternal. Procurando esto en toda tentación, que a quienes no puede enseñar o reprender, los convierta al afecto de la piedad orando o haciendo el bien.

Al amor fraternal, caridad. Llama caridad en este lugar especialmente a aquella con la que amamos al Creador, que, con el progreso en los grados de las virtudes, se une merecidamente al amor fraternal, porque ni Dios sin el prójimo, ni el prójimo sin Dios puede ser amado perfectamente. Y ciertamente el amor de Dios es más excelente que el amor de los prójimos, porque a ellos se nos manda amar como a nosotros mismos, pero a Dios con todo el corazón, toda el alma, toda la fuerza (Mar. XII), pero sin embargo, por la costumbre del amor fraternal debemos ascender al amor del Creador. Porque quien no ama a su hermano a quien ve, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ve? (I Juan IV).

Porque si estas cosas están en vosotros y abundan, no os dejarán ociosos, etc. Dijo si abundan, si prevalecen con mayor virtud contra las guerras de los vicios.

Porque a quien no están presentes estas cosas, es ciego, etc. El ojo designa el conocimiento, la mano la operación. Es ciego y anda a tientas quien, no teniendo el conocimiento de la recta operación, hace lo que le parece recto, y desconociendo la luz de la verdad, extiende la mano a la obra que no ve, levanta los pasos hacia el camino que no prevé, y por tanto, de repente el miserable cae en la ruina de la perdición que no podía prever. Tal es todo aquel a quien no están presentes estas cosas que Pedro dice, porque por el incremento de las virtudes espirituales debemos llegar a la participación de la divinidad. Pero en cambio Salomón, advirtiendo al sabio oyente: Y tus párpados (dice) precedan tus pasos (Prov. IV). Lo cual es sugerir claramente que en todos nuestros actos debemos cuidar con diligente intención prever qué fin nos sigue, explorar con habilidad qué se hace según la voluntad de Dios, qué de otra manera.

Por lo cual, hermanos, procurad más bien hacer firme vuestra vocación y elección por medio de buenas obras. Muchos son llamados, pero pocos elegidos (Mat. XX, XXII). Cierta es la vocación de todos los que vienen a la fe; pero quienes perseverantemente añaden buenas obras a los sacramentos de la fe que han recibido, estos hacen firme su vocación y elección a los que los observan. Así como, por el contrario, quienes después de la vocación vuelven a los crímenes, cuando en ellos mueren, ya hacen cierto para todos que son reprobados.

Porque haciendo estas cosas, no pecaréis jamás. Se refiere a los pecados mayores, que quienquiera que los cometa, no tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios, y de los cuales todo aquel que se entrega a las virtudes mencionadas permanece inmune ante el Señor. De lo contrario, hay pecados menores, de los cuales está escrito: Porque no hay hombre justo en la tierra, que haga el bien (Ecl. VII); y no se justificará en tu presencia ningún viviente (Sal. CXLII).

Porque así os será abundantemente concedida la entrada en el reino eterno, etc. A este lugar conviene aquello del profeta Ezequiel, donde hablando del edificio situado en el monte dice: Y en ocho gradas su ascenso (Eze. XL). Y aquí también el bienaventurado Pedro enumera ocho grados de virtudes, por los cuales, huyendo de la corrupción de la concupiscencia mundana, debemos ascender a la morada del reino celestial, a saber, la fe, la virtud, el conocimiento, la templanza, la paciencia, la piedad, el amor fraternal y la caridad. De los cuales ciertamente el salmista dice: Ha dispuesto ascensos en su corazón (Sal. LXXXIII); y lo demás, hasta que dice: Caminarán de virtud en virtud, se verá a Dios en Sion (Ibid.).

Por lo cual, comenzaré a recordaros siempre estas cosas, etc. ¿Por qué quiere recordarles siempre las buenas obras, a quienes dice que tienen conocimiento y están confirmados en la verdad presente? ¿No será tal vez por esto, para que ejerciten en obras el conocimiento que conocen, y guarden con mente fija la verdad en cuya presencia están confirmados, no sea que alguna vez caigan de la simplicidad y castidad de la fe por maestros del error, de los cuales ciertamente habla más adelante en la Epístola? Concuerta con esta sentencia la del bienaventurado Juan, que dice: No os hemos escrito como ignorantes de la verdad, sino como conocedores de ella (I Juan II). Por eso los apóstoles escriben a los que conocen la verdad, y los recuerdan, para que observen lo que saben. De donde también Juan, hablando, añade poco después: Lo que habéis oído desde el principio, permanezca en vosotros (Ibid.).

Pero considero justo, mientras estoy en este tabernáculo, etc. Solemos usar un tabernáculo en el camino o en la guerra, y por eso los fieles correctamente testifican que, mientras están en el cuerpo, y peregrinan lejos del Señor, están en tabernáculos, en los cuales realizan el viaje de esta vida, y libran la batalla contra los adversarios de la verdad.

Sabiendo que pronto será la deposición de mi tabernáculo. Muy hermosamente el bienaventurado Pedro llama a su muerte no muerte, sino deposición de su tabernáculo, porque ciertamente para los siervos perfectos de Dios es así despojarse de las ataduras de la carne, como para los viajeros, al completar el viaje, ir a su propia casa para habitar, como para los que están en campaña, al haber derrotado o derribado al enemigo, regresar a la patria. Pues solo conocen como su propia casa, solo como su ciudadanía, solo como su patria, los cielos. De la cual también el apóstol Pablo: Sabemos, dice, que si nuestra casa terrenal de esta morada se deshace, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna en los cielos (II Cor. V).

Porque no seguimos fábulas artificiosas, etc. Aquí toca a los paganos y a los herejes, de los cuales los primeros no temieron llamar dioses a lo que les deleitaba; los segundos, habiendo recibido los misterios del verdadero Dios, de ahí en adelante no atendieron a las Escrituras divinas, sino que se esforzaron por transferirlas mal interpretándolas a su propio sentido erróneo.

Y esta voz la oímos traída del cielo, etc. Algunos niegan que esta Epístola haya sido escrita por el bienaventurado apóstol Pedro; quienes si atendieran con más cuidado este versículo, y lo que sigue: Cuando estábamos con él en el monte santo, no dudarían en absoluto sobre el

autor de esta Epístola. Pues es evidente, según la fe de los Evangelios, que el mencionado Pedro, junto con sus coapóstoles Santiago y Juan, escuchó esa voz cuando el Señor fue glorificado en el monte.

Y tenemos más firme la palabra profética. Aquella, a saber, en la que se dice de la persona del Mediador entre Dios y los hombres: El Señor me dijo: Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy (Sal. II). Pues si alguien (dice) pensara que no debe creerse a nuestro testimonio, que en secreto vimos la gloria divina de nuestro Redentor, que oímos la voz del Padre dirigida a él, ciertamente nadie podrá contradecir, nadie podrá dudar de la palabra profética, que ya hace tiempo está insertada en las Escrituras divinas y todos testifican que es verdadera.

A la cual hacéis bien en estar atentos, como a una lámpara que alumbra en lugar oscuro, etc. El orden del sentido es: A la cual hacéis bien en estar atentos como a una lámpara que alumbra en lugar oscuro. En la noche de este siglo, llena de tentaciones tenebrosas, donde difícilmente se encuentra alguien que no tropiece, ¿qué seríamos si no tuviéramos la lámpara de la palabra profética? Pero, ¿acaso será siempre necesaria la lámpara? No, ciertamente. Hasta que (dice) el día amanezca. Por la mañana estaré y contemplaré (Sal. V). A la lámpara nocturna por ahora pertenece que somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que seremos (I Juan III). Y en comparación con los impíos, somos día, dice Pablo: Fuisteis en otro tiempo tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor (Efes. V). Pero si nos comparamos con aquella vida en la que seremos, todavía somos noche, y necesitamos lámpara.

Y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones. ¿Quién es este lucero? Si dices el Señor, es poco. El lucero mismo es nuestro entendimiento claro. Él mismo surge en nuestros corazones, él mismo será iluminado, él mismo será manifestado. La dilección será como ahora deseamos, y porque no está, suspiramos, y como será, cada uno en cada uno verá, como ahora vemos nuestras caras mutuamente.

Entendiendo primero esto, que ninguna profecía de la Escritura, etc. Este versículo depende de lo que dijo antes: A la cual hacéis bien en estar atentos; pues quienes hacen bien en estar atentos a las palabras de los profetas, para que por ellas puedan tener la luz del conocimiento, deben entender primero esto, que ninguno de los santos profetas predicó al pueblo doctrinas de vida por su propia interpretación, sino que lo que aprendieron del Señor, esto recomendaban a sus oyentes que hicieran, y lo que en secreto percibieron de los arcanos celestiales, esto simplemente lo transmitían al pueblo de Dios ya sea hablando o escribiendo, y no como los adivinos de las naciones, que lo que ellos mismos inventaban de su corazón, esto lo presentaban a las multitudes de engañados como si fueran consultas de oráculos divinos. Así como los profetas no escribían sus propias palabras, sino las de Dios, así también el lector de ellos no puede usar su propia interpretación, para no desviarse del sentido de la verdad, sino que debe atender de todas maneras cómo quiso el que escribió que se entendieran sus palabras.

Porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, etc. Siempre pueden predecir lo que sucederá; pero el Espíritu mismo llenó sus corazones cuando quiso; así también no estaba en su poder enseñar lo que quisieran, sino que decían solo lo que, iluminados por el Espíritu, aprendieron. Decimos esto para que nadie se atreva a exponer las Escrituras a su antojo. Ridículamente alguien interpretó estas palabras del bienaventurado Pedro, diciendo que así como la flauta recibe el soplo del aire humano para resonar, pero no puede entender el sonido que produce porque es de naturaleza insensible; así los profetas inspirados por el Espíritu de Dios, pronunciaban lo que el mismo Espíritu quería, pero no retenían en su mente lo que

decían, según aquello de Virgilio: Da un sonido sin mente; lo cual claramente es de un error impudentísimo. ¿Cómo podrían dar tan sanos consejos de vida a los oyentes, si como los insensatos no supieran lo que decían? ¿Por qué se llaman videntes a los profetas? ¿Por qué está escrito: La palabra que vio Isaías (Isa. II), o cualquier profeta, sino porque en el secreto de las visiones celestiales conocían con el más lúcido entendimiento de la mente los arcanos, que luego comunicaban abiertamente a sus oyentes con las palabras que quisieran?

CAPÍTULO II.

Hubo también falsos profetas en el pueblo, etc. La palabra secta en latín, en griego se dice herejía, cuando alguien con obstinación necia de errores no cesa de seguir lo que una vez comenzó. ¿Quién no sabe que esto es propio de los herejes?

Y al que los compró, niegan al Señor, etc. De este comprador también Pablo dice: Porque habéis sido comprados por un gran precio, glorificad y llevad a Dios en vuestro cuerpo (I Cor. 6). Con razón se traen sobre sí una rápida perdición, quienes, negando a su Redentor, se niegan a glorificarlo confesándolo correctamente y llevándolo bien en su cuerpo: lo que hacen todos los herejes; pues también Arrio, que dice que nuestro Redentor es menor que el Padre en divinidad, y Fotino, que dice: «Cristo es hombre, no es Dios», y Maniqueo, que dice: «Cristo es solo Dios, no es verdadero hombre», y Ebión, que dice: «Cristo no existía antes de María, de ella tomó origen», y Apolinar, que dice: «Cristo es solo Dios y carne, nunca asumió un alma racional», y Pelagio, que dice: «Cristo no es el Redentor de los niños en el bautismo, porque concebidos sin iniquidades y nacidos de su madre sin delitos, no tienen absolutamente ningún pecado que deba serles perdonado, por lo tanto, Cristo no es el Salvador de todos los elegidos»; y otros herejes con ellos niegan al Señor que los compró con el precio de su sangre, porque no predicán a aquel tal como la verdad lo muestra, sino como ellos mismos lo imaginan. Y por eso, al quedar ajenos al Redentor, no hay nada más seguro que esperar el abismo de la perdición.

Y muchos seguirán sus lujurias, etc. El camino de la verdad será blasfemado por los herejes no solo en aquellos a quienes asocian sacándolos a su herejía, sino también en aquellos a quienes, por sus hechos y sacrificios impuros, o por los execrables misterios que realizan, incitan al odio del nombre cristiano, pensando los ignorantes que todos los cristianos están entregados a tales infamias. A estos dice la Escritura: Por vosotros mi nombre es blasfemado entre las naciones (Isaías LII).

Cuyo juicio desde hace tiempo no cesa. Como ya hace tiempo indica un tiempo pasado, pero no cesa es un verbo en tiempo presente, no parece que deba entenderse otra cosa, sino que ya hace tiempo comenzó el juicio de perdición de los impíos, que siempre los atormenta en el presente, y nunca cesará.

Porque si Dios no perdonó a los ángeles que pecaron. Muchos versículos aquí se cierran con un solo fin: El Señor sabe librar de la tentación a los piadosos. Porque si, dice, Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que los entregó al infierno, reservándolos para mayores tormentos en el día del juicio; si destruyendo el mundo original por los crímenes, salvó a Noé, el justo; si castigando las infamias de Sodoma, libró a Lot, el cultivador de la justicia, de los injustos; es cierto que el Señor sabe librar de la tentación a los piadosos, y reservar a los inicuos para ser castigados en el día del juicio. Y es de notar en lo que dice, que Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, porque esos ángeles malos no fueron creados malos por Dios, sino que se hicieron malos pecando.

Sino que los entregó, arrastrados con las cuerdas del infierno, al tártaro, etc. Este versículo en otra traducción se lee así: Sino que, arrojándolos a las cárceles de la oscuridad del infierno, los entregó para ser reservados al castigo en el juicio. Muestra, por tanto, que aún a los ángeles apóstatas les queda por recibir el castigo del juicio final, del cual el Señor dice: Id al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles (Mateo XXV), aunque ya han recibido penalmente este infierno, es decir, el aire inferior y oscuro, como una cárcel. Pues en cuanto a la sublimidad del cielo, ya el espacio de este aire puede llamarse infierno, así como en cuanto a la altitud de este mismo aire, la tierra que yace más abajo puede entenderse como infierno y profundo. Llama cuerdas del infierno a la misma jactancia de soberbia, con la que el espíritu de sus ángeles se hinchó contra el Creador. Las cuerdas son llamadas así los cabos con los que los marineros suspenden las velas, para que, al soplar el viento, dejen la tranquilidad del puerto y se confíen siempre a las olas inciertas del mar. A estas cuerdas se comparan convenientemente los esfuerzos de los espíritus inmundos, que tan pronto como, impulsados por el sople de la soberbia, se levantaron contra el Creador, fueron arrastrados a las profundidades del abismo por los mismos esfuerzos de su elevación. Algunos códices tienen: Sino que, arrastrados por los rugidos del infierno, los entregó al tártaro, lo que significa la voz de la elevación superior o el lamento en los tormentos. Pues los animales rugen cuando sufren hambre o cualquier otra cosa, no pudiendo soportar la magnitud de la elevación, si les ocurre alguna adversidad.

Y al mundo original no perdonó. Es el mismo mundo en el que ahora habita el género humano, que habitaron aquellos que fueron antes del diluvio. Pero sin embargo, correctamente se dice que aquel mundo original, como si fuera otro, porque como se contiene escrito en lo que sigue de esta Epístola, aquel mundo entonces pereció inundado por el agua, y los cielos que eran antes, es decir, todos los espacios de este aire turbulento fueron consumidos por la altitud de las aguas crecientes, y la tierra también fue transformada en otra apariencia por las aguas que la excedieron. Pues aunque se cree que algunos montes y valles fueron hechos desde el principio, no obstante, no tan grandes como ahora se ven en todo el universo. Lo que podría haberse negado, si no viéramos también ahora cada año el rostro de las tierras cambiado por la subversión de las aguas. Lo que se cree que tanto más ocurrió entonces, cuanto mayor y más duradero fue el ímpetu de las aguas que asediaban la tierra.

Pero guardó al octavo Noé, pregonero de justicia, etc. Es conocido por todos que Noé nació en la décima generación desde Adán, pero lo llama octavo, porque ocho personas sobrevivieron al diluvio, de las cuales él era una. Por eso hace mención del número ocho, para insinuar ocultamente que el tiempo del diluvio significa el juicio final, cuando, condenados todos los réprobos, todos los justos recibirán la gloria de la vida eterna. Pues seis son las edades del presente siglo, la séptima edad se lleva a cabo ahora en esa vida donde las almas de los santos disfrutan de un feliz sábado, es decir, de un descanso eterno, la octava vendrá en el tiempo de la resurrección de todos y del juicio universal. Y llama a Noé pregonero de justicia, porque haciendo obras de justicia, mostró a todos los que lo veían cómo debía vivirse ante el Señor. Pues no se le encuentra enseñando a nadie con palabras, ya que no se encuentra ni una sola palabra suya dirigida a Dios o al hombre, sino que, lo que es de gran virtud, en toda la construcción del arca, en la llegada del diluvio, en los comienzos de la era siguiente, obedeció a las órdenes celestiales con la boca en silencio, pero con la devoción del corazón prontísima.

Y las ciudades de Sodoma y Gomorra, etc. Porque afirma que las ciudades de los impíos fueron reducidas a cenizas, debe entenderse de dos maneras. Porque primero las redujo a cenizas por el incendio, junto con las tierras adyacentes, y cuando después cubrió los lugares

del incendio con las aguas del mar Muerto, quiso aún conservar la región circundante como muestra del antiguo castigo. Pues nacen manzanas hermosísimas, que generan en los que las ven el deseo de comerlas. Si las arrancas, se deshacen y se convierten en cenizas, y levantan humo, como si aún ardieran. De donde en el libro de la Sabiduría se dice: Esto libró al justo de los impíos que perecían, huyendo cuando descendía el fuego sobre Pentápolis. Cuyo testimonio de iniquidad es la tierra desierta que aún humea, y en cierto tiempo los árboles que tienen frutos (Sab. X). Se sobreentiende: Y ellos mismos permanecen desiertos y humeantes. Y esto es lo que aquí también se añade:

Poniendo ejemplo para los que han de actuar impíamente. Pues el fuego que castigó a los sodomitas una vez, muestra claramente que los impíos han de sufrir sin fin. Y que su tierra permanece humeante, que sus frutos hermosísimos tienen cenizas por dentro y hedor, claramente insinúa a todos los siglos que la delectación carnal, aunque a las mentes de los necios les sonría por el momento, no reserva para sí en lo invisible sino incendio, para que el humo de sus tormentos suba por los siglos de los siglos.

Y al justo Lot oprimido, etc. Ciertamente afligían al santo varón los hechos y palabras inicuos de sus vecinos; que viendo diariamente no podía corregir; pero sin embargo, él se comportaba tan circunspectamente, que ni por los flagicios que veía, ni por lo que oía, oscurecía en nada la mirada de su mente casta, sino que con intención incansable se dedicaba a los actos de su justicia comenzada. O ciertamente era justo en vista y oído, porque nada en él veían ni oían los presentes sino obras de justicia, nada divulgaba la fama de él entre los ausentes sino lo que pertenecía a la justicia, a ejemplo del bienaventurado Job, que dice: El oído que oía me llamaba bienaventurado, y el ojo que veía daba testimonio de mí (Job XXIX). Y es de notar que el bienaventurado Pedro en este lugar sigue el ejemplo del magisterio del Señor. Pues el mismo Señor, hablando en el Evangelio del día del juicio, recuerda la llegada repentina del diluvio o del fuego de Sodoma, donde los justos fueron liberados, pero los réprobos fueron atrapados en el lazo de la perdición inesperada. Pero también en otro lugar, cuando se preocupaba por contener los ánimos de los discípulos de la soberbia de la elevación, les propone el ejemplo de la caída angélica, diciendo: Veía a Satanás caer del cielo como un rayo (Lucas X).

El Señor sabe librar de la tentación a los piadosos, etc. Dice que los inicuos son reservados para ser castigados en el día del juicio, no porque incluso antes del día del juicio, liberados del cuerpo, sufran penas por sus méritos, sino porque tormentos más graves los esperan en el juicio, cuando también en el cuerpo recibido serán castigados, quienes ahora solo en el alma son atormentados. De donde también el Señor, reprochando a las ciudades que no quisieron recibir la palabra del Evangelio, concluyó así: Será más tolerable para la tierra de Sodoma en el día del juicio que para vosotros.

Pero más a aquellos que según la carne andan en concupiscencia de inmundicia. Dice fornicadores, que por la culpa de su corrupción sufrirán en el juicio tormentos mayores que los inicuos generales.

Y desprecian la dominación, audaces, complaciéndose a sí mismos. Dice soberbios y arrogantes, que también ellos sufrirán castigos más graves que los generales.

No temen introducir sectas, blasfemando. Dice herejes, que blasfemando la fe o la vida de los ortodoxos, introducen sectas de su nombre, es decir, herejías, que también ellos con los anteriores escuchan, porque a los más fuertes les espera un castigo más fuerte.

Donde los ángeles, aunque son mayores en fortaleza y poder, no llevan juicio execrable contra sí. Lo que dice: Donde, significa en lo que desprecian la dominación, en lo que son audaces, en lo que se complacen a sí mismos, en lo que hacen herejías, es decir, sectas, en lo que blasfeman. Pues haciendo estas cosas, los ángeles merecieron convertirse en demonios y pagar las penas de su soberbia. Pues su naturaleza espiritual no sufría ser contaminada por la obscenidad de la concupiscencia carnal. A menos que tal vez, cuando inducen a los hombres a esto, también se les signifique que serán juzgados por ello, como por las demás cosas malas que persuaden a los hombres a hacer.

Estos, como animales irracionales por naturaleza, etc. Así como a los animales irracionales les es natural caer frecuentemente en la captura y perdición por causa del alimento, ignorando, así los herejes, comparados con bestias insensatas, para satisfacer el apetito de su corrupción, blasfemando la doctrina sana e incorrupta de la Iglesia católica y su vida, con impía temeridad se tejen lazos de perdición eterna. De los cuales se dice que existieron herejes en los mismos tiempos de los apóstoles, los simonianos, menandrianos, basilidianos, nicolaítas, ebionitas, marcionitas, y cerdonianos, y muchos otros, como refiere la historia eclesiástica. De los cuales, habiendo dicho correctamente: Blasfemando en su corrupción perecerán, añadió:

Recibiendo el salario de la injusticia. Pues llama salario de la injusticia al castigo que las obras de injusticia merecen, especialmente en aquellos que, aunque ellos mismos sirven a la corrupción de la carne, no obstante blasfeman la conducta de aquellos que viven castamente, aunque ellos mismos están atrapados en errores insensatos, no cesan de denigrar a aquellos que tienen un juicio sano.

Considerando el placer de un día las delicias de la contaminación y la mancha. El placer se toma tanto en buen sentido como en mal sentido. En buen sentido, como se dice el paraíso de la voluptuosidad, y como se canta en el salmo: Y con el torrente de tu voluptuosidad los saciarás (Salmo XXXV). En mal sentido, como dice Salomón: Porque la juventud y la voluptuosidad son vanas (Eclesiastés XI). Pero también se toma de manera indiferente, según lo que decía Sara: Después que he envejecido y mi señor es viejo, ¿daré placer? (Génesis XVIII). Por tanto, el placer bueno se llama correctamente del día, en el que los santos se deleitan en el Señor. Pero el placer malo es de la noche, cuando los réprobos se deleitan perversamente en realizar las obras de las tinieblas. Bien dice, por tanto, de los injustos que consideran el placer del día, las delicias de la contaminación y la mancha, porque muchos son tan perezosos, perversos e impúdicos, que aunque se dedican a las delicias más impuras y execrables, sin embargo, ellos mismos las juzgan óptimas y casi luminosas. Algunos unen la primera palabra de este versículo al versículo anterior, leyendo así: Recibiendo el salario de la injusticia, el placer, y lo explican según lo que dice el apóstol Pablo: Dios los entregó a los deseos de su corazón en inmundicia, para que deshonren sus cuerpos entre sí (Romanos I). Y poco después: Haciendo cosas vergonzosas, recibiendo en sí mismos la recompensa que conviene a su error. Y como no quisieron tener a Dios en su conocimiento, Dios los entregó a una mente reprobada, para hacer lo que no conviene (Ibid.). Pero nosotros hemos considerado que debe seguirse la distinción que encontramos en las obras del papa San Gregorio.

Atrayendo a las almas inestables. Se suelen llamar seductoras a las meretrices, tomando el término de la contaminación, o de la hermosura de su piel con la que atraen a los incautos. Por tanto, atraen a las almas inestables, quienes enseñándoles mal, las someten a las sectas erróneas de varios dogmas, como a los lujos de los que las violan.

Siguiendo el camino de Balaam de Bosor, etc. A menudo los herejes proponen dogmas tan estúpidos, sacramentos tan execrables, que incluso los de mente obtusa, y los paganos, y quienes carecen totalmente de la razón del conocimiento divino, detestan su locura, y sus caminos torcidos y contrarios a Dios los reprenden con juicio más sano. Y lo que es peor, porque es más frecuente, no pocas veces muchos católicos aman tanto el salario de la iniquidad, que incluso los doctos son lacerados con razón por los indoctos, por los laicos los clérigos: quienes justamente se comparan al profeta, que es reprendido por las palabras de una asna que habla contra la naturaleza, y sin embargo no se detiene en su propósito de camino perverso. A quienes también les conviene perfectamente el nombre de la ciudad de la que se dice que Balaam vino; Bosor significa carnal, o en tribulación. Ni otra causa existe más para que los lujuriosos adulteren la palabra de la verdad por amor al dinero o deseos temporales, que porque se han entregado a las concupiscencias de la carne, indignos ciertamente de la alabanza apostólica, con la que glorificando a los verdaderos fieles dice: Pero vosotros, hermanos, no estáis en la carne, sino en el espíritu (I Tesalonicenses V). De donde también están puestos en tribulación, no ciertamente en aquella que sufren por el Señor, sino más bien en aquella en la que oprimen las almas de los débiles con los ejemplos de sus obras perversas, para que no puedan levantarse o arrepentirse para la salvación. Pero también el nombre de Balaam, que significa pueblo vano o precipitante, les conviene a tales. Pues quienes voluntariamente abandonan el camino de la verdad conocida, ¿qué son sino un pueblo vano? ¿qué sino que envían a sus oyentes al precipicio, a quienes no predicán cosas saludables que los corrijan, sino cosas erróneas que los deleiten? De los cuales bien se añade:

Estos son fuentes sin agua, etc. San Jerónimo, poniendo estos versículos en el libro contra Joviniano, los explica así: «¿No te parece que el apóstol ha pintado una nueva facción de ignorancia?» Pues abren como fuentes la ciencia, porque prometen la lluvia de doctrinas que no tienen, como nubes de profecía a las que llega la verdad de Dios, y son agitadas por los torbellinos de los demonios y de los vicios. Hablan cosas grandiosas, y todo su discurso es soberbia. Pero todo el que exalta su corazón es inmundo, para que quienes han huido un poco de los pecados, vuelvan a su error, y se esfuercen en las delicias de los alimentos y de la carne. Pues ¿quién no escucha con gusto: Comamos y bebamos, y reinaremos eternamente (Sabiduría II; Isaías XXII; I Corintios XV)? Lllaman sabios y prudentes a los malos, a quienes son dulces en el discurso.

Porque les ha sucedido lo del verdadero proverbio: El perro vuelve a su vómito, etc. Dice que este es un verdadero proverbio, porque toma el testimonio de los Proverbios de Salomón, que allí se pone con exposición: Como el perro que vuelve a su vómito, así el necio que repite su necesidad (Proverbios XXVI). Y añadió de su parte: Y la cerda lavada en el lodo. Pues el perro cuando vomita, ciertamente expulsa el alimento que le pesaba en el pecho. Pero cuando vuelve al vómito, de lo que había sido aliviado, de eso nuevamente se carga. Y quienes lloran sus pecados, ciertamente confiesan la maldad de la que estaban saciados y que oprimía lo más íntimo de su mente; la cual, después de la confesión, al repetirla, la retoman. Pero la cerda en el lodo, al lavarse, se vuelve más sucia. Y quien llora su pecado, pero no lo abandona, se somete a un castigo más grave, porque desprecia incluso el perdón que pudo obtener llorando, y como si se revolcara en agua lodosa, porque al sustraer la limpieza de la vida con sus lágrimas, ante los ojos de Dios hace que incluso esas lágrimas sean sucias.

CAPÍTULO III.

He aquí que os escribo, amados, esta segunda Epístola, en las cuales, etc. En las cuales, dice en las Epístolas, o en aquellos a quienes escribe las epístolas.

Vendrán en los últimos días, en el engaño, burladores. Burlándose, evidentemente, de la fe y la esperanza de los cristianos, que se prometen a sí mismos en vano el tiempo de la resurrección futura.

Andando según sus propias concupiscencias, etc. El apóstol Pablo escribiendo a los Tesalonicenses, dice: Os ruego, por la venida de nuestro Señor Jesucristo, y nuestra reunión con él, que no os mováis fácilmente de vuestro sentido, ni os aterroricéis, ni por espíritu, ni por palabra, ni por carta como si fuera enviada por nosotros, como si el día del Señor estuviera cerca (II Tesalonicenses II). Reprende, por tanto, el bienaventurado Pedro, y llama burladores a aquellos que afirman que la venida del Señor y las promesas tardan; Pablo reprende a aquellos que afirman que el día del Señor está cerca. De donde consta que todos los que aman su venida deben moderar su mente en esta opinión, para que no pensemos que el día del Señor está cercano y vendrá pronto, ni tampoco que tardará en venir, sino que solo procuremos diligentemente que, ya sea que venga pronto o tarde, nos pueda encontrar preparados cuando venga.

Porque ignoran voluntariamente esto, que los cielos existieron desde antiguo y la tierra, formada del agua, etc. La tierra se sostiene del agua, cuando en el principio de las criaturas Dios dijo: "Reúnanse las aguas en un solo lugar, y aparezca lo seco"; y así fue hecho (Gén. I). La misma se sostiene por el agua mediante la palabra de Dios, porque por disposición divina está llena internamente de corrientes de agua, así como vemos que el cuerpo de los seres vivos está lleno de venas de sangre, para que no se agote por la sequedad si cesara la irrigación de las aguas. De hecho, vemos que en el calor del verano las tierras se marchitan al perder la humedad, y pronto se convierten en polvo que el viento dispersa. Otra edición dice: "Los cielos fueron en otro tiempo formados del agua y por el agua". Se refiere al aire húmedo y turbio. La Escritura suele llamar a esto cielo, y a veces cielos. De ahí que esté escrito: "El milano en el cielo conoció su tiempo" (Jerem. VIII).

Por lo cual aquel mundo entonces pereció inundado por agua. Por lo cual entonces, dice, por los cielos y la tierra que había mencionado antes. Porque al perderse estas cosas, el mundo que en ellas consistía pereció. Pues las partes superiores del mundo no fueron tocadas por el diluvio. Así que la tierra pereció, porque sumergida y cubierta por las aguas no solo perdió durante tanto tiempo su estado natural de fructificación, sino que también, como hemos enseñado antes, recibió en muchos lugares un aspecto diferente del que había tenido al principio. También perecieron los cielos según la cantidad y el espacio de este aire. "Porque el agua creció", como dice San Agustín, "y ocupó toda esta capacidad donde vuelan las aves". Y así ciertamente los cielos cercanos a la tierra perecieron, según se dice de las aves del cielo. Pero (dice) hay cielos superiores en el firmamento, pero si también estos perecerán por el fuego, o solo aquellos que perecieron en el diluvio, es una cuestión algo más delicada entre los doctos.

Pero los cielos que ahora son y la tierra, etc. Queda claro entonces el sentido del bienaventurado Pedro, porque afirma que aquella tierra y aquellos cielos que perecieron en el diluvio, y que después del diluvio fueron restaurados, serán destruidos por el fuego final.

Pero no ignore esto, queridos, que un día para el Señor, etc. Algunos piensan que esta sentencia debe entenderse como si el día del juicio tuviera la misma longitud que el espacio de mil años, sin considerar que no dice simplemente "será un día como mil años", sino: "Un día", dice, "para el Señor es como mil años". Porque ciertamente en el conocimiento de la virtud divina, lo pasado, lo futuro y lo presente son igualmente constantes. Y lo que nos

parece largo y lo que nos parece breve en los cursos del tiempo, son ciertamente de igual espacio para el Creador del tiempo, según aquello del salmista: "Porque mil años ante tus ojos son como el día de ayer que pasó, y como una vigilia en la noche" (Sal. LXXXIX), que se consideran como nada, sus años serán. Pues como está claro que el salmista iguala mil años no al día futuro del juicio, sino al día de ayer que pasó, ante los ojos del Creador, más bien asimila todos nuestros años, es decir, todo el tiempo de este siglo, a una vigilia de una noche, que es la cuarta parte de la noche, así el bienaventurado Pedro equipara como si cada día del siglo presente fuera mil años y mil años cada día para el Señor, es decir, afirma que son de la misma medida. Porque ciertamente él ve todas las cosas, tanto pequeñas como grandes, por igual. Y ciertamente Pedro, si quisiera que esto se entendiera solo del día del juicio, que realmente fuera de tal longitud como son mil de nuestros años, podría sin duda indicar su sentencia más claramente, y no habría necesidad de añadir "para el Señor", porque ese último día, si fuera de tal longitud, también aparecería a todos los hombres cuando llegara. Pero el Apóstol menciona esto para convencer a aquellos que había mencionado antes diciendo: "¿Dónde está la promesa de su venida?", mostrando que el Señor no ha olvidado su promesa o su venida, para juzgar a los vivos y a los muertos. Pero como abarca cada día de nuestro siglo con su eterna memoria, como el circuito de mil años, así contempla mil años como el espacio de un día sin esfuerzo, es claramente entendible que también conoce con certeza el fin de todos esos días y años, y sin ninguna duda también ha previsto cuándo se revelará la claridad de su venida, cuándo se entregarán las recompensas prometidas a los santos. Por lo cual correctamente se añade:

El Señor no tarda su promesa, etc. Quien conoce todos los tiempos, los últimos y los antiguos, no tarda su promesa, sino que ciertamente la muestra en el tiempo que predestinó antes de todos los tiempos futuros. Por eso aún la difiere, para que primero se complete el número de los elegidos, que con el Padre decretó antes de los siglos. Por lo cual en el Apocalipsis las almas de los mártires que anhelaban que llegara el día del juicio y de su resurrección, oyeron que debían descansar aún un poco de tiempo, hasta que se completara el número de sus consiervos y hermanos. Pero aquellos que entienden la mencionada sentencia del bienaventurado Pedro como si dijera que el día del juicio será de tal longitud como mil años, lo refieren a la causa de que es necesario que aquellos que salen del cuerpo con algunos pecados, y sin embargo están predestinados a la suerte de los elegidos, sean purgados por el fuego durante tanto tiempo, y así finalmente, con todos sus pecados perdonados, lleguen a la vida. Pero estos no ven cuánta impudencia es creer que tan gran multitud de perfectos y justos, habiendo recibido en un abrir y cerrar de ojos cuerpos bienaventurados e inmortales, deba esperar el fin del juicio en el aire o en la tierra durante mil años, y entonces finalmente, con los compañeros completamente preparados, oír la tan deseada sentencia: "Venid, benditos de mi Padre, recibid el reino" (Mat. XXV).

Vendrá, sin embargo, el día del Señor como ladrón, etc. Sin duda se refiere a aquellos cielos que pasaron en el diluvio, es decir, este aire cercano a la tierra, que será destruido por el fuego, ocupando tanto espacio (como se cree correctamente) como el que ocupaba el agua del diluvio. De lo contrario, si alguien afirma que los cielos superiores, donde están colocados el sol, la luna y las estrellas, pasarán, ¿cómo quiere entender aquella sentencia del Señor donde se dice: "Entonces el sol se oscurecerá, y la luna no dará su luz, y las estrellas caerán del cielo" (Mat. XXIV)? Porque si el lugar de los astros pasara, es decir, el cielo, ¿cómo puede decirse en el mismo día del Señor que las estrellas se oscurecerán o caerán, y que el lugar de las mismas estrellas, donde están fijadas, ha pasado consumido por el fuego?

Los elementos, sin embargo, se disolverán con el calor. Hay cuatro elementos con los que este mundo consiste: fuego, aire, agua y tierra, que todos serán consumidos por ese gran

fuego. Sin embargo, no consumirá todo hasta el punto de que no existan en absoluto, sino que consumirá dos hasta tal punto, y restaurará dos a un mejor aspecto. Por lo cual se dice en lo siguiente:

Nuevos cielos y nueva tierra. No dijo otros cielos y otra tierra, sino que los antiguos y viejos serán transformados a mejor, según lo que dice David: "En el principio tú fundaste la tierra, Señor, y los cielos son obra de tus manos. Ellos perecerán, pero tú permaneces, y todos ellos como una vestidura se envejecerán, y como un manto los cambiarás, y serán cambiados" (Sal. CI). Por lo tanto, lo que perecerá, envejecerá y será cambiado, está claro con certeza que, consumido por el fuego, pronto, al retirarse el fuego, retomarará una apariencia más grata. Porque ha pasado la figura de este mundo, no la sustancia, así como tampoco perece la sustancia de nuestra carne, sino que la figura será cambiada, cuando lo que se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual (I Cor. XV). Sin embargo, no leemos nada similar sobre el fuego y el agua, sino que más bien tenemos en el Apocalipsis: "Y el mar ya no existe" (Apoc. XXI). Tenemos en los profetas: "Y la luz de la lámpara no brillará más para ti" (Apoc. XVIII).

Y esperamos sus promesas, en las cuales habita la justicia. La justicia habita en el siglo futuro, porque entonces a cada uno de los fieles se le dará la corona de justicia según la medida de su lucha, lo cual en esta vida no puede suceder, según aquello de Salomón: "Vi bajo el sol en el lugar del juicio impiedad, y en el lugar de la justicia iniquidad. Y dije en mi corazón: Dios juzgará al justo y al impío, y habrá tiempo para toda cosa entonces" (Ecle. III). Y de nuevo: "Vi", dice, "las opresiones que se hacen bajo el sol, y las lágrimas de los inocentes, y no había consolador, ni podían resistir a la violencia de ellos, desprovistos de toda ayuda, y alabé más a los muertos que a los vivos" (Ecles. IV). Por eso alabó más a los muertos inocentes que a los vivos, porque aquellos aún están en la lucha, pero estos han sido ya recompensados con la bienaventuranza eterna. Por eso se quejaba de haber visto opresiones bajo el sol, porque sabía que sobre el sol hay un Juez justo, "que habita en las alturas, y mira lo humilde" (Sal. CXII), sobre el sol hay mansiones en las que los justos recibirán las recompensas debidas a su justicia. Esto que dice: "En las cuales habita la justicia", también puede entenderse según aquello del salmista: "Esta es la puerta del Señor, los justos entrarán por ella" (Sal. CXVII). Y en el Apocalipsis, sobre la ciudad celestial, Juan dice: "Y no entrará en ella nada impuro, ni quien hace abominación y mentira, sino solo aquellos que están escritos en el libro de la vida del Cordero" (Apoc. XXI).

Por lo cual, queridos, esperando estas cosas, procurad ser hallados sin mancha, etc. Estas son las vigiliyas santas, de las cuales el Señor dice: "Bienaventurados aquellos siervos a quienes el señor, cuando venga, encuentre vigilantes" (Luc. XII). Vigila, pues, quien se guarda inmune de las manchas de los vicios, quien, en cuanto depende de él, tiene paz con todos los hombres, quien, usando en sí mismo la paz más feliz, somete todas las tentaciones de la carne al gobierno del espíritu. Y bien al decir: "Procurad ser hallados sin mancha e inviolados", añadió "ante él", es decir, ante el Señor, porque solo aquel es perfectamente limpio, quien es limpio a juicio divino. Por eso se dice en alabanza de los buenos cónyuges: "Eran justos ambos ante Dios" (Luc. I). Bien "ante Dios", porque los juicios humanos a menudo fallan.

Y considerad la longanimidad de nuestro Señor como salvación. No penséis que el Señor tarda su promesa, sino entended que por eso espera con longanimidad, para que más se salven.

Como también nuestro querido hermano Pablo, según la sabiduría que le fue dada, os escribió. Recuerda que Pablo les escribió, porque aunque Pablo escribió a algunas Iglesias en

particular, se prueba que escribió a todas las Iglesias en general, que están por todo el mundo, y que forman una sola Iglesia católica. Y es de notar que aquí Pedro alaba la sabiduría de Pablo, pero Pablo dice de sí mismo: "Porque yo soy el menor de los apóstoles, que no soy digno de ser llamado apóstol, porque perseguí a la Iglesia de Dios" (I Cor. XV). He aquí que Pablo, recordando su antigua infidelidad, se humilla, y prefiere la inocencia de los otros apóstoles. He aquí que el primer apóstol, como olvidando su primacía, y las llaves del reino que le fueron dadas, admira la sabiduría dada a Pablo. Porque ciertamente es costumbre de los elegidos admirar más las virtudes de los demás que las propias, para que se exciten al progreso por ellas. También es de notar que Pablo en sus Epístolas dice: "Pero cuando Cefas vino a Antioquía, le resistí en la cara, porque era de condenar" (Gál. II). Pablo, pues, reprende a Pedro en sus Epístolas, y sin embargo, el mismo Pedro, al releer esas epístolas, las juzga dignas de alabanza. Porque ciertamente lo mismo que encuentra que fue justamente reprendido en ellas, no lo toma como una injuria con desdén, sino que lo acepta con gratitud como un acto de devoción. Solo aquellos que han aprendido del Señor a ser mansos y humildes de corazón, que saben adelantarse en honor unos a otros, saben ser así entre sí, no cualquier mortal.

En las cuales hay algunas cosas difíciles de entender, etc. Todos los herejes pervierten las Escrituras. No hay libro del Nuevo o del Antiguo Testamento en el que no hayan entendido muchas cosas de manera perversa. Pero también a menudo pervirtieron las mismas Escrituras de su estado, ya sea eliminando, añadiendo o cambiando lo que su perfidia dictaba. Como se sabe que los arrianos borraron del Evangelio lo que el Salvador dijo: "Porque Dios es espíritu" (II Cor. III), porque no querían creer que el Espíritu Santo era Dios omnipotente. A quienes correctamente llama indoctos e inestables, porque no tienen ni la luz del conocimiento, ni la estabilidad de mente para permanecer entre los doctos hasta que sean instruidos. Pues el único remedio para los indoctos es, con humilde estabilidad, prestar oído a las palabras de los doctores. Esta gracia de estabilidad, porque los herejes no la tienen, por el viento de la soberbia como paja ligera, también son llevados fuera de la Iglesia. De los cuales bien se añade:

Para su propia perdición. Porque quienes intentan pervertir las santas Escrituras, quienes intentan turbar y pervertir la fe católica, no hacen otra cosa que condenarse a sí mismos. Pero la Iglesia de Cristo, disipadas las tinieblas de los errores, disfruta de su verdadera luz. Por lo cual bien al final del Apocalipsis, que es la clausura y como el sello de toda la Escritura divina, se dice: "Si alguno añade a estas cosas, Dios añadirá sobre él las plagas escritas en este libro; y si alguno quita de las palabras del libro de esta profecía, Dios quitará su parte del libro de la vida y de la ciudad santa, y de las cosas que están escritas en este libro" (Apoc. XXII). Las cosas difíciles de entender en las Epístolas de Pablo, que dice que los indoctos e inestables han pervertido, son principalmente aquellas en las que habla de la gracia de Dios, "que justifica a los impíos" (Rom. IV), es decir, que de impíos hace justos. Pues él mismo dice: "Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia" (Rom. V). Lo cual, no entendiendo, pensaban que él decía: "Hagamos males para que vengan bienes" (Rom. III). Pero lejos esté que Pablo enseñe a sus oyentes a hacer males para obtener bienes, cuya intención es siempre apartar de los males y llamar a cuantos pueda a hacer el bien. Pero cuando dice, "Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia" (Rom. V), encomia vehementemente el don de la gracia, que suele perdonar grandes y menores pecados a los convertidos. Y cuanto mayores pecados cometió alguien antes de su conversión, tanto mayor indulgencia de la gracia donante recibió convertido. Habla, pues, el Apóstol de los pecados que ya hemos cometido, para que nadie perezca por desesperación de perdón por la magnitud de sus crímenes; no, sin

embargo, como interpretaban los enemigos, aconsejaba cometer más pecados para recibir mayores bienes. Por lo cual bienaventurado Pedro correctamente amonestando añade:

Vosotros, pues, hermanos, sabiendo esto de antemano, guardaos, etc. Sabiendo de antemano que los insensatos introducirán diversos errores, algunos negando el juicio futuro, algunos falsificando las palabras divinas, algunos interpretando mal, algunos relajando las riendas de la lujuria, otros engañando los corazones de los miserables con diversas y diversas artimañas de engaño, guardaos, para que no caigáis de la firmeza de vuestra fe por alguna astucia de los seductores.

Creced, sin embargo, en la gracia, etc. Según aquello del salmista: "Caminarán de virtud en virtud, se verá al Dios de dioses en Sion" (Sal. LXXXIII).

A él sea la gloria ahora y en el día de la eternidad. Gloria siempre al Salvador Dios y nuestro Señor, tanto ahora cuando entre las presiones cotidianas de las adversidades aún en la carne estamos alejados de él, y especialmente entonces cuando, viniendo el tan deseado por todas las naciones, se digne iluminarnos con la presencia de su visión. Por lo cual, mientras tanto suspiramos, con razón cantamos diligentemente: "Porque mejor es un día en tus atrios que mil" (Sal. LXXXIII).

EN LA PRIMERA EPÍSTOLA DE SAN JUAN.

CAPÍTULO PRIMERO.

Lo que era desde el principio, etc. Esta Epístola el bienaventurado Apóstol Juan la escribió sobre la perfección de la fe y la caridad, alabando la devoción de aquellos que perseveraban en la unidad de la Iglesia; pero reprendiendo la impiedad de aquellos que perturbaban la paz de la Iglesia con su insensato dogma, especialmente de Cerinto y Marción, quienes sostenían que Cristo no existía antes de María. Por causa de ellos también escribió su Evangelio, afirmando allí tanto con sus propias palabras como con las del mismo Señor que el Hijo es consustancial al Padre, aquí, sin embargo, exponiendo con sus propias palabras lo que aprendió del Señor, y refutando la necedad de los herejes con autoridad apostólica. Por lo cual, al inicio de la Epístola, designa tanto la divinidad como la verdadera humanidad del mismo Dios y Señor nuestro Jesucristo diciendo: "Lo que era desde el principio, lo que hemos oído". Pues el Hijo de Dios era desde el principio, pero al mismo Hijo de Dios apareciendo en el hombre lo oyeron, y lo vieron con sus ojos los discípulos, lo cual él mismo explicó más ampliamente en el Evangelio. Porque lo que aquí dice: "Lo que era desde el principio", es lo que en el Evangelio dice: "En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Este estaba en el principio con Dios" (Juan I). Y lo que aquí añade: "Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos", es lo que allí añade más ampliamente: "Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros, y vimos su gloria, gloria como del Unigénito del Padre" (Juan I). Y para que no pareciera que decía poco al decir: "Lo que hemos visto con nuestros ojos", añadió:

Lo que hemos visto y nuestras manos han tocado del Verbo de vida. No solo con los ojos corporales, como los demás vieron al Señor, sino que también percibieron, con ojos espirituales, su divina virtud. Especialmente aquellos que lo vieron glorificado en el monte, entre los cuales estaba Juan mismo. Y cuando dice: "Y nuestras manos han tocado del Verbo de vida", refuta la locura de los maniqueos, quienes niegan que el Señor asumió carne verdadera; los apóstoles no podían dudar de su veracidad, ya que la probaron no solo viendo,

sino también tocando; especialmente Juan, quien solía recostarse en su seno durante la cena, tocando sus miembros con mayor libertad cuanto más cerca estaba. Y también después de su resurrección de entre los muertos, sus manos tocaron del Verbo de vida, cuando sin duda reconocieron que había asumido carne verdadera, aunque ya incorruptible, escuchando de él mismo: "Palpad y ved, porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo" (Lucas 24). Bien se dice: "Y nuestras manos han tocado del Verbo de vida", porque al probar la verdad de su carne resucitada de entre los muertos también tocando con las manos, más ciertamente reconocieron que él era el Verbo de vida, es decir, el verdadero Dios. De ahí que Tomás, quien fue especialmente invitado a palparlo, tan pronto como tocó la carne, confesó a Dios, diciendo: "Señor mío y Dios mío" (Juan 20).

Y la vida se manifestó, etc. Habla de aquella vida que en el Evangelio dice: "Yo soy la resurrección y la vida" (Juan 11); que se manifestó en los milagros divinos declarados en la carne, y los discípulos presentes vieron lo que testificarían con verdad indudable a los posteriores, cuando haciendo señales, como escribe el mismo Juan, "manifestó su gloria, y sus discípulos creyeron en él" (Juan 2). Y porque el apóstol Juan testifica que vio la vida manifestada con sus coapóstoles, Apeles el hereje, junto con sus seguidores, queda confundido, quien sostiene que esa misma vida, es decir, el Señor Salvador, no apareció al mundo como Dios en verdad, sino como hombre en fantasía.

Y os anunciamos la vida eterna, etc. Estaba con el Padre en la divinidad eterna, apareció en el tiempo al mundo en humanidad.

Lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos, etc. San Juan muestra claramente que cualquiera que desee tener comunión con Dios, primero debe unirse a la comunión de la Iglesia, aprender esa fe y ser imbuido de sus sacramentos, que los discípulos recibieron de la misma verdad que vivía en la carne. No pertenecen menos a Dios aquellos que creen por la doctrina de los apóstoles, que aquellos que creían por el mismo Señor predicando en el mundo, salvo en cuanto la calidad de las obras de fe los distingue. De ahí que también sobre esta comunión de los santos que tienen en el Padre y el Hijo, el mismo Hijo suplicando al Padre dice: "Padre santo, guarda en tu nombre a los que me has dado, para que sean uno como nosotros" (Juan 17). Y poco después: "No ruego solo por estos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno, como tú, Padre, en mí, y yo en ti, para que también ellos sean uno en nosotros" (Juan 17).

Y os escribimos esto para que vuestro gozo sea completo. El gozo de los doctores se completa cuando, predicando, conducen a muchos a la comunión de la santa Iglesia, y a la comunión de aquel por quien la Iglesia se fortalece y crece, la comunión de Dios Padre y de su Hijo Jesucristo. De ahí que también Pablo dice a aquellos que instruía en la fe: "Completad mi gozo, teniendo el mismo sentir, teniendo la misma caridad, unánimes, sintiendo lo mismo" (Filipenses 2).

Y este es el mensaje que hemos oído de él, etc. Con esta sentencia, san Juan muestra la excelencia de la pureza divina, que también se nos manda imitar, diciendo él mismo: "Sed santos, porque yo soy santo, el Señor vuestro Dios" (Levítico 19); y refuta la insana doctrina de los maniqueos, quienes decían que la naturaleza de Dios había sido vencida en guerra por el príncipe de las tinieblas y estaba corrompida.

Si decimos que tenemos comunión con él, etc. Nombra las tinieblas, los pecados, las herejías y los odios. Por tanto, la sola confesión de fe no es suficiente para la salvación, si le falta el testimonio de las buenas obras. Pero tampoco la rectitud de las obras sin la simplicidad de la

fe y el amor es útil. Porque cualquiera que esté en parte alguna rodeado de tinieblas, no puede tener comunión con aquel en quien no hay iniquidad. ¿Qué comunión tiene la luz con las tinieblas? (2 Corintios 6).

Pero si caminamos en la luz, etc. Se debe notar la distinción de las palabras, porque dice que Dios está en la luz, y que nosotros debemos caminar en la luz. Los justos caminan en la luz cuando, sirviendo con obras de virtud, progresan hacia lo mejor. Pero la santidad divina, a la que se dice: "Tú eres el mismo" (Salmo 102), se recuerda correctamente como estando en la luz, porque siendo siempre plena bondad, no encuentra dónde pueda progresar. Se dice a los fieles: "Andad como hijos de luz" (Efesios 5). Porque el fruto de la luz está en toda bondad, justicia y verdad. Dios, sin ningún progreso, siempre existe como bueno, justo y verdadero. Si, por tanto, caminamos en la luz, como él está en la luz, tenemos comunión unos con otros. Porque evidentemente da un indicio manifiesto de que progresamos caminando en el camino de la luz, si nos alegramos con el vínculo de la comunión fraterna, con la cual llegamos juntos a la verdadera luz. Pero incluso si se nos comprueba que hacemos obras de luz, si se nos ve mantener inviolados los derechos del amor mutuo, no debemos pensar que por nuestro progreso o industria podemos ser limpiados completamente de los pecados. Porque sigue:

Y la sangre de Jesucristo, su Hijo, nos limpia de todo pecado. El sacramento de la pasión del Señor nos perdonó todos los pecados pasados en el bautismo, y lo que cometimos por fragilidad diaria después del bautismo, la gracia de nuestro Redentor nos lo perdona. Especialmente cuando entre las obras de luz que hacemos, humildemente confesamos a él nuestros errores cada día, cuando recibimos los sacramentos de su sangre, cuando perdonando a nuestros deudores, pedimos que se nos perdonen nuestras deudas, cuando recordando su pasión, soportamos con gusto todas las adversidades. Admirablemente, cuando hablaba del Señor, dijo: "Y la sangre de Jesús, su Hijo"; el Hijo de Dios en la naturaleza de la divinidad no podía tener sangre; pero porque el mismo Hijo de Dios también se hizo Hijo del hombre, correctamente, por la unidad de su persona, llama a la sangre del Hijo de Dios, para demostrar que asumió un cuerpo verdadero, que derramó sangre verdadera por nosotros; y refuta a los herejes, quienes niegan que el Hijo de Dios asumió carne verdadera, o que el Señor Jesús sufrió verdaderamente en la carne que asumió. Similar a esto es lo que Pablo dice: "El Espíritu Santo os ha puesto como obispos para pastorear la Iglesia de Dios, que él adquirió con su propia sangre" (Hechos 20).

Si decimos que no tenemos pecado, etc. Esta sentencia es válida contra la herejía de Pelagio, quien decía que todos los niños nacen sin pecado, y que los elegidos pueden progresar tanto en esta vida que existan sin pecado. Porque aunque el profeta dice: "He aquí, en iniquidades fui concebido, y en pecados me concibió mi madre" (Salmo 50), no podemos estar sin culpa en el mundo, quienes venimos al mundo con culpa. Pero la sangre de Jesucristo, el Hijo de Dios, nos limpia de todo pecado, para que nuestras deudas no nos retengan bajo el dominio de nuestro enemigo, porque por nosotros el Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, pagó gratuitamente lo que no debía. Porque quien por nosotros pagó la muerte de la carne que no debía, nos liberó de la muerte debida del alma.

Si confesamos nuestros pecados, él es fiel, etc. Porque no podemos estar sin pecado en esta vida, la primera esperanza de salvación es la confesión, y nadie debe considerarse justo y levantar el cuello ante los ojos de Dios. Luego el amor, porque la caridad cubre multitud de pecados (1 Pedro 4), que por eso en lo siguiente de esta Epístola nos recomienda con múltiples alabanzas. Hermosamente insinúa ambos juntos, que debemos rogar por nuestros pecados, y que obtenemos la indulgencia de Dios cuando rogamos. Por eso lo llama fiel para perdonar los pecados, guardando la fidelidad de su promesa, porque quien nos enseñó a orar

por nuestros pecados y deudas, prometió la misericordia paterna y el perdón que seguirá. También lo afirma justo, porque justamente perdona la verdadera confesión. Para que nos perdone, dice, nuestros pecados, y nos limpie de toda iniquidad. Perdona en esta vida a los elegidos los pecados cotidianos y leves, sin los cuales no pueden vivir en la tierra, limpia después de la disolución de la carne de toda iniquidad, introduciéndolos en esa vida en la que ni quieren pecar más, ni pueden. Perdona ahora las mayores tentaciones a los que oran, para que no sean vencidos; perdona las menores, para que no sean dañados: limpia entonces de todas, para que ninguna iniquidad esté presente en absoluto a los bienaventurados en el reino perpetuo.

Si decimos que no hemos pecado, etc. Porque él mismo, por medio de un hombre lleno de su Espíritu, decía: "No hay justo en la tierra que haga el bien y no peque" (Eclesiastés 7). Pero también por sí mismo nos enseñó que no podemos estar libres de delitos, a quienes así nos mandó orar: "Perdona nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores" (Mateo 6). Por tanto, nadie, enseñado por Pelagio, crea que puede vivir libre de pecados y deudas, cuando ve que los apóstoles, enseñados por el Señor, oran por sus delitos. Pero también está escrito en otro lugar: "Siete veces al día cae el justo, y se levanta" (Proverbios 24). Porque es imposible que cualquiera de los santos no caiga alguna vez en pecados mínimos, que se cometen por palabra, por pensamiento, por ignorancia, por olvido, por necesidad, por voluntad, por sorpresa, y sin embargo no dejan de ser justos, porque rápidamente se levantan del pecado, con la ayuda del Señor.

CAPÍTULO II.

Hijitos míos, os escribo esto para que no pequéis. No es contrario a sí mismo, quien antes decía que no podemos vivir sin pecado, y ahora dice que escribe para que no pequéis. Pero allí nos advirtió necesaria, providente y saludablemente de nuestra fragilidad, para que nadie se complazca en sí mismo como inocente, y se pierda más al exaltarse por sus méritos; aquí, consecuentemente, nos exhorta a que, si no podemos estar libres de toda culpa, al menos nos esforcemos tanto como podamos para no vivir negligentemente en la fragilidad de nuestra condición, sino que luchemos vigorosa y vigilante contra todos los vicios, especialmente los mayores y más evidentes, que, con la ayuda del Señor, podemos superar o evitar más fácilmente, para que, según lo que dice Pablo: "No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana" (1 Corintios 10), es decir, solo aquella que la debilidad humana no puede evitar completamente.

Pero si alguno peca, tenemos un abogado, etc. Mira cuánto guarda Juan la humildad que enseña, ciertamente era un hombre justo y grande, quien bebía los secretos de los misterios del pecho del Señor. Sin embargo, no dijo: "Tenéis un abogado en mí ante el Padre", sino "tenemos un abogado", dijo. Y dijo "tenemos", no "tenéis". Prefirió ponerse en el número de los pecadores, para tener a Cristo como abogado, que ponerse como abogado en lugar de Cristo, y ser hallado entre los condenados por soberbia. Sin embargo, no se debe decir que los obispos o superiores no oren por el pueblo. El Apóstol ora por el pueblo, el pueblo ora por el Apóstol, quien dice: "Orando también por nosotros y por vosotros, para que Dios nos abra una puerta para la palabra" (Colosenses 4). Y la Iglesia ora por Pedro cuando estaba en cadenas, y fue escuchada, así como Pedro por la Iglesia, porque todos los miembros oran unos por otros. La Cabeza intercede por todos, de quien está escrito: "Está a la diestra de Dios, quien también intercede por nosotros" (Romanos 8). Para el Hijo unigénito, interceder por el hombre es, ante el Padre coeterno, mostrarse a sí mismo como hombre. Y rogar por la naturaleza humana es haber asumido esa naturaleza en la altura de su divinidad. Por tanto, el Señor intercede por nosotros, no con voz, sino con misericordia, porque lo que no quiso

condenar en los elegidos, lo preservó asumiéndolo. Y bien, cuando decía que tenemos un abogado en el Padre, Jesucristo, añadió "justo"; porque un abogado justo no toma causas injustas: quien entonces nos defenderá justamente en el juicio, si ahora nos conocemos y nos acusamos injustos. ¿Por qué no será justo, quien ya se enfurece contra su injusticia a través de las lágrimas?

Y él es la propiciación por nuestros pecados. Quien intercede por nosotros ante el Padre por la humanidad, el mismo por la divinidad nos propicia con el Padre.

No solo por los nuestros, etc. No solo es propiciación el Señor por aquellos a quienes Juan escribía entonces viviendo en la carne, sino también por toda la Iglesia que está extendida por toda la amplitud del mundo, desde el primer elegido hasta el último que nacerá al final del mundo. Con estas palabras reprueba el cisma de los donatistas, quienes decían que la Iglesia de Cristo estaba incluida solo en los confines de África. Por los pecados de todo el mundo intercede el Señor, porque por todo el mundo está la Iglesia, que compró con su sangre. Ni se opone a esta palabra lo que dice más adelante: "Y el mundo entero está puesto en el maligno", porque también por todo el mundo están aquellos que sirven al maligno, es decir, al antiguo enemigo.

Y en esto sabemos que lo conocemos, si guardamos sus mandamientos. Qué mandamientos dice, lo aclara más adelante, es decir, la caridad.

Quien dice que lo conoce, y no guarda sus mandamientos, etc. Cristo es llamado la verdad: "Yo soy", dice, "el camino, la verdad y la vida" (Juan 14). En vano, por tanto, nos alabamos en él, cuyos mandamientos no hacemos. Y no pensemos que es gran cosa conocer a un solo Dios, cuando también los demonios creen y tiemblan. Pero qué es conocer verdaderamente a Dios, lo muestra a continuación, diciendo:

Pero quien guarda su palabra, etc. Aquel, por tanto, verdaderamente conoce a Dios, quien guardando sus mandamientos demuestra que tiene su amor. Esto es conocer a Dios, que es amar. Porque quien no lo ama, ciertamente muestra que no sabe cuán amable es. Y no ha aprendido a gustar y ver cuán suave y dulce es el Señor, quien no se esfuerza continuamente por agradar a sus vistas.

En esto sabemos que estamos en él, etc. Es decir, por el amor extremo incluso orar por los enemigos, como él mismo hizo, diciendo: "Padre, perdónalos" (Lucas 23). Pero también despreciar con ánimo fuerte todas las cosas prósperas del mundo, soportar con gusto las burlas y los reproches, como él mismo dijo: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame" (Lucas 9).

Amados, no os escribo un mandamiento nuevo, etc. La misma caridad es un mandamiento antiguo, porque fue encomendada desde el principio, y un mandamiento nuevo, porque al expulsar las tinieblas infunde el deseo de la nueva luz. Por eso correctamente se añade:

Que es verdadero en él y en vosotros, etc. He aquí lo nuevo, porque las tinieblas pertenecen al hombre viejo, la luz al hombre nuevo. De hecho, dice el apóstol Pablo: "Despojaos del hombre viejo, y vestíos del nuevo" (Efesios 4); y de nuevo: "Fuisteis en otro tiempo tinieblas, ahora sois luz en el Señor" (Efesios 5).

Quien dice que está en la luz, y odia a su hermano, etc. El Señor mandó amar a los enemigos; quien, por tanto, dice que es cristiano, y odia a su hermano, está en pecado hasta ahora. Y bien añadió "hasta ahora", porque ciertamente todos los hombres nacen en las tinieblas de los

vicios, todos permanecen en las tinieblas hasta que la gracia del bautismo los ilumina por Cristo. Pero también aquel que con odio hacia su hermano se acerca a la fuente de vida para renacer, y al cáliz de la sangre preciosa para ser redimido, aunque se estime iluminado por el Señor, está en tinieblas hasta ahora, y de ninguna manera pudo despojarse de las sombras de los pecados, quien no se preocupó por vestirse de las entrañas de la caridad. De ahí que Simón, recién bañado en el agua del bautismo, oyó de aquel que tenía las llaves del cielo: "No tienes parte ni suerte en este asunto; porque veo que estás en hiel de amargura y en atadura de iniquidad" (Hechos 8). Porque evidentemente, al descuidar la comunión fraterna, deseaba comprar con dinero el don del Espíritu, con el cual se conserva la unidad de la Iglesia, y tenerlo privadamente.

Quien ama... y no hay tropiezo en él. Es decir, ofensa; porque quien ama a su hermano, soporta todo por la unidad de la unidad. "Mucha paz tienen los que aman tu nombre" (Salmo 118), es decir, la caridad, "y no hay tropiezo para ellos" (Ibid.). Y Pablo dice: "Soportándoos unos a otros en amor, procurando guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz" (Efesios 4).

Pero quien odia a su hermano, está en tinieblas, etc. Va ignorante al infierno, ignorante y ciego se precipita en el castigo, alejándose evidentemente de la luz de Cristo que advierte y dice: "Yo soy la luz del mundo. El que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida" (Juan 8).

Os escribo, hijitos, porque se os perdonan los pecados por su nombre. Glorifica a todos sus oyentes, a quienes él mismo precedió en Cristo, con el nombre de hijos, porque evidentemente renacidos del agua y del Espíritu recibieron la remisión de los pecados. Y para que no dudes que todos los fieles pueden ser llamados correctamente hijos de los padres precedentes, escucha al profeta cantando sobre la Iglesia: "Toda la gloria de la hija del rey es interior" (Salmo 44); y también a la misma: "En lugar de tus padres, nacieron para ti hijos" (Ibid.).

Escribo a vosotros, padres, porque habéis conocido a aquel que es desde el principio. No llama padres a los de avanzada edad, sino a los mayores y maduros en sabiduría. Pues la vejez es venerable, no por la duración ni por el número de años. Las canas son el sentido del hombre, y la edad de la vejez es una vida immaculada (Sab. IV). Es propio de los padres recordar lo antiguo, conocerlo y revelarlo a los menores. Por eso está escrito: Pregunta a tus padres, y ellos te lo anunciarán (Deut. XXXII). Y por eso llama correctamente padres a aquellos que han aprendido a conocer y predicar fielmente a aquel que es desde el principio, es decir, al Señor Jesucristo, junto con el Padre y el Espíritu Santo.

Escribo a vosotros, jóvenes, porque habéis vencido al maligno. La juventud es un tiempo resbaladizo por los incentivos de la carne, pero apto para la lucha por la fortaleza de la edad. Por eso Juan escribe a aquellos jóvenes que han vencido las tentaciones de los placeres carnales por amor a la palabra de Dios. Escribe también a aquellos que, con mayor perfección, han despreciado valientemente todas las maquinaciones del enemigo maligno, soportando las persecuciones por la palabra de Dios.

Escribo a vosotros, niños, porque habéis conocido al Padre. Llama niños a los humildes de espíritu, quienes, cuanto más consienten en humillarse bajo la poderosa mano de Dios, más sublimes secretos de la eternidad conocen, como el Hijo dice al mismo Padre sobre tales: Has escondido estas cosas a los sabios y prudentes, y las has revelado a los pequeños (Luc. X).

Escribo a vosotros, padres, porque habéis conocido a aquel que es desde el principio. Reitera y recomienda esto: Recordad que sois padres. Si olvidáis a aquel que es desde el principio, perdéis la paternidad.

Escribo a vosotros, jóvenes, porque sois fuertes, etc. Considerad una y otra vez que sois jóvenes, luchad para vencer, vencid para ser coronados. Sed humildes, para no caer en la lucha.

No améis al mundo, etc. Esto lo escribe a todos los hijos de la Iglesia en general, tanto a aquellos que son padres por la madurez de la prudencia y la doctrina, como a aquellos que son niños por la devoción de la humildad, y a aquellos que son jóvenes por haber vencido las pruebas de las tentaciones. A todos ellos les manda que usen este mundo por necesidad, pero que no lo amen por deseos superfluos, como también dice Pablo: Y no proveáis para los deseos de la carne (Rom. XIII).

Si alguno ama al mundo, etc. Que nadie se engañe a sí mismo. Un solo corazón no puede albergar dos amores tan opuestos. Por eso también el Señor dice: Nadie puede servir a dos señores (Mat. VI); y de nuevo: No podéis servir a Dios y a las riquezas (Ibid.). Pues así como la caridad del Padre es la fuente de todas las virtudes, el amor al mundo es la raíz y el fomento de todos los vicios. Por eso sigue:

Porque todo lo que hay en el mundo, etc. Todo lo que hay en el mundo, dice, son todos aquellos que habitan el mundo con la mente, que lo habitan con amor; así como habitan el cielo aquellos cuya conversión está en los cielos, cuyo corazón está en lo alto, aunque caminen en la tierra. Todo lo que hay en el mundo, es decir, todos los amantes del mundo no tienen más que la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida. Con estos nombres de vicios abarca todos los géneros de vicios. La concupiscencia de la carne es todo lo que pertenece al placer y las delicias del cuerpo: entre las cuales las más grandes son la comida, la bebida y el coito: de las cuales dice Salomón: La sanguijuela tiene dos hijas que dicen: Dame, dame (Prov. XXX). La concupiscencia de los ojos es toda curiosidad que se da en aprender artes nefastas, en contemplar espectáculos obscenos o superfluos, en adquirir bienes temporales, en discernir y criticar los vicios de los prójimos. La soberbia de la vida es cuando alguien se jacta en los honores. Por estos tres deseos es tentada la codicia humana. Por estos fue tentado y vencido Adán. Por la concupiscencia de la carne, cuando el enemigo le mostró el alimento del árbol prohibido y lo persuadió a comerlo. Por la concupiscencia de los ojos, cuando le dijo: Seréis como dioses, conociendo el bien y el mal, y se abrirán vuestros ojos (Gen. III). Por la soberbia de la vida, cuando le dijo: Seréis como dioses (Ibid.). Por estos fue tentado Cristo y venció. Por la concupiscencia de la carne, es decir, el alimento, cuando se le sugiere: Di que estas piedras se conviertan en pan (Mat. IV). Por la concupiscencia de los ojos, es decir, la curiosidad, cuando se le advierte desde el pináculo del templo que se arroje hacia abajo, para probar si los ángeles lo sostendrán. Por la soberbia de la vida, es decir, la vana jactancia, cuando en el monte se le muestran todos los reinos de esta tierra y se le prometen si lo adora.

Lo cual no es del Padre, sino del mundo. La lucha de los vicios no nos ha sido naturalmente implantada por Dios Padre y Creador, sino que se prueba que nos ha sucedido por el amor a este mundo, que hemos preferido al Creador. Pues Dios hizo a los hombres rectos, y ellos se mezclaron en infinitas cuestiones, como testifica Salomón. Por eso también dice Santiago: Nadie, cuando es tentado, diga que es tentado por Dios. Porque Dios no es tentador de males;

él mismo no tienta a nadie (Jac. I). Sino que cada uno es tentado cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido.

Y el mundo pasará, y su concupiscencia, etc. El mundo pasará cuando en el día del juicio sea transformado por el fuego en una mejor figura, para que haya un nuevo cielo y una nueva tierra. Pasará también su concupiscencia, porque ya no habrá tiempo para cometer lujuria o cualquier pecado. En ese día perecerán todos sus pensamientos (Sal. CXLV), aquellos que se dedicaban a los deseos de este mundo; pero el que haga la voluntad del Señor, sus pensamientos no perecerán con el mundo que pasa, sino que, porque deseaba las cosas celestiales y eternas, permanecerán inmutables para siempre, porque alcanzará las recompensas celestiales que deseaba. Por eso también el Señor dice de la mujer devota, más bien de cada alma que haya seguido perfectamente su voluntad: María ha elegido la mejor parte, que no le será quitada (Luc. X). Quien, por tanto, desea permanecer incommovible y tranquilo para siempre, abrace las cosas que no pasan, siga la voluntad de Dios, que es eterno.

Hijitos míos, es la última hora. Llama última hora al último tiempo del mundo, que ahora se lleva a cabo, según aquella parábola del Señor, donde narra que los obreros son contratados para la viña a la primera hora, a la tercera, a la sexta, a la novena y a la undécima. Pues a la primera hora cultivaban la viña del Señor aquellos que desde el principio del mundo servían a la voluntad de su Creador, ya sea enseñando o viviendo rectamente. A la tercera hora, los que desde los tiempos de Noé. A la sexta hora, los que desde los tiempos de Abraham. A la novena hora, los que desde los tiempos de la entrega de la ley. A la undécima hora, los que desde los tiempos de la Encarnación del Señor hasta el fin del mundo, sirven a los mandatos celestiales: en la cual hora, tanto la venida del Salvador en la carne como la futura plaga del Anticristo, que atacaría los anuncios de salvación, fueron señaladas por la profecía. Por eso sigue:

Y como habéis oído que el Anticristo viene, etc. Llama anticristos a los herejes; pero también aquellos que destruyen con actos perversos la fe católica que confiesan, con razón son llamados Anticristos, es decir, contrarios a Cristo; todos ellos dan testimonio al gran Anticristo que vendrá al final del mundo, como a su cabeza. Por eso también Pablo dice de él que el misterio de la iniquidad ya está en acción (II Tes. II).

Por eso sabemos que es la última hora. ¿Por qué? Porque muchos anticristos han surgido. También puede entenderse así, que ya entonces era la última hora, porque la persecución de aquel tiempo, que era infligida por los herejes, tenía gran similitud con aquella última persecución que vendrá con el inminente día del juicio, aunque esta solo haya afligido a la Iglesia con lenguas insensatas, aquella también lo hará con espadas feroces.

Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros. Parecía lamentable como una pérdida, cuando escuchamos: Salieron de nosotros; pero pronto se introduce el consuelo, cuando se añade: Pero no eran de nosotros. Pues está claro que no pueden salir fuera sino los Anticristos, y aquellos que no son contrarios a Cristo, de ninguna manera pueden salir fuera; porque quien no es contrario a Cristo, permanece en su cuerpo. Pero hay quienes están dentro del cuerpo del Señor, ya que el cuerpo de él aún se está curando, y la salud perfecta no será sino en la resurrección de los muertos. Así están en el cuerpo de Cristo, como los humores malos; cuando son expulsados, entonces el cuerpo se alivia. Así también los malos cuando salen, entonces la Iglesia se alivia. Salieron de nosotros, dice, pero, no os entristezcáis, no eran de nosotros. ¿Cómo lo pruebas?

Porque si hubieran sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros. De aquí se debe ver que muchos que no son de nosotros reciben con nosotros los sacramentos de Cristo. Pero la tentación prueba que no son de nosotros, porque cuando viene la tentación, como por el viento, vuelan fuera, porque no eran granos. Pero todos volarán entonces, cuando el área del Señor comience a ser aventada en el día del juicio. Si algunos ciertamente salieron pecando, pero regresan arrepintiéndose, estos no se prueban ser Anticristos, sino estar en Cristo, si el fin de la vida presente los encuentra permaneciendo en la Iglesia.

Pero para que se manifieste que no todos son de nosotros. Por eso, permitiéndolo el Señor, algunos salen de la Iglesia antes de la última sacudida, mostrando que no eran miembros de la Iglesia, ni pertenecían al cuerpo de Cristo, para que por esto se haga manifiesto que no todos son de nosotros, quienes dentro de la Iglesia reciben los sacramentos de Cristo, sino solo aquellos que realizan obras dignas de esos sacramentos en la unidad de la Iglesia de Cristo.

Pero vosotros tenéis la unción del Santo, y conocéis todas las cosas. La unción espiritual es el mismo Espíritu Santo, cuyo sacramento está en la unción visible. Esta unción de Cristo dice que la tienen todos aquellos que tienen el conocimiento de distinguir entre buenos y malos, y que no necesitan ser enseñados por otros, porque la misma unción los enseña. Y bien, al hablar de los herejes, de repente se dirige a sus oyentes, diciendo que tienen la unción del Santo, para mostrarles en contraste que los herejes y todos los Anticristos están privados del don de la gracia espiritual, y que no pertenecen al Señor, quien es llamado Santo por los profetas, sino que más bien ocupan un lugar entre los ministros de Satanás, que no tienen nada de santidad.

No os he escrito como ignorantes de la verdad, etc. Pues conocéis la verdad de la fe y de la vida, enseñados por la unción del Espíritu, y no necesitáis ser enseñados, sino que perseveréis en lo que habéis comenzado.

Y porque toda mentira no es de la verdad. Este verso depende del anterior, y el sentido es: No os he escrito como ignorantes de la verdad, sino como conocedores de ella; y también como conocedores de que toda mentira no es de la verdad. He aquí que hemos sido advertidos de cómo reconocer al Anticristo. Cristo dice: Yo soy la verdad (Juan XIV). Pero toda mentira no es de la verdad. Por tanto, todos los que mienten, no son de Cristo. No dice, alguna mentira es de la verdad. Que nadie se engañe, que nadie se ilusione: toda mentira no es de la verdad.

¿Quién es el mentiroso, sino el que niega que Jesús es el Cristo? Había predicho que toda mentira no es de la verdad, pero como hay muchos tipos de mentiras no poco diferentes entre sí, ahora pone como singular la mentira de la negación de Cristo, porque ciertamente esta es una mentira tan nefanda y execrable, que en comparación con ella las demás parecen pequeñas o nulas. Según lo que se dijo a la pecadora Jerusalén: Sodoma ha sido justificada por ti (Ezequiel XVI). Pero esta negación es propia de los judíos, que dicen que Jesús no es el Cristo. Pero también los herejes que creen mal sobre Cristo, niegan que Jesús es el Cristo, porque no piensan correctamente de Cristo; ni lo confiesan tal como la verdad divina enseña, sino como su vanidad imagina. También los malos católicos que desprecian obedecer los mandamientos de Cristo niegan que Jesús es el Cristo, a quien no le rinden el debido servicio de temor o amor como al Hijo de Dios, sino que no temen contradecirlo a su antojo como si fuera un hombre sin poder. Por lo tanto, todos estos son probados ser mentirosos y Anticristos, es decir, contrarios a Cristo, como atestigua el Apóstol, que dice: Confiesan conocer a Dios, pero con sus hechos lo niegan (Tito I).

Este es el Anticristo, el que niega al Padre y al Hijo. Con esta sentencia golpea tanto a los herejes como principalmente a los judíos, que negando que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, no obstante decían tener a Dios como Padre, mostrando que es en vano confesar a Dios como Padre si niegan al Hijo. De ahí que el mismo Señor, maldiciéndolos, dice: Si Dios fuera vuestro Padre, ciertamente me amaríais: porque yo de Dios he salido y he venido (Juan VIII).

Todo el que niega al Hijo, tampoco tiene al Padre, etc. Aquí se busca la confesión del corazón, de la voz y de la obra, tal como la buscaba Pablo, cuando dice: Y nadie puede decir Señor Jesús, sino en el Espíritu Santo; lo cual es decir abiertamente: Nadie puede, sino por la gracia del Espíritu Santo, servir a Cristo el Señor con perfecta profesión y acción.

Lo que habéis oído desde el principio, permanezca en vosotros, etc. Aquella fe, aquellos dogmas seguid con todo el corazón, que desde los primeros tiempos de la naciente Iglesia habéis recibido por la voz de los apóstoles. Pues solo ellos son los que os hacen partícipes de la gracia divina. Y si alguien os dijera: He aquí que aquí está Cristo, he aquí que allí, no lo creáis. Porque se levantarán falsos profetas, como el Señor predijo (Marcos XIII). Y vosotros, dice, permaneceréis en el Hijo y en el Padre. Poniendo primero al Hijo, porque como el mismo Hijo dice: Nadie viene al Padre sino por el Hijo (Juan XIV); nadie verá la gloria de la excelcitud divina, sino aquel que ha renacido por los sacramentos de la humanidad que el Hijo asumió. O ciertamente por eso nombró primero al Hijo, y luego al Padre, para que los arrianos no digan que el Hijo debe ser creído menor que el Padre porque nunca se encuentra nombrado antes que el Padre.

Y esta es la promesa que él nos hizo, la vida eterna. Como si preguntaras por la recompensa, y dijeras: He aquí que guardo lo que oí desde el principio, obedezco: peligros, trabajos, tentaciones, por esta permanencia soporto. ¿Con qué fruto, con qué recompensa? ¿Qué se me dará después? Y esta es, dice, la promesa que él nos hizo, la vida eterna. La memoria de la prometida recompensa te haga perseverante en la obra.

Esto os he escrito sobre aquellos que os seducen. Los seductores que nombra no solo deben entenderse como los herejes, que buscan apartar de la fe con doctrina perversa, sino también aquellos que por las seducciones o adversidades del mundo apartan las mentes de los débiles de la promesa de la vida eterna, ya sea halagando o aterrorizando.

Y vosotros la unción que habéis recibido de él, etc. Esto, dice, procurad con la ayuda del Señor, que la gracia del Espíritu Santo, que recibisteis en el bautismo, la conservéis íntegra en vuestro corazón y cuerpo, según aquello del apóstol Pablo: No apaguéis el Espíritu (I Tes. V). Y así sucede que, enseñándoos interiormente el Espíritu, menos necesitáis ser enseñados exteriormente por los hombres. La unción de la que habla puede entenderse como el mismo amor de Dios, que se derrama en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Rom. V), que rápidamente inflama el corazón que llena para observar los mandamientos de Dios.

Pero como su unción os enseña sobre todas las cosas. Con razón añadió sobre todas las cosas, como en el Evangelio el Señor hablando del mismo Espíritu a los discípulos dice: Él os enseñará todas las cosas (Juan XIV). Porque si el mismo Espíritu no está presente en el corazón del oyente, el discurso del maestro es inútil. Que nadie, por tanto, atribuya al hombre que enseña lo que entiende del discurso del maestro, porque si no hay quien enseñe interiormente, la lengua del maestro trabaja en vano exteriormente. Sin embargo, el maestro no debe cesar de hacer lo que puede, según lo que dice Pablo: Yo planté, Apolo regó, pero Dios dio el crecimiento (I Cor. III).

Y es verdad, y no es mentira. Con insistente repetición inculca que lo que predica es verdadero y purísimo de toda mancha de falsedad, para cohibir a aquellos que se atreven a predicar de otra manera, y también nos advierte diligentemente que no se puede encontrar la vida eterna de otra manera, sino siguiendo aquella pureza de fe y obra que fue dada a la Iglesia primitiva por los apóstoles, y permaneciendo en seguirla y guardarla hasta el fin de esta vida. Lo cual es similar a lo que dice el apóstol Pablo: Que nadie os engañe con palabras vanas; porque por estas cosas viene la ira de Dios sobre los hijos de desobediencia (Efes. V). Lo que en otra Traducción se dice: Y es veraz, y no es mentiroso, se refiere al verso anterior, donde se dice: Pero como su unción os enseña sobre todas las cosas, significando que la misma unción, es decir, el mismo Espíritu que enseña a los hombres, no puede mentir.

Y como os enseñó, permaneced en él. No os dejéis llevar por doctrinas diversas y extrañas. En esa fe, en ese rito que él enseñó, permaneced en él. Porque el que persevere hasta el fin, este será salvo (Mat. XXIV).

Y ahora, hijitos, permaneced en él, para que cuando aparezca, etc. Quien entre las persecuciones de los infieles, entre las burlas de los carnales prójimos permanece en el Señor, tiene confianza en su venida, sabiendo que la paciencia de los pobres no perecerá para siempre. Pero cualquiera que se avergüence de ofrecer la otra mejilla al que lo golpea, o de soportar pacientemente el insulto infligido por el prójimo, o de observar otras cosas semejantes que el Señor mandó, o ciertamente teme profesar públicamente ser cristiano en tiempo de persecución, este ciertamente no puede tener confianza en la venida del Señor, porque ha descuidado guardar la confianza de su profesión en esta vida. Más bien se avergonzará de él en su venida. Pues dice: El que se avergüence de mí y de mis palabras, de este se avergonzará el Hijo del Hombre cuando venga en su majestad y la del Padre y de los santos ángeles (Luc. IX).

Si scitis quoniam justus est, scitote, etc. Nuestra justicia ahora es por la fe. La justicia perfecta solo existe en los ángeles, y apenas en ellos, si se comparan con Dios. Sin embargo, si hay alguna justicia perfecta en las almas y espíritus que Dios creó en ángeles y santos, justos y buenos, sin desviarse por caída alguna, sin caer por soberbia, sino permaneciendo siempre en la contemplación de la palabra de Dios, y no teniendo otra dulzura que aquella de la que fueron creados, en ellos hay justicia perfecta. En nosotros, sin embargo, ha comenzado a existir por la fe según el Espíritu. Por eso dice el Salmista: Comenzad al Señor con confesión (Sal. CXLVI). Comenzad, dice. El inicio de nuestra justicia es la confesión de los pecados. Has comenzado a no defender tu pecado, ya has iniciado la justicia. Se perfeccionará en ti cuando no te deleite hacer otra cosa. Cuando la muerte sea absorbida en victoria, cuando ninguna concupiscencia te tienta, cuando no haya lucha con carne y sangre, cuando haya corona de victoria y triunfo sobre el enemigo, entonces habrá justicia perfecta. Por tanto, si sabéis que Él es justo, dice, sabed que todo el que hace justicia, ha nacido de Él; es decir, de Cristo. Y porque dijo que ha nacido de Él, nos exhorta ya que hemos nacido de Él, a que seamos perfectos. Escuchad, pues, lo que sigue.

CAPÍTULO III.

Ved qué amor nos ha dado el Padre, etc. Grande es la gracia de nuestro Creador, que nos ha concedido que podamos conocerle y amarle: y amarle como hijos al padre, cuando ya sería grande si pudiéramos amarle como siervos fieles a sus señores, como los mercenarios devotos aman a sus amos. Cómo debemos llegar a ser hijos de Dios, el mismo Juan lo testimonia en el

Evangelio: A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron. Pero a todos los que le recibieron, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios, a los que creen en su nombre (Juan I). Uniendo ambos testimonios, queda claro que por la fe y el amor nos convertimos en hijos de Dios. Pero también se condena por esto el dogma de Pelagio y de Arrio. La herejía de Pelagio (quien se atrevió a decir que los hombres pueden salvarse sin la gracia de Dios) es condenada en que se dice que Dios nos da el amor o el poder para recibir la adopción de hijos. Por otro lado, Arrio, que decía que el Hijo era menor y diferente del Padre, es refutado en que el mismo Juan dice aquí que el Padre nos da el amor para que seamos llamados y seamos hijos de Dios, y en el Evangelio, por el Señor Salvador, dice que se da el poder a los creyentes de ser hechos hijos de Dios. Es evidente que son de una misma sustancia y de la misma potencia, quienes igualmente e indistintamente otorgan dones celestiales a los hombres.

Por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoció a Él. En este lugar, llama mundo a los amantes del mundo. Y esto es lo que en el juicio, al ver la gloria de los santos cuya fe despreciaron, dirán entre sí gimiendo y arrepintiéndose: Estos son aquellos a quienes tuvimos en burla y en semejanza de reproche. Nosotros insensatos estimábamos su vida una locura, y su fin sin honor. ¿Cómo fueron contados entre los hijos de Dios, y su suerte está entre los santos? (Sab. V).

Amadísimos, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que seremos. Y Pablo dice: Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios (Col. III). El fiel ha muerto a la vida antigua que estaba en pecados, y tiene una vida nueva en Cristo por la fe, cuya altura aún no se nos ha manifestado visiblemente.

Sabemos que cuando Él se manifieste, seremos semejantes a Él. Y esto también lo explica Pablo con otras palabras: Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con Él en gloria (Col. III). Seremos semejantes a Él, porque cuando disfrutemos de la contemplación de la divinidad inmutable y eterna, nosotros también seremos inmortales. Y seremos semejantes, porque seremos bienaventurados; y sin embargo, semejantes al Creador, porque somos criaturas; ¿quién será semejante a Dios entre los hijos de Dios? Aunque esto también puede entenderse de la inmortalidad del cuerpo. Y en esto seremos semejantes a Dios, pero solo al Hijo, quien solo en la Trinidad asumió un cuerpo, en el cual murió, resucitó, y lo llevó a las alturas.

Porque le veremos tal como es. Ser de Dios es permanecer eterno e inmutable. Por eso dice a Moisés: Yo soy el que soy (Éxodo III); y: Dirás a los hijos de Israel: El que es, me ha enviado a vosotros (Ibid.). Le veremos tal como es, cuando le contemplemos en la misma sustancia de su deidad, lo cual en esta vida no se concede a ninguno de los elegidos, cuando incluso el mismo legislador, rogando al Señor a quien solía contemplar en forma angelical, diciendo: Señor, muéstrame a ti mismo, para que te vea (Éxodo XXXIII), oyó del mismo Señor: Nadie verá mi rostro y vivirá (Ibid.). Sin embargo, por el mérito de su gran santidad, le dice: Te mostraré todo lo bueno (Ibid.). De aquí también Pablo dice: Ahora vemos por espejo, oscuramente, pero entonces veremos cara a cara (I Cor. XIII). Por lo tanto, lo que se respondió a Moisés es verdad, que nadie puede ver el rostro de Dios y vivir (Éxodo XXXIII), es decir, nadie puede verle en esta vida viviente, tal como es. Pues muchos le vieron, pero lo que la voluntad de Dios eligió, no lo que la naturaleza formó. Y lo que dice Juan se entiende correctamente así: Amadísimos, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que cuando Él se manifieste, seremos semejantes a Él, porque le veremos tal como es. No como le vieron los hombres, cuando quiso, en la forma que quiso, no en la naturaleza que en sí mismo, incluso cuando se veía, permanecía oculta; sino tal como es, lo que se pedía de Él por Moisés, cuando se le decía: Muéstrame a ti mismo (Éxodo

XXXIII), por aquel que hablaba con él cara a cara. No porque alguien haya comprendido alguna vez la plenitud de Dios, no solo con los ojos del cuerpo, sino ni siquiera con la mente misma. Pues una cosa es ver, otra cosa es comprender todo viendo. Porque se ve lo que de alguna manera se percibe presente, pero se comprende todo viendo lo que se ve de tal manera que nada de ello escapa al que ve, o cuyos límites pueden ser contemplados, como nada te escapa de tu voluntad presente. Puedes contemplar los límites de tu anillo. Por ejemplo, he puesto dos cosas, una de las cuales se refiere a la visión de la mente, la otra a los ojos corporales. Pues la visión se refiere a ambos, es decir, tanto a los ojos como a la mente.

Y todo el que tiene esta esperanza en Él, se santifica, etc. Muchos dicen tener la esperanza de la vida celestial en Cristo, pero con una vida negligente vacían esta confesión. Sin embargo, muestra un claro indicio de la esperanza suprema quien se esfuerza en realizar buenas acciones, seguro de que no se llegará de otra manera a la semejanza de Dios en el futuro, a menos que imite la santidad de Dios en el presente santificándose, es decir, negando la impiedad y los deseos mundanos, viviendo sobria, justa y piadosamente. Así se nos manda imitar la pureza de la santidad divina según la medida de nuestra capacidad, como se nos manda esperar la gloria de la semejanza divina según nuestra, es decir, la medida de la criatura. Sin embargo, no debe creerse que se apoya el dogma pelagiano, que se dice del hombre Santificaos, como si alguien pudiera santificarse sin la ayuda divina por el libre albedrío. Pero quien tiene esperanza en el Señor se santifica tanto como puede esforzándose, y suplicando en todo su gracia, quien dice: Sin mí nada podéis hacer (Juan XV); y diciéndole: Sé mi ayuda, no me abandones (Sal. XXVI).

Todo el que comete pecado, comete iniquidad. Que nadie diga: una cosa es el pecado, otra cosa es la iniquidad. Que nadie diga: soy pecador, pero no soy iniquo. Porque todo el que comete pecado, comete iniquidad, porque el pecado es iniquidad. La fuerza de esta sentencia se comprende más fácilmente en la lengua de los griegos, en la que fue escrita la Epístola, ya que entre ellos iniquidad se llama ἄνομία, lo que significa como hecho contra la ley o sin ley, ya que ley en griego se llama νόμος. Cuando Juan dice, pues, que todo el que comete pecado, comete iniquidad, esto es ἄνομίαν, y el pecado es iniquidad, insinúa claramente que todo lo que pecamos, lo hacemos contra la ley de Dios, según aquello del Salmista: Consideraré a todos los pecadores de la tierra como transgresores (Sal. CXVIII). Porque todos los que pecan son culpables de transgresión, es decir, no solo aquellos que desprecian el conocimiento de la ley escrita que se les ha dado, sino también aquellos que corrompen la inocencia de la ley natural que todos recibimos en el primer hombre, ya sea por debilidad, negligencia o incluso ignorancia. Pero también el nombre latino se ajusta a la misma razón, ya que iniquidad se llama como opuesta a la equidad, y quien comete pecado, comete iniquidad, y el pecado es iniquidad. Porque quien peca, evidentemente se opone a la equidad de la ley divina pecando. Sin embargo, para que nosotros, que no podemos estar completamente libres de pecados e iniquidades, no desesperemos de la salvación, veamos lo que sigue sobre el Señor:

Y sabéis que Él apareció para quitar los pecados, etc. Esto también lo testifica Juan el Bautista sobre el Señor, diciendo: He aquí el Cordero de Dios, he aquí el que quita los pecados del mundo. Por eso el Señor pudo quitar los pecados, porque en Él no hay pecado. Tantos y tan grandes hombres han venido al mundo perfectos, pero ninguno de ellos pudo quitar los pecados del mundo, porque ninguno pudo estar sin pecado en el mundo. No se gloríe, pues, Pelagio, no se exalte su seguidor Juliano, al oír que todo el que tiene esperanza en el Señor se santifica. Nadie quita los pecados, que ni siquiera la ley, aunque santa, justa y buena, pudo quitar, sino aquel en quien no hay pecado. Los quita, perdonando lo que se ha hecho, ayudando a que no se hagan, y conduciendo a la vida donde no pueden hacerse en absoluto.

Todo el que permanece en Él, no peca. En la medida en que permanece en Él, en esa medida no peca.

Y todo el que peca no le ha visto, ni le ha conocido. Habla de la visión y conocimiento de la fe, con la que los justos también en esta vida se deleitan en ver a Dios, hasta que lleguen a la misma visión abierta de Él en el futuro, de la que se dice arriba: Porque le veremos tal como es. Por tanto, todo el que peca, no le ha visto, ni le ha conocido. Si hubiera gustado y visto cuán suave es el Señor (Sal. XXXIII), de ninguna manera se separaría pecando de la visión de su gloria. Y en la medida en que los justos proclaman la memoria de la abundancia de su suavidad, y se alegran en su justicia (Sal. CXLIV), en esa medida se esfuerzan por abstenerse de pecados y concordar con su justicia inmutable e incomparable.

Hijitos, que nadie os engañe. El que hace justicia, es justo, etc. Y arriba: Se santifica, dice, como Él es santo. No porque nuestra justicia o santidad pueda igualar a la divina, ya que está escrito: No hay santo como el Señor (I Sam. II), sino como hay mucha diferencia entre el rostro del hombre y la imagen en el espejo, porque la imagen está en la imitación, el cuerpo en la verdad, y sin embargo, así como aquí hay ojos, así también allí: la cosa es diferente, pero como se refiere a la semejanza, así también tenemos la imagen de Dios, pero no la que tiene el Hijo igual al Padre. Pues también nosotros, según nuestra medida, si no fuéramos como Él, de ninguna manera seríamos llamados semejantes. Por tanto, nos santifica, como Él es santo. Pero Él es santo por la eternidad, nosotros santos por la fe. Somos justos, como Él es justo. Pero Él en la misma perpetuidad inmutable, nosotros justos creyendo en Él a quien no vemos, para que algún día le veamos.

El que comete pecado, es del diablo. No tomando el origen de la carne del diablo, como el maniqueo impíamente cree de todos los hombres, sino tomando de él la imitación o sugerencia de pecar, como también nosotros somos hechos hijos de Abraham imitando la fe de Abraham. Y al contrario, los judíos, hijos de Abraham, al abandonar la fe de Abraham, se hicieron hijos del diablo, diciendo el Señor a ellos: Vosotros sois de vuestro padre el diablo (Juan VIII).

Porque el diablo peca desde el principio. Al decir desde el principio, añade el verbo en tiempo presente, peca. Porque desde que el diablo comenzó a pecar desde el principio, nunca ha cesado, ni contenido por la enormidad de las penas presentes ni por el temor de las futuras. Por eso se dice que es de su derecho quien descuida apartarse de pecar. Desde el principio, pues, el diablo peca, desde aquel en que él mismo fue hecho, cuando también comenzó el origen de todas las criaturas. No hay duda de que entre las primeras criaturas fueron creados los ángeles, pero mientras los demás referían la gloria de su condición a la alabanza del Creador, aquel que fue creado primero, tan pronto como vio la altura de su claridad, se enorgulleció contra el Creador con sus seguidores, y por esa misma soberbia, pecando desde el principio, fue transformado de arcángel en diablo.

En esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo. Todos los pecadores han nacido del diablo en cuanto pecadores. Adán fue hecho por Dios; pero cuando consintió al diablo, nació del diablo, y engendró a todos como él era. Aquella natividad llevó a la muerte; la segunda natividad, es decir, del bautismo, levantó a la vida. Aquella natividad arrastra consigo el pecado; la segunda natividad libera del pecado. Por eso vino Cristo como hombre, para deshacer los pecados de los hombres; de cuya disolución se dice correctamente:

Todo el que ha nacido de Dios no comete pecado, etc. No dice esto de todo pecado: si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos (I Juan I), sino de la violación de la caridad, que quien tiene la semilla de Dios, es decir, la palabra de Dios, por la cual ha renacido, no puede cometer. Pues esto lo manifiesta siguiendo, diciendo:

En esto se manifiestan los hijos de Dios y los hijos del diablo, etc. La caridad, pues, sola distingue entre los hijos de Dios y los hijos del diablo. Los que tienen caridad, han nacido de Dios. Los que no la tienen, no han nacido de Dios. Ten lo que quieras, si no tienes esto solo, nada te aprovecha. Si no tienes otras cosas, ten esto, y has cumplido la ley. Porque el que ama al prójimo, ha cumplido la ley. Y la plenitud de la ley es la caridad.

Porque este es el mensaje que habéis oído desde el principio, que os améis unos a otros. Diciendo el Señor: Este es mi mandamiento, que os améis unos a otros (Juan XV).

No como Caín, que era del maligno, etc. Expone cómo Caín era del maligno, porque él mismo tenía obras malignas. Por tanto, donde hay envidia, no puede haber amor fraterno; sino que el pecado del maligno, es decir, del diablo, está en el pecho de tal, porque también el diablo expulsó al hombre por envidia. Las obras justas de Abel, no dice sino caridad. Las obras malas de Caín, no dice sino odio fraterno. No es suficiente que odie a su hermano, y envidie las buenas obras (así). De aquí, pues, se distinguen los hombres. Que nadie atienda a las lenguas, sino a los hechos. ¿Por qué si no beneficia a sus hermanos, muestra lo que tiene en sí? Los hombres son probados por las tentaciones.

No os maravilléis, hermanos, si el mundo os odia. Llama mundo a los amantes del mundo. Y no es de extrañar que quienes aman el mundo no puedan amar al hermano separado del amor del mundo, y solo atento a los deseos celestiales. Porque la religión es abominación para el pecador, como testifica la Escritura.

Sabemos que hemos pasado de muerte a vida, porque amamos a los hermanos. Que nadie se exalte falsamente por las virtudes, que nadie mida en exceso la pobreza de sus fuerzas: da un juicio claro, cualquiera que esté lleno de amor fraterno, que pertenece a la suerte de los elegidos, porque ha merecido tener parte en la tierra de los vivientes.

El que no ama, permanece en la muerte. Habla de la muerte del alma. Porque el alma que pecare, esa morirá. La vida del cuerpo es el alma, la vida del alma es Dios. La muerte del cuerpo es perder el espíritu, la muerte del alma es perder a Dios. Por lo tanto, está claro que todos nacemos en esta luz muertos en el alma, arrastrando el pecado original de Adán, pero la gracia de Cristo actúa regenerando a los fieles, para que puedan vivir en el alma. Sin embargo, el misterio del bautismo y de la fe solo beneficia a aquellos que aman sinceramente a los hermanos. Y por eso es notable que no dice: El que no ama vendrá a la muerte, como si hablara de la pena perpetua que espera a los pecadores en el futuro, sino que el que no ama, dice, permanece en la muerte. En aquella muerte, de la cual también en esta vida, si amara perfectamente a los hermanos, podría levantarse. De aquí se dice en el Apocalipsis: Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección (Apoc. XX); en estos la segunda muerte no tiene poder.

Todo el que odia a su hermano, es homicida. Si alguien despreciaba el odio fraterno, ¿acaso también despreciará el homicidio en su corazón? No mueve las manos para matar a un hombre, ya es homicida ante Dios. Vive aquel, y este ya es juzgado como asesino.

Y sabéis que todo homicida no tiene vida eterna permaneciendo en él. Aunque aquí se le vea vivir entre los santos por la fe, no tiene en sí la vida que permanece perpetuamente. Pues cuando llegue el tiempo de la retribución, será condenado junto con Caín, que era del maligno, incluso quien se aferra a este tipo de homicidio, al discordar y disentir, y no tener paz con los hermanos. Es de notar que no dice absolutamente: El homicida no tiene vida permaneciendo en él, sino: Todo homicida, dice. Es decir, no solo aquel que persigue al hermano con hierro, sino también aquel que lo persigue con odio.

En esto hemos conocido la caridad de Dios, etc. Qué tipo de caridad perfecta debe haber en nosotros, lo hemos aprendido con el ejemplo de la pasión del Señor. Pues nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos (Juan XV). Por eso también Pablo dice: Pero Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por los impíos (Rom. V). A esto se le exhortaba al bienaventurado Pedro, cuando el Señor le decía: Pedro, ¿me amas? apacienta mis ovejas (Juan XXI); respondió que lo amaba, y enseguida escuchó: Pero cuando envejeczas, extenderás tus manos, y otro te ceñirá, y te llevará a donde no quieras (Ibid.). Esto lo dijo (dice el evangelista) significando con qué muerte glorificaría a Dios. A quien confesaba su amor, le encomendaba sus ovejas, enseñándole a poner su vida por esas mismas ovejas como testimonio de amor perfecto. Él, dice, puso su vida por nosotros, y nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos. Pero quizás alguien diga: ¿Y cómo puedo tener esa caridad? No te desesperes rápidamente de ti mismo, quizás ha nacido, pero aún no está perfecta. Aliméntala, para que no se ahogue. Y ¿cómo, preguntas, sé que la caridad ha nacido en mí para que la alimente? Escucha lo siguiente:

Quien tenga bienes de este mundo, y vea a su hermano tener necesidad, etc. He aquí dónde comienza la caridad. Si aún no eres capaz de morir por tu hermano, ya sé capaz de dar de tus bienes al hermano. Pues si no te compadeces del hermano que sufre, ciertamente no permanece en ti la caridad del Padre, de quien ambos habéis renacido.

Hijitos míos, no amemos de palabra, ni de lengua, etc. Con obras, es decir, cuando un hermano o hermana están desnudos y carecen del sustento diario, demos lo necesario para el cuerpo. De igual manera, cuando veamos que carecen de dones espirituales, proveamos a sus necesidades lo que podamos. Pero con verdad, para que les otorguemos esos beneficios con intención sincera, y no por alabanza humana, no por jactancia, no en injuria de otros que, dotados de mayores bienes, no hicieron tal cosa. Pues cualquier mente infectada por tales maldades no puede habitar en la pureza de la verdad, aunque parezca que realiza obras de amor al prójimo.

En esto conocemos que somos de la verdad. Es decir, cuando hacemos obras de piedad en verdad, se manifiesta que somos de la verdad, que es Dios, ya que imitamos su perfección en la medida de nuestras posibilidades.

Y en su presencia persuadiremos nuestros corazones. Esta sentencia depende de lo anterior. Porque cuando amamos al prójimo con obras y verdad, claramente conocemos que en la presencia de la suma verdad persuadimos nuestros corazones. Pues todos los hombres, cuando se disponen a hacer algo, persuaden sus corazones para meditar sobre ese hecho. Pero quienes piensan mal, quisieran ocultar esto a Dios, si pudieran; como atestigua él mismo diciendo: Porque todo el que hace lo malo, odia la luz; y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas (Juan III); pero quienes meditan hacer el bien, fácilmente persuaden a sus corazones para desear ser manifestados ante la divinidad, lo cual suele ser indicio de suma perfección, cuando cada uno se alegra de que sus obras o pensamientos sean vistas por

Dios. Por eso él mismo dice a continuación: Pero el que practica la verdad, viene a la luz para que sus obras sean manifestadas, porque están hechas en Dios (Ibid.). Por el verdadero amor conocemos que somos de la verdad, y que en la presencia de esa misma verdad persuadimos nuestros corazones, es decir, persuadimos a nuestros corazones a tener pensamientos dignos de la vista divina.

Porque si nuestro corazón nos reprende, etc. Si la misma conciencia nos acusa internamente, porque no hacemos nuestras buenas obras con el ánimo con que deben hacerse, ¿cómo podemos ocultar su conocimiento a aquel a quien se canta: He aquí, Señor, tú conoces todas las cosas, y, Porque las tinieblas no se oscurecerán ante ti, y la noche será iluminada como el día (Salmo CXXXVIII)?

Amadísimos, si nuestro corazón no nos reprende, etc. Si nos responde verdaderamente que amamos, y el amor genuino está en nosotros, y no fingido, sino sincero, buscando la salvación fraterna sin esperar ningún beneficio del hermano salvo su salvación; asimismo, si nuestro corazón no nos reprende, es decir, cuando en la oración decimos: Perdona nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores (Mateo VI), tenemos confianza ante Dios, no en la presencia de los hombres, sino donde Dios mismo ve en el corazón.

Y cualquier cosa que pidamos la recibiremos de él, etc. Esta es una gran y deseable promesa dada a los fieles. Pero si alguien es tan insensato y absurdo que no se deleita con las promesas celestiales, al menos tema lo que, por el contrario, la sabiduría terriblemente proclama, diciendo: El que aparta su oído para no escuchar la ley, su oración será abominable (Prov. XXVIII). Tampoco debe parecer contrario a esta sentencia del bienaventurado Juan, que Pablo rogó tres veces al Señor para que el ángel de Satanás se apartara de él, y no pudo obtenerlo (II Cor. XII), sino que se le dijo: Bástate mi gracia, porque mi poder se perfecciona en la debilidad (Ibid.). Pues aunque no siempre recibimos lo que pedimos según nuestra voluntad, sin embargo, recibimos la recompensa de la devoción para la salvación, como el mismo Pablo, rogando al Señor, no recibió lo que buscaba, sino lo que le era útil. Por el contrario, a menudo los réprobos son escuchados según su voluntad, si no son escuchados para su salvación. Por eso también el diablo, cabeza de ellos, fue escuchado según su voluntad para tentar al bienaventurado Job, pero para su propia condenación. Pues fue concedido que este fuera tentado, para que, al ser probado, aquel fuera castigado. Por tanto, cuando Juan dijo que cualquier cosa que pidamos la recibiremos de él, si guardamos sus mandamientos, como si preguntaras cuáles mandamientos, inmediatamente añadió:

Y este es su mandamiento, que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo, etc. En singular mencionó el mandamiento, y luego añadió los mandamientos, a saber, la fe y el amor, porque ciertamente no pueden separarse entre sí. Pues no podemos amarnos correctamente sin la fe en Cristo, ni verdaderamente creer en el nombre de Jesucristo sin el amor fraternal. Y amémonos, dice, unos a otros, como nos dio mandamiento. Es decir, con amor puro, no como los ladrones, o cualesquiera otros perpetradores de crímenes, que ciertamente se aman unos a otros, pero no castamente. Pero nos dio mandamiento, cuando dijo: Este es mi mandamiento, que os améis unos a otros, como yo os he amado (Juan XV). ¿Qué significa, Como yo os he amado, sino: Amad para lo que yo os amé, a saber, para que alcancéis los reinos celestiales? ¿Y con qué recompensa se guardan estos mandamientos de fe y amor? Sigue:

Y el que guarda sus mandamientos, permanece en él, y él en él. Sea, pues, Dios tu casa, y sé tú casa de Dios; permanece en Dios, y que Dios permanezca en ti. Dios permanece en ti para sostenerte, permaneces en Dios para no caer. Guarda sus mandamientos, mantén la caridad.

No te apartes de su fe, para que te gloríes en su presencia, y permanecerás seguro en él, ahora por la fe, entonces por la visión. Y él mismo permanecerá eternamente en ti, según lo que el salmista le canta: Por siempre se alegrarán, y habitarás en ellos (Salmo V).

Y en esto sabemos que él permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado. En los primeros tiempos, el Espíritu Santo descendía sobre los creyentes, y hablaban en lenguas que no habían aprendido. Pero ahora, porque la santa Iglesia no necesita signos exteriores, cualquiera que creyendo en el nombre de Jesucristo tenga amor fraternal, da testimonio del Espíritu Santo permaneciendo en él. Pues esto es lo que el Espíritu Santo obra en el hombre, que haya en él caridad. Porque la caridad, dice Pablo, ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado (Rom. V). Pero porque muchos, no teniendo caridad, y dividiendo la unidad de la Iglesia con doctrina perversa, no obstante afirman que el Espíritu Santo está en ellos, correctamente se añade:

CAPÍTULO IV.

Amadísimos, no creáis a todo espíritu, etc. Y quién es el que prueba los espíritus, o cómo pueden ser probados, lo enseña el Señor en el Evangelio, donde predecía tales cosas que Juan ya en su tiempo prueba que han venido. Guardaos, dice, de los falsos profetas que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos, o higos de los abrojos? (Marcos VII). Estos son, pues, los frutos por los cuales los espíritus malignos, que hablan en los falsos profetas, pueden ser reconocidos, a saber, las espinas de los cismas, y los horribles abrojos de las herejías, con los cuales contaminan, desgarrando la fe, a aquellos que se acercan a ellos imprudentemente. Así como, por el contrario, los frutos de los buenos, la caridad, a saber, el gozo, la paz en el Espíritu Santo, se figuran adecuadamente por la fragancia de las uvas y la dulzura de los higos.

En esto se conoce el Espíritu de Dios, etc. La confesión en este lugar se entiende no solo de la fe católica, sino también de la buena obra que se hace por caridad. De lo contrario, algunos herejes confiesan, muchos cismáticos, muchos falsos católicos, que Jesucristo ha venido en carne, pero niegan su confesión con hechos, no teniendo caridad. Pues la caridad de Dios trajo al Hijo a la carne. Y por eso, quien no tiene caridad, niega que él haya venido en carne, y tal se demuestra que no tiene el espíritu de Dios. Pero él es el Espíritu de Dios, quien dice que Jesucristo ha venido en carne, quien lo dice no con la lengua, sino con hechos, no sonando, sino amando.

Y todo espíritu que disuelve a Jesús no es de Dios. Aquel disuelve a Jesús quien niega su divinidad, o su alma, o su carne, que la fe católica enseña que él verdaderamente tiene. También disuelve a Jesús quien, viendo perversamente o interpretando perversamente sus mandamientos y palabras, los corrompe. Pero también aquel que perturba la unidad de la santa Iglesia, que Jesús vino a reunir, intenta disolver a Jesús en cuanto depende de él. No es de extrañar si tales no son de Dios, quienes disuelven las obras, palabras o sacramentos de Dios. Pues tanto no son de Dios, que algunos de ellos, que querían separar con doctrina perversa la divinidad de Cristo de la dispensación humana, borraron también este versículo de esta Epístola, donde se dice: Y todo espíritu que disuelve a Jesús, no es de Dios, para que no se convenciera su error por la autoridad del bienaventurado Juan. De hecho, Nestorio mostró que no sabía que esta sentencia estaba incluida en los ejemplares auténticos, y por eso no temió disolver a Jesús, y por esto hacerse extraño a Dios, diciendo que la bienaventurada Virgen María no fue madre de Dios, sino solo del hombre, para hacer una persona del

hombre, otra de la Deidad; y no creyendo en un solo Cristo en el Verbo de Dios y en la carne y el alma, sino predicando separadamente a otro Hijo de Dios, otro del hombre.

Y este es el Anticristo del que habéis oído que viene, etc. Viene con el día del juicio inminente, nacido en el mundo aquel hombre más nefando que los demás, hijo de iniquidad. Y ahora ya está en el mundo, habitando en las mentes de aquellos que se oponen a Cristo, ya sea por profesión o por obra, sin remedio de arrepentimiento.

Vosotros sois de Dios, hijitos, y lo habéis vencido. Habéis vencido al Anticristo confesando que Jesucristo ha venido en carne, es decir, teniendo caridad, que enseñó Jesucristo viniendo en carne, la cual él mismo en el Evangelio recomienda diciendo: Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos (Juan XV). Pues ¿cómo podría el Hijo de Dios poner su vida por nosotros, si no se revistiera de carne, donde pudiera morir? Por tanto, quien viola la caridad, diga lo que diga con la lengua, su vida niega que Cristo ha venido en carne, y él es el Anticristo. Y lo habéis vencido, dice. Pero ¿de dónde lo vencieron? ¿Acaso por la virtud del libre albedrío? No, ciertamente. Que calle Pelagio, diga el mismo Juan:

Porque mayor es el que está en vosotros, etc. Enseña, pues, a guardar la humildad, para que no atribuyan la victoria a sus propias fuerzas, y sean vencidos por la arrogancia del orgullo. Enseña a tener siempre confianza y esperanza de vencer en medio de las adversidades, recordando que mayor es el Señor para proteger, que el diablo para atacar.

Ellos son del mundo, etc. Los anticristos, es decir, los herejes, aunque invoquen el nombre de Cristo, si se marcan con el signo de Cristo, sin embargo, son del mundo, es decir, del número de aquellos que piensan en lo mundano, que buscan lo bajo, que ignoran lo celestial. Y por eso ellos hablan del mundo, oponiéndose a la fe cristiana con la razón de la sabiduría mundana, diciendo que no puede ser que el Hijo de Dios sea coeterno con el Padre, que una virgen intacta dé a luz, que la carne resucite del polvo, inmortal, que el hombre nacido de la tierra reciba una mansión en los cielos, que un recién nacido esté atado por la culpa del primer hombre, a menos que renacido en Cristo por el agua del bautismo sea salvado.

Y el mundo los escucha. Porque no pueden volver los corazones espirituales a los sentidos mundanos y carnales desde la simplicidad de la fe. Pero también los católicos, cualquiera que, al escuchar aquella sentencia del Señor: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian, y orad por los que os persiguen y calumnian (Mateo V); y de nuevo: Si perdonáis a los hombres sus ofensas, también vuestro Padre celestial os perdonará a vosotros; pero si no perdonáis a los hombres, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas (Mateo VI), dicen que de ninguna manera pueden dejar sus injurias sin venganza: estos ciertamente se demuestran ser del mundo, y por eso se demuestra que hablan del mundo. Y porque no tienen entrañas de caridad, en vano guardan los inmaculados misterios de la fe. Pero tampoco pueden carecer del nombre de Anticristo, quienes se prueban ser adversarios de los mandamientos de Cristo.

Nosotros somos de Dios. Quien conoce a Dios, etc. Pues el hombre carnal no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura. Por tanto, quien no quiere escuchar a los predicadores de la caridad, ciertamente se conoce que no conoce a Dios, ni es de Dios, porque ha descuidado imitar la caridad que Dios ejerció hacia los hombres.

En esto conocemos el Espíritu de verdad, y el espíritu de error. En esto ciertamente, porque quien nos escucha, tiene el Espíritu de verdad; quien no nos escucha, tiene el espíritu de

error. Y esta es la discreción de los espíritus, de la cual antes advirtió, diciendo: Probad los espíritus si son de Dios. Pero veamos qué va a aconsejar, en qué debemos escucharlo:

Amadísimos, amémonos unos a otros, etc. Ha recomendado mucho la caridad, que dijo que es de Dios; va a decir más, escuchemos atentamente:

Y todo el que ama, ha nacido de Dios, etc. ¿Qué más se pudo decir? Dios es caridad. Hacer, pues, contra la caridad, es hacer contra Dios. Nadie diga: Pequé contra el hombre cuando no amo a mi hermano, y es fácil pecar contra el hombre, si no peco solo contra Dios. ¿Cómo no pecas contra Dios, cuando pecas contra la caridad? Dios es caridad.

En esto apareció la caridad de Dios en nosotros, etc. Como el mismo Señor dice: Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos (Juan XV); y así se probó el amor de Cristo hacia nosotros, porque murió por nosotros. El amor del Padre se probó en nosotros, porque envió a su Hijo único a morir por nosotros. Así también el apóstol Pablo dice: El que no escatimó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas? (Rom. VIII).

En esto está la caridad, etc. No lo amamos primero. Pues para esto nos amó, para que lo amemos. La gracia ciertamente previene al hombre, para que ame a Dios, con cuyo amor obre el bien. Por eso el salmista: Dios mío, dice, su misericordia me precederá (Salmo LVIII).

Y envió a su Hijo como propiciación, etc. Y este es el mayor indicio de la caridad divina hacia nosotros, porque cuando aún no sabíamos pedirle por nuestros pecados, él envió a su Hijo a nosotros, quien nos daría espontáneamente el perdón al creer en él, y nos llamaría a la sociedad de la gloria paterna. En algunos códices este versículo se lee así: Y envió a su Hijo como sacrificador por nuestros pecados. Pues el Hijo de Dios sacrificó por nuestros pecados no víctimas de ganado, sino ofreciéndose a sí mismo. Por eso bien dice Pablo exhortando: Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados, y andad en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros como ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante (Efesios V). A esta sentencia conviene lo que también aquí Juan exhortando añadió, diciendo:

Amadísimos, si Dios nos amó, etc. Lo que sigue:

Nadie ha visto jamás a Dios. Se necesita una mayor discusión, ya que el Señor promete a los de corazón puro que verán a Dios, y se dice de los santos que sus ángeles siempre ven en los cielos el rostro del Padre. Esta sentencia también la coloca el mismo Juan en su Evangelio, donde además añade cómo puede ser visto Dios, diciendo: El Hijo Unigénito, que está en el seno del Padre, él lo ha dado a conocer (Juan I). El bienaventurado padre Ambrosio lo explicó así: «Y por eso nadie ha visto jamás a Dios, porque la plenitud de la divinidad que habita en Dios nadie la ha contemplado, nadie la ha comprendido con la mente o los ojos. Pues "ver" se refiere a ambos. Finalmente, cuando se añade: El Hijo Unigénito, que está en el seno del Padre, él lo ha dado a conocer, se declara una visión más de las mentes que de los ojos. La apariencia se ve, pero la virtud se narra. Aquella se comprende con los ojos, esta con la mente». Asimismo, el bienaventurado Agustín, en su libro sobre ver a Dios, discutiendo la misma cuestión: «Por lo tanto (dice) narrando el Unigénito, que está en el seno del Padre, con una narración inefable, la criatura racional pura y santa se llena de la visión inefable de Dios. La alcanzaremos cuando seamos hechos iguales a los ángeles, porque veremos cara a cara (1 Cor. XIII). Como se ven estas cosas visibles conocidas por los sentidos del cuerpo, nadie ha visto jamás a Dios: porque si alguna vez ha sido visto de alguna manera, no se ve como esta

naturaleza, sino que se ve por voluntad, apareciendo en la forma que quiso, con su naturaleza oculta y permaneciendo inmutable en sí misma. Pero de la manera en que se ve tal como es (1 Cor. XIII) ahora tal vez es visto por algunos de sus santos ángeles. Pero por nosotros será visto así cuando seamos hechos iguales a ellos». Y después de algunas cosas, exponiendo la sentencia del santo Ambrosio, dice: «Nadie ha visto jamás a Dios, ni en esta vida tal como es, ni siquiera en la vida de los ángeles, como se ven estas cosas visibles que se perciben con la visión corporal, porque el Hijo Unigénito que está en el seno del Padre él lo ha dado a conocer. Por lo tanto, se dice que pertenece a la visión de las mentes, no a la de los ojos corporales, lo que narra». Y después de mucho: «A esa visión (dice) en la que veremos a Dios tal como es (1 Cor. XIII), se exhorta a los corazones mundanos. Porque, como los cuerpos, por costumbre de hablar, se llaman visibles, por eso Dios se dice invisible, para que no se crea que es un cuerpo. No porque los corazones puros sean privados de la contemplación de su sustancia, ya que esta es la gran y suprema recompensa prometida a los que adoran y aman a Dios, como dice el mismo Señor cuando aparecía visiblemente a los ojos corporales, y prometía que se le vería invisible a los corazones puros: El que me ama, será amado por mi Padre, y yo lo amaré, y me manifestaré a él (Juan XIV). Esta naturaleza suya es igualmente invisible con el Padre, como es igualmente incorruptible. Lo que el apóstol puso continuamente, diciendo: Al Rey de los siglos, invisible, incorruptible, recomendando la sustancia divina a los hombres por la predicación como pudo. Dios, por lo tanto, es una cosa invisible, y debe ser buscado no con el ojo, sino con la mente. Pero así como si quisiéramos ver este sol, purificaríamos el ojo del cuerpo, por el cual la luz puede ser vista; así, queriendo ver a Dios, purifiquemos el ojo del corazón por el cual Dios puede ser visto: Bienaventurados los de corazón puro, porque ellos verán a Dios (Mat. V). Pero como esta visión se espera en el futuro, ¿qué debemos hacer mientras, aún constituidos en el cuerpo, peregrinamos lejos del Señor? ¿Qué consuelo debemos usar donde aún no se nos permite disfrutar de la visión divina?

Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros. Pero que nadie piense que este amor, en el que Dios permanece, se guarda con una cierta mansedumbre desechada y perezosa, más bien no mansedumbre, sino relajación y negligencia. Esto no es caridad, sino languidez; que la caridad arda para enmendar, para corregir. Pero si hay buenas costumbres, que deleiten; si son malas, que se enmienden, que se corrijan. Si, por lo tanto, nos amamos unos a otros con una caridad sincera y disciplinada, Dios permanece en nosotros, manifestado por las obras de la misma caridad, aunque aún no aparezca visiblemente.

Y su caridad en nosotros es perfecta. Sin embargo, se debe preguntar cómo dice que la perfección de la caridad divina consiste en el amor mutuo, cuando el Señor en el Evangelio proclama que no es grande si amamos a los que nos aman, a menos que el mismo amor también alcance a los enemigos, de los cuales aquí parece guardar completo silencio. A menos que tal vez también debamos amar a los mismos enemigos con la mirada del amor fraternal, a saber, para que no siempre permanezcan enemigos, sino que se arrepientan de las trampas del diablo, y se unan a nosotros con un verdadero pacto. Si nos amamos, dice, unos a otros, Dios permanece en nosotros, y su caridad en nosotros es perfecta. Comienza a amar, serás perfeccionado. Has comenzado a amar, Dios ha comenzado a habitar en ti, para que habitando más perfectamente te haga perfecto.

En esto conocemos que permanecemos en él, etc. Esto mismo, porque de su Espíritu te ha dado, ¿de dónde lo conoces? Interroga tus entrañas. Si están llenas de caridad, tienes el Espíritu de Dios, atestiguando Pablo quien dice: Porque la caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Rom. V).

Y nosotros hemos visto y testificamos, etc. Que nadie desespere de la salvación, porque aunque son grandes las enfermedades de los crímenes que deprimen, ha venido el médico omnipotente que salva. Sin embargo, que cada uno recuerde que el mismo Hijo de Dios que vino manso para salvar, vendrá estricto para juzgar.

Cualquiera que confiese que Jesús es el Hijo de Dios, etc. Dice la perfecta confesión del corazón, que no puede ser corrompida por el fraude de los herejes que mal aconsejan, ni ser quebrantada por los tormentos de los paganos perseguidores, ni tambalearse por los ejemplos de los hermanos carnales, ni por la pereza de la propia fragilidad. Porque hay quienes incluso con palabras niegan que Jesús es el Hijo de Dios, como se dice que muchos fueron en el mismo tiempo en que Juan escribía estas cosas. También hay quienes confiesan con palabras, y niegan con hechos. Por lo cual bien dice ahora: Cualquiera que confiese que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él, y él en Dios, él mismo dijo un poco antes: Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros, insinuando ciertamente que quien tiene amor por los hermanos, ese verdaderamente testifica que Jesús es el Hijo de Dios.

Y nosotros hemos conocido y creído en el amor que Dios tiene para con nosotros. Hemos conocido que Jesús es el Hijo de Dios, y que el Padre lo envió como Salvador del mundo. Y creemos en el amor que Dios tiene para con nosotros, porque, evidentemente, teniendo un Hijo único, no quiso que él fuera único, sino que para que tuviera hermanos, adoptó a aquellos que con él poseerían la vida eterna.

Dios es amor. Ya lo dijo antes, he aquí que lo dice de nuevo. No se te pudo recomendar más la caridad, que al decirse que es Dios. Tal vez ibas a despreciar el don de Dios: ¿acaso también desprecias a Dios?

Y quien permanece en el amor, permanece en Dios, y Dios en él. Recíprocamente habitan en sí mismos quien contiene y quien es contenido. Habitas en Dios, pero para ser contenido; Dios habita en ti, pero para contenerte para que no caigas, porque así dice el Apóstol de la misma caridad: La caridad nunca falla. ¿Cómo cae quien es contenido por Dios?

En esto la caridad es perfecta con nosotros, etc. Dice cómo cada uno puede probar cuánto ha progresado en él. Quien tiene confianza en el día del juicio, la caridad es perfecta en él. ¿Qué es tener confianza en el día del juicio? No temer que venga el día del juicio. Pues cuando uno primero se convierte de las malas acciones arrepintiéndose, comienza a temer el día del juicio, no sea que, al aparecer el justo Juez, él mismo sea condenado injusto. Pero con el progreso de la buena conversación animado, aprende a no temer lo que temía, sino más bien a desear que venga aquel deseado por todas las naciones, esperando ser coronado con los santos por el mérito de la buena acción. De dónde podemos tener confianza en el día del juicio, lo manifiesta más plenamente añadiendo:

Porque como él es, así somos nosotros en este mundo. ¿Acaso puede el hombre ser como Dios? Pero es necesario recordar lo que se dijo antes, que no siempre se dice "como" para igualdad, sino que se dice para cierta semejanza. Pues cuando dices: Como tengo orejas, así también tiene la imagen, ¿acaso es completamente así? Pero sin embargo dices "como". Si, por lo tanto, hemos sido hechos a imagen de Dios, ¿por qué no somos como Dios? no para igualdad, sino según nuestra medida. De ahí, pues, se nos da confianza en el día del juicio, porque como él es, así somos nosotros en este mundo, imitando, evidentemente, la perfección del amor en el mundo, cuyo ejemplo él nos ofrece diariamente desde el cielo. De lo cual el Salvador en el Evangelio dice: Amad a vuestros enemigos, y orad por los que os persiguen y

calumnian, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos e injustos (Mat. V).

No hay temor en el amor. En tal amor, evidentemente, que a imitación de la bondad divina también sabe hacer el bien a los enemigos y amarlos.

Pero el amor perfecto echa fuera el temor. Aquel temor, evidentemente, del que se dice: El temor del Señor es el principio de la sabiduría (Sal. CX). Con el cual teme cada uno al comenzar las obras de justicia, no sea que venga el Juez estricto, y encontrándose menos castigado, sea condenado. Este temor lo echa fuera el amor que tiene confianza en el día del juicio por el mérito de la justicia. Pero también el temor de las adversidades presentes, el amor perfecto lo expulsa del alma. El cual buscaba tener quien suplicando al Señor decía: Líbrame del temor del enemigo (Sal. LXIII). El cual tenía quien dijo: ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? etc. (Rom. VIII).

Porque el temor lleva consigo castigo. Aflige el corazón la conciencia de los pecados, porque aún no se ha hecho la justificación. Por eso en el Salmo sobre la misma perfección de la justicia, dice: Has cambiado mi lamento en gozo para mí; has rasgado mi saco, y me has ceñido de alegría, para que cante a ti mi gloria, y no me compungas (Sal. XXIX), es decir, no haya lo que estimule mi conciencia. Estimula el temor, pero no temas: entra el amor, que sana lo que hiere el temor.

Pero el que teme, no ha sido perfeccionado en el amor. Porque, evidentemente, el temor lleva consigo castigo, como la incisión del médico lleva consigo castigo; aunque así como la incisión del médico la salud deseada, así el temor el amor deseado lo sigue. Y no debe pensarse que estos sermones del bienaventurado Juan son contrarios a lo que dice el salmista: El temor del Señor es santo, permanece para siempre (Sal. XVIII). Porque hay dos temores: uno por el cual los hombres temen a Dios, no sea que sean enviados al infierno; ese es el temor que introduce el amor, pero así viene para que salga. Pues si aún temes a Dios por las penas, aún no amas a quien así temes; no deseas lo bueno, sino que evitas lo malo; pero por evitar lo malo, te corriges, y comienzas a desear lo bueno. Cuando comienzas a desear lo bueno, habrá en ti aquel santo temor, evidentemente, no sea que pierdas esos bienes, no para que no seas enviado al infierno, sino para que no te abandone la presencia del Señor a quien abrazas, con quien deseas disfrutar eternamente.

Nosotros, por lo tanto, amemos a Dios, etc. Amemos, porque él nos amó primero. Pues ¿de dónde amaríamos, si él no nos hubiera amado primero? De aquí mismo él dice en el Evangelio: No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros (Juan XV). Así seremos perfectos en el amor, si como él nos amó primero por ninguna otra razón que por nuestra salvación, así también nosotros lo amamos a él por ninguna otra razón que por el amor. Pero como hay quienes aman a Dios solo de palabra, se añade con cuidado:

Si alguno dice: Amo a Dios, etc. ¿De dónde pruebas que es mentiroso? Escucha:

Porque el que no ama a su hermano, etc. Quien ama a su hermano, ama a Dios. Es necesario que ame a Dios, para que ame el mismo amor. Porque Dios es amor. Y para que nadie se atreva a decir: ¿Y qué impide amar a Dios, aunque no ame a mi hermano? se añade correctamente:

Y este mandamiento tenemos de Dios, etc. ¿Cómo amas a aquel cuyo mandamiento odias? ¿Quién es el que dice: Amo al emperador, pero odio sus leyes? No así el verdadero amante de Dios, sino: Mira (dice) que he amado tus mandamientos, Señor (Sal. CXVIII). Y por eso confiadamente añade: En tu misericordia vivifícame (Ibid.).

CAPÍTULO V.

Todo el que cree que Jesús es el Cristo, etc. ¿Quién es el que cree que Jesús es el Cristo? Quien vive como Cristo mandó. Ninguno de los herejes, ninguno de los cismáticos diga: Y nosotros creemos que Jesús es el Cristo. Pues también los demonios creen y tiemblan, y confesaban, como leemos en el Evangelio, y sabían que él era el Cristo. Pero porque no tienen amor ni obras de verdad, no son de Dios.

Y todo el que ama al que engendró, ama también al que ha sido engendrado por él, etc. Con admirable arte de predicación, el bienaventurado Juan ha procurado encendernos en el amor al prójimo, primero recordando que todo el que cree perfectamente ha nacido de Dios, luego insinuando cuán justo es que quien ama a Dios ame también al que ha nacido de Dios. Pues si alguno es de tanta tardanza que no ama al hombre porque es hombre, porque soporta con él la misma peregrinación en la tierra, debe ser amonestado para que al menos lo ame por esto, porque ha nacido de Dios, porque ha sido hecho partícipe con él de la gracia divina, porque espera con él las mismas recompensas de la vida celestial. Esta exhortación se refiere especialmente a aquellos que no solo son hermanos por la naturaleza humana, sino también por la profesión de fe. Pero como hay algunos que aman al prójimo, pero por consanguinidad, o por algún beneficio temporal, correctamente el santo evangelista, al subrayar cuál es el verdadero amor al prójimo, lo manifiesta:

En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios, etc. Solo aquel, por lo tanto, se prueba que ama rectamente al prójimo, quien se conoce que arde en el amor del Creador. Y para que nadie se engañe a sí mismo sobre el amor del Creador, profesando de palabra que ama, bien cuando dijo: En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios, cuando amamos a Dios, añadió, y guardamos sus mandamientos.

Porque este es el amor de Dios, que guardemos sus mandamientos. Esto mismo dice el Señor: Si alguno me ama, guardará mi palabra (Juan XIV). La prueba, por lo tanto, del amor es la exhibición de la obra. Verdaderamente amamos, si nos restringimos a sus mandamientos de nuestras voluntades. Pues quien aún fluye por deseos ilícitos, ciertamente no ama a Dios, porque le contradice en su voluntad.

Y sus mandamientos no son gravosos. Y el mismo Señor dice: Mi yugo es suave, y mi carga ligera (Mat. XI). Ni debe parecer contrario a estas palabras del Señor o del bienaventurado Juan lo que el mismo Señor dice en otro lugar, que la puerta es estrecha y el camino angosto que lleva a la vida (Mat. VII); y el profeta a él: Por las palabras de tus labios yo he guardado caminos duros (Sal. XVI); y el apóstol: Porque por muchas tribulaciones nos es necesario entrar en el reino de Dios (Hech. XIV). Porque lo que por su naturaleza es duro y áspero, la esperanza de las recompensas celestiales y el amor de Cristo lo hace ser ligero. Pues es duro sufrir persecuciones por la justicia, pero esto mismo lo hace suave, que de ellos es el reino de los cielos. Por lo cual bien se añade:

Porque todo lo que ha nacido de Dios vence al mundo. Por eso los mandamientos divinos no son gravosos, porque todos los que se dedican a ellos con verdadera devoción, desprecian con igual mente las adversidades del mundo y sus halagos, amando incluso la misma muerte

como entrada a la patria celestial. Y para que nadie confíe en su propia virtud que puede superar los lujos o trabajos del mundo, se añade cuidadosamente:

Y esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe. Aquella fe, evidentemente, que obra por el amor; aquella fe por la cual humildemente pedimos la ayuda de aquel que dice: En el mundo tendréis tribulaciones, pero confiad, yo he vencido al mundo (Juan XVI).

¿Quién es el que vence al mundo, etc. Vence al mundo, quien creyendo que Jesús es el Hijo de Dios, une a esa fe obras dignas de ella. Pero ¿acaso la sola fe y confesión de su divinidad vale para la salvación? Mira lo que sigue.

Este es el que vino por agua y sangre, Jesucristo. Quien, por lo tanto, era el eterno Hijo de Dios, se hizo hombre en el tiempo, para que quien nos había creado por el poder de su divinidad, nos recreara por la debilidad de su humanidad. Quien vino por agua y sangre, evidentemente el agua del lavacro, y la sangre de su pasión, no solo se dignó ser bautizado para nuestra purificación, para consagrarnos y entregarnos el sacramento del bautismo, sino que también dio su sangre por nosotros, redimiéndonos con su pasión, de cuyos sacramentos siempre alimentados nos nutrimos para la salvación.

Y el Espíritu es quien da testimonio de que Cristo es la verdad. Cuando el Señor fue bautizado en el Jordán, el Espíritu Santo descendió en forma de paloma sobre Él, dando testimonio de que Él es la verdad, es decir, el verdadero Hijo de Dios, el verdadero mediador entre Dios y los hombres, el verdadero Redentor y reconciliador del género humano, verdaderamente puro de toda mancha de pecado, verdaderamente capaz de quitar los pecados del mundo. Esto también lo entendió el mismo Bautista al ver la llegada del Espíritu, y dijo: "Aquel que me envió a bautizar con agua me dijo: Sobre quien veas descender el Espíritu y permanecer sobre Él, ese es quien bautiza con el Espíritu Santo. Y yo he visto y he dado testimonio de que este es el Hijo de Dios" (Juan I). Por tanto, ya que el Espíritu testifica que Jesús Cristo es la verdad, Él mismo se llama la verdad, el Bautista lo proclama como la verdad, el Hijo del trueno evangeliza la verdad, que callen los blasfemos que dogmatizan que Él es un fantasma; que desaparezca de la tierra la memoria de aquellos que niegan que Él sea verdadero Dios o verdadero hombre. Porque hay tres que dan testimonio en la tierra, etc. El Espíritu dio testimonio de que Jesús es la verdad cuando descendió sobre Él al ser bautizado. Pues si no fuera el verdadero Hijo de Dios, de ninguna manera el Espíritu Santo habría venido sobre Él con tal manifestación. El agua y la sangre también dieron testimonio de que Jesús es la verdad cuando brotaron de su costado en la cruz al morir: lo cual no podría haber sucedido si no tuviera la verdadera naturaleza de la carne. Pero también esto, que antes de la pasión, cuando oraba, "su sudor se convirtió en gotas de sangre que caían a la tierra" (Lucas XXII), da testimonio de la verdad de la carne asumida. Tampoco debe callarse que en esto también la sangre y el agua le dieron testimonio, ya que fluyeron vivamente de su costado muerto, lo cual era contrario a la naturaleza de los cuerpos muertos, y por ello fue apto para los misterios y congruente con el testimonio de la verdad, insinuando que el mismo cuerpo del Señor viviría mejor después de la muerte resucitado en gloria, y que su misma muerte nos otorgaría vida. Esto también, que su sudor corría como gotas de sangre a la tierra, daba testimonio de aquel sagrado misterio que lavaría a toda la Iglesia en el mundo con su sangre. Por tanto, hay tres que dan testimonio de la verdad.

Y tres (dice) son uno. Pues estos permanecen indivisibles, y nada de ellos se separa de su conexión, porque no debe creerse en la divinidad sin la verdadera humanidad, ni en la humanidad sin la verdadera divinidad. Pero también en nosotros estos son uno, no por

naturaleza de la misma sustancia, sino por la operación del mismo misterio. Pues, como dice el bienaventurado Ambrosio: "El Espíritu renueva al que permanece, el agua sirve para el lavado, la sangre se refiere al precio." Porque el Espíritu nos hizo hijos de Dios por adopción, el agua del sagrado manantial nos lava, la sangre del Señor nos redimió. Por tanto, un testimonio es invisible, otro visible sigue al sacramento espiritual.

Si aceptamos el testimonio del hombre, el testimonio de Dios es mayor, etc. Grande es el testimonio del hombre que da sobre el Hijo de Dios, diciendo: "Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha" (Salmo CIX). Y en persona del mismo Hijo: "El Señor me dijo: Tú eres mi Hijo" (Salmo II). Y también en persona del Padre hablando del Hijo: "Él me invocará, Tú eres mi Padre, mi Dios y el sustentador de mi salvación" (Salmo LXXXVIII). Mi Padre, porque yo soy el Hijo de Dios. Mi Dios, porque yo soy hombre. Sustentador de mi salvación, porque yo he de sufrir y ser salvado de la muerte. Y yo (dice) lo pondré como primogénito, excelso sobre los reyes de la tierra (Ibid.). Este es un gran testimonio verdadero, y digno de toda aceptación, este testimonio del hombre sobre el Hijo de Dios, pero mucho mayor es el testimonio de Dios, quien testificó sobre su Hijo, cuando desde el cielo le habló diciendo: "Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco" (Lucas III). Grande es el testimonio del precursor, que dando testimonio sobre el Hijo de Dios dice: "Yo os he bautizado con agua, pero Él os bautizará con el Espíritu Santo" (Mateo III). Mayor es el testimonio del Padre, quien envió visiblemente el Espíritu Santo sobre Él, en quien siempre estaba lleno.

Quien cree en el Hijo de Dios, tiene el testimonio de Dios en sí. Quien así cree en el Hijo de Dios, que ejerce obrando lo que cree, tiene el testimonio de Dios en sí. Aquel ciertamente porque también él es contado con justicia en el número de los hijos de Dios, prometiéndolo así el único Hijo de Dios a sus fieles: "Si alguno me sirve, mi Padre lo honrará" (Juan XII). Si mereciste tener el testimonio de Dios, si posees a Dios como testigo de tu fe inmaculada, ¿qué te afecta la infamia de los hombres, qué incluso la persecución? Pues si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros?

Quien no cree en el Hijo, lo hace mentiroso, etc. En vano los judíos, en vano los herejes creen y veneran al Padre, mientras desprecian a Cristo y se niegan a creer en Él. Porque quien no honra al Hijo, no honra al Padre que lo envió. Quienes no creen en el Hijo, quien dijo "Yo y el Padre somos uno" (Juan X); y al ser interrogado por Caifás, y diciendo, "¿Eres tú el Cristo, el Hijo del Bendito?" (Marcos XIV) respondió: "Yo soy" (Ibid.); pero quienes sostienen que Él no es el Cristo, o no es el Hijo de Dios, o no es semejante al Padre, ciertamente hacen mentiroso al Padre, porque no creen en el testimonio que dio sobre su Hijo: en aquel que también mencioné antes: "Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco" (Lucas III); pero también en aquel que dio cuando se acercaba la hora de la pasión, mientras Él oraba y decía: "Padre, sálvame de esta hora, pero para esto he venido a esta hora. Padre, glorifica tu nombre" (Juan XII), respondió, incluso la multitud oyendo desde el cielo, "Lo he glorificado, y lo glorificaré de nuevo" (Ibid.), significando que Él es verdaderamente Dios Padre en los cielos de aquel que como verdadero hombre iba a sufrir la muerte en la tierra.

Y este es el testimonio, que Dios nos ha dado vida eterna. Dice, nos ha dado vida eterna. Y el mismo que habla, aún vivía en la carne una vida temporal y sujeta a la muerte. Pero así nos ha dado vida eterna, como nos ha dado el poder de ser hechos hijos de Dios a los que creen en su nombre. Para que sepas que se ha dado de Dios el poder de tener vida eterna, escucha al profeta: "¿Quién es el hombre que desea la vida, y ama ver días buenos? Guarda tu lengua del mal, y tus labios de hablar engaño," y lo demás hasta el final del salmo (Salmo XXXIII). Por tanto, nos ha dado vida eterna, pero aún peregrinando en la tierra en esperanza, que dará en los cielos a los que lleguen a Él en realidad.

Y esta vida está en su Hijo. En la fe y confesión de su nombre, en la percepción de sus sacramentos, en la observancia de sus mandamientos. De ahí que Él mismo dice: "Nadie viene al Padre sino por mí" (Juan XIV). Y Pedro sobre Él: "Porque no hay otro nombre bajo el cielo dado a los hombres, en el cual debamos ser salvos" (Hechos IV).

Quien tiene al Hijo, tiene la vida, etc. Para que no pareciera poco decir que la vida está en el Hijo, añadió que el mismo Hijo es la vida. Lo cual también el Hijo mostró glorificando al Padre cuando dijo: "Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo tener vida en sí mismo" (Juan V). Pero cómo esa misma vida que es común al Hijo y al Padre, también ilumina a los creyentes, el mismo Hijo en otro lugar orando al Padre insinúa: "Como le diste potestad sobre toda carne, para que dé vida eterna a todos los que le has dado. Y esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado" (Juan XVII).

Estas cosas os he escrito, para que sepáis que tenéis vida eterna, etc. Para que sepáis, dice, para que estéis seguros de vuestra futura bienaventuranza, vosotros que creéis en Cristo, para que no seáis seducidos por el engaño de aquellos que niegan que Jesús es el Hijo de Dios, y por eso afirman que nada les aprovechará a quienes han creído en su nombre. Y es asombrosa la insensatez de los herejes, que tantas veces en toda esta Epístola se menciona al Hijo de Dios, y ellos, en cambio, afirman que Cristo no es el Hijo, sino una criatura de Dios. Lo cual en ninguna parte leen, salvo cuando se celebra la mención de su humanidad.

Y esta es la confianza que tenemos en Él, etc. Nos da gran confianza para esperar los bienes celestiales del Señor, que también en esta vida obtenemos lo que saludablemente le pedimos, según lo que Él mismo promete a los creyentes en el Evangelio: "Os digo, todo lo que pidáis en oración, creed que lo recibiréis, y os vendrá" (Marcos XI). Sin embargo, es de notar que así orando somos escuchados por el Señor, si pedimos lo que Él mismo mandó. Él dice: "Buscad primero el reino de Dios y su justicia" (Mateo VI). Por lo cual bien dice Juan, después de haber dicho: "Lo que pidamos, nos escucha"; intercaló: "Según su voluntad". Por tanto, sobre estas cosas solamente nos mandó tener plena y segura confianza de ser escuchados, que no se refieren a nuestros intereses, ni a consuelos temporales, sino que concuerdan con la voluntad del Señor. Lo cual también se nos manda insertar en la oración dominical: "Hágase tu voluntad" (Ibid.), es decir, no la nuestra. Pues si recordamos también aquello del Apóstol: "Porque no sabemos qué hemos de pedir como conviene" (Romanos VIII), entendemos que a veces pedimos cosas contrarias a nuestra salvación, y es muy conveniente que nos sean negadas por Aquel que mira más rectamente nuestra utilidad que nosotros mismos. Lo cual no cabe duda que le sucedió también al maestro de los gentiles.

Y sabemos que nos escucha en todo lo que pidamos, etc. Repite de múltiples maneras lo que había dicho antes, para animarnos más vivamente a orar. Pero permanece la objeción que planteó, que pidamos según la voluntad de nuestro Creador. Lo cual puede entenderse de dos maneras, a saber, que pidamos lo que Él quiere, y que vengamos a pedir siendo tales como Él desea que seamos. Lo cual es tener la fe que obra por el amor (Gálatas V), y sobre todo recordar aquel mandamiento evangélico: "Y cuando estéis orando, perdonad si tenéis algo contra alguien, para que también vuestro Padre que está en los cielos os perdone vuestros pecados" (Marcos XI).

Quien sabe que su hermano peca un pecado que no es de muerte, etc. Estas y cosas semejantes se piden según la voluntad del Señor, que esperan el oficio de la caridad fraterna. Habla, sin embargo, de los pecados cotidianos y leves, que así como son difíciles de evitar,

también son fáciles de curar. Pero en qué orden debe celebrarse esta petición mutua por los pecados, Santiago lo insinúa más claramente, diciendo: "Confesaos unos a otros vuestros pecados, y orad unos por otros para que seáis sanados" (Santiago V). Si, por tanto, has pecado de palabra, pensamiento, olvido o ignorancia, ve a tu hermano, confíésale, pide su intercesión. Si él te ha hecho consciente de su fragilidad confesando puramente, tú también disuelves sus errores intercediendo piadosamente. Pero esto se dice de los pecados más leves. Ahora bien, si has cometido algo más grave, llama a los presbíteros de la Iglesia, y castígate ante su examen.

Hay un pecado de muerte, etc. Aquí surge una gran cuestión, porque el bienaventurado Juan muestra claramente que hay algunos hermanos por los que no se nos manda orar, cuando el Señor nos manda orar incluso por nuestros perseguidores. Lo cual no puede resolverse de otra manera, sino admitiendo que hay algunos pecados en los hermanos que son más graves que la persecución de los enemigos. Por tanto, el pecado de un hermano es de muerte cuando, después del conocimiento de Dios, que se da por la gracia de nuestro Señor Jesucristo, alguien ataca a la fraternidad, y es agitado por las llamas de la envidia contra la misma gracia por la cual fue reconciliado con Dios. El pecado que no es de muerte es si alguien no ha alejado el amor del hermano, sino que por alguna debilidad del ánimo no ha mostrado los deberes debidos a la fraternidad. Por lo cual también el Señor en la cruz dijo: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen" (Lucas XXV). Pues aún no habían participado de la gracia del Espíritu Santo, ni habían entrado en la sociedad de la santa fraternidad. Y el bienaventurado Esteban ora por aquellos que lo apedreaban, porque aún no habían creído en Cristo, ni luchaban contra aquella gracia común. Y el apóstol Pablo, creo, no ora por Alejandro, porque ya era hermano; y había pecado hasta la muerte, es decir, atacando a la fraternidad con envidia. Pero por aquellos que no habían roto el amor, sino que habían sucumbido por temor, ora para que se les perdone. Así dice: "Alejandro el herrero me ha hecho mucho mal, el Señor le pagará conforme a sus obras; a quien tú también evita, porque se ha opuesto mucho a nuestras palabras" (II Timoteo IV). Luego añade por quienes ora, diciendo: "En mi primera defensa nadie estuvo a mi lado, sino que todos me abandonaron; no les sea imputado" (Ibid.). Sin embargo, el pecado hasta la muerte puede entenderse como aquel por el cual se prohíbe rogar, porque ciertamente el pecado que no se corrige en esta vida, su perdón se pide en vano después de la muerte. Pero si examinamos cuidadosamente lo que sigue, parece que el sentido anterior se ajusta más al tenor de esta lectura. Pues se añade:

Toda iniquidad es pecado, etc. Tal es, dice, la diversidad de los pecados, que todo lo que se aparta de la razón de equidad se cuenta entre los pecados, aunque los pecados mínimos no pueden de ninguna manera quitar o disminuir el mérito de la justicia a los justos, aquellos sin los cuales no pueden en absoluto pasar esta vida, y también hay algunos pecados que tanto se apartan de toda suerte de justicia, que se cometen con tal iniquidad, que sin ninguna contradicción sumergen a su autor en el castigo eterno, a menos que se corrijan. De los cuales está escrito: "El alma que pecare, esa morirá" (Ezequiel XVIII). Con esta sentencia del bienaventurado Juan se rechaza claramente la inepta disputa de los estoicos, que se atrevieron a decir contra todo sentido del género humano, y afirmar que todos los pecados son iguales, diciendo que no hay diferencia si alguien roba a un hombre, o a un buey, o a una gallina, porque no el animal hace el crimen, sino el ánimo. A quienes siguió el hereje Joviniano, afirmando que no hay diferencia entre el matrimonio y la virginidad, que los no abstinentes en algún privilegio de retribución no deben ser preferidos a los que simplemente se banquetearon. Por tanto, todo lo que se comete o se piensa inicualemente debe referirse al pecado. Pero hay algunos pecados que son de muerte, de los cuales dice el Apóstol: "Porque los que hacen tales cosas no heredarán el reino de Dios" (Gálatas V).

Sabemos que todo el que ha nacido de Dios, no peca. Pecado, evidentemente, de muerte. Lo cual puede entenderse de todo crimen capital, y especialmente de aquel pecado por el cual se viola la fraternidad, como también expusimos antes. Pero también dijimos que el pecado de muerte puede entenderse como el pecado prolongado hasta el tiempo de la muerte, que todo el que ha nacido de Dios no peca. De hecho, el rey David cometió un crimen mortal. ¿Quién no sabe que el adulterio y el homicidio merecen muerte perpetua? Pero sin embargo, David, porque nació de Dios, porque pertenecía a la sociedad de los hijos de Dios, no pecó hasta la muerte, porque pronto obtuvo el perdón de su culpa arrepintiéndose.

Pero la generación de Dios lo conserva, etc. La gracia de Cristo, por la cual los fieles han renacido, los conserva a aquellos que han sido llamados santos según el propósito, para que no cometan pecado de muerte; y si en cualquier cosa han pecado por la fragilidad de la condición humana, los defiende para que no puedan ser tocados por el maligno. También se debe decir que permanecemos en la generación de Dios mientras no pequemos; más bien, quienes perseveran en la generación de Dios no pueden pecar, ni ser tocados por el maligno. Pues ¿qué comunión tiene la luz con las tinieblas, Cristo con Belial (II Corintios VI)? ¿Cómo (dice) el día y la noche no pueden mezclarse, así la justicia y la iniquidad, el pecado y las buenas obras, Cristo y el Anticristo, el maligno y la generación de Dios?

Sabemos que hemos nacido de Dios, etc. Nosotros somos de Dios, regenerados por su gracia y bautismo mediante la fe, y preservados para que permanezcamos en la fe. Pero los amantes del mundo están sujetos al enemigo, o nunca han sido liberados de su dominio por el agua de la regeneración, o después de la gracia de la regeneración han sido devueltos a su dominio pecando de nuevo. Y no solo los amantes del mundo, sino también aquellos que recién nacidos aún no tienen conocimiento del bien y del mal, debido a la culpa de la primera transgresión, pertenecen al reino del enemigo maligno, a menos que por la gracia del benigno Creador sean rescatados del poder de las tinieblas, y trasladados al reino del Hijo de su amor (Colosenses I). Por lo cual no dice simplemente, el mundo está en el maligno, sino con adición, "Y el mundo" (dice) "entero está en el maligno". Pues como dice el bienaventurado Ambrosio: "Todos los hombres nacemos bajo el pecado, cuyo mismo origen está en el vicio." Y en vano se esfuerza Pelagio por afirmar que los niños recién nacidos no necesitan la gracia del bautismo para renacer, porque nacen tan puros de toda mancha de pecado como lo fue Adán creado en el paraíso, sin arrastrar ninguna mancha de culpa original de él, no siendo culpables de nada hasta que comiencen a pecar por su propia voluntad. Pero nosotros, dejando de lado los venenos de los anticristos, que en toda esta Epístola aquel que bebió de la fuente de vida del pecho del Señor condena y expulsa de la Iglesia, escuchemos en la clausura la buena palabra de salvación que nos proclama. Atendamos a las obras del sumo Rey que dice. Sigue:

Y sabemos que el Hijo de Dios ha venido, etc. ¿Qué puede ser más claro que estas palabras? ¿Qué más dulce? ¿Qué más fuerte contra todas las herejías se pudo decir? Cristo es el verdadero Hijo de Dios. El Padre de Cristo Jesús nuestro Señor es el verdadero Dios. El Hijo de Dios eterno vino temporalmente al mundo, quien estaba en el mundo, y por quien el mundo fue hecho. No vino por otra causa sino por nuestra salvación, es decir, para darnos el entendimiento de conocer al verdadero Dios. Nadie podía venir a la vida sin el conocimiento divino, nadie podía conocer a Dios sin que Él mismo lo enseñara: como Él mismo dice: Y nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni al Padre lo conoce nadie sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo quiera revelarlo (Luc. X). Se sobreentiende: Y al Padre y al Hijo. El Hijo revela a ambos, quien, apareciendo visible en la carne, se dignó ahora revelar los misterios de la divinidad a través de su Evangelio.

Este es el verdadero Dios, y la vida eterna. Había dicho que el Hijo es el verdadero Dios, repite muchas veces que este es el verdadero Dios. Dice que este es la vida eterna. No ciertamente como a nosotros se nos promete la vida eterna, que así nos recibe desde el tiempo, para que nunca nos ponga fin al bien vivir; sino que el Hijo es vida sin inicio de tiempo, siempre permaneciendo, sin término siempre permanecerá.

Hijitos, guardaos de los ídolos. Vosotros que habéis conocido al verdadero Dios, en quien tenéis la vida eterna, guardaos de las doctrinas de los herejes, que conducen a la muerte perpetua, porque, al modo de aquellos que hacen ídolos en lugar de Dios, cambian la gloria del Dios incorruptible en dogmas perversos a semejanza de cosas corruptibles (Rom. I). Guardaos de la avaricia, que es la servidumbre de los ídolos. Observad, no antepongáis las seducciones del mundo al amor del Creador. Pues esto también se reputará entre los ídolos, en la medida en que, teniendo cuidado y dedicación solo por la verdad, merezcáis alegraros sin fin en su visión. Porque el mundo pasa, y su concupiscencia. Pero el que hace la voluntad del Señor, permanece para siempre (I Juan II).

EN LA SEGUNDA EPÍSTOLA DE JUAN.

El anciano a la señora elegida y a sus hijos, etc. Algunos piensan que esta y la siguiente epístola no son del apóstol Juan, sino de un cierto presbítero Juan, cuya tumba hasta hoy se muestra en Éfeso. De quien también Papías, oyente de los apóstoles y obispo en Hierápolis, a menudo hace mención en sus escritos. Pero ahora el consenso general de la Iglesia sostiene que estas epístolas también las escribió el apóstol Juan, porque realmente muestran mucha similitud de palabras y fe con su primera epístola, y con similar celo detestan a los herejes. Juan se llama a sí mismo anciano, ya sea porque había avanzado en edad cuando escribió estas epístolas, o porque el nombre de anciano, es decir, presbítero, también conviene al pontífice por la madurez de sabiduría y gravedad. De donde también Pedro dice: Ruego a los ancianos que están entre vosotros, yo anciano con ellos y testigo de los sufrimientos de Cristo (I Pedro V). El anciano, dice, a la señora elegida y a sus hijos, a quienes amo en la verdad, es decir, los amo con verdadero amor, aquel que es según Dios. O ciertamente los amo porque los considero perseverantes en la verdad.

Y no solo yo, sino también todos, etc. Porque comienza a escribir contra los herejes, porque han caído de la verdad de la fe, recuerda correctamente que hay un solo amor en el Espíritu Santo de todos los que han conocido la verdad, para que con la unanimidad y la multitud de los católicos aterrorice a aquellos que, siendo pocos, se separaron de su sociedad. Realmente todos los católicos en el mundo siguen una regla de verdad; pero no todos los herejes e infieles consienten en un error unánime, sino que no menos se atacan mutuamente que el mismo camino de la verdad.

Por la verdad que permanece en vosotros, etc. No por otra causa, dice, te amamos a ti y a los tuyos, sino por la verdad de la fe, que en nosotros siempre perdura inexpugnable, porque evidentemente también os encontramos a vosotros custodiándola invenciblemente.

La gracia, la misericordia, la paz sea con vosotros de parte de Dios Padre, etc. Como los herejes de aquel tiempo, a saber, Marción y Cerinto, negaban que el Hijo de Dios, nuestro Señor Jesucristo, fuera verdadero, y le daban un principio desde el nacimiento humano, Juan correctamente lo recuerda como Hijo de Dios Padre para confutar a los blasfemos. También testifica que la gracia, la misericordia y la paz son dadas por él como por Dios Padre a los fieles, para demostrar que es igual y coeterno al Padre, designando sus dones como los

mismos que los del Padre, como el mismo Señor hablando de su consustancialidad con el Padre, dice: Porque todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo igualmente (Juan V).

Y ahora te ruego, señora, no como escribiéndote un nuevo mandamiento, etc. Con esta palabra reprende a los herejes, que intentaban introducir nuevos dogmas, dejando aquellos que habían oído de los apóstoles, y por esto disolvían los lazos de la caridad fraterna. Dice, por tanto, que no escribe un nuevo mandamiento, sino que solo exhorta a que la fe antigua en todo y la caridad permanezcan intactas.

Porque muchos seductores han salido al mundo, etc. Y puede entenderse de los herejes que confiesan a Jesucristo encarnado, pero no sienten correctamente en alguna parte de su fe, ya sea negando su verdadera carne, o su verdadera alma, o su verdadera divinidad, o su verdadero Padre Dios, o su verdadero Espíritu Santo Dios omnipotente, o cualquier otra cosa que la fe recta confiesa. También puede tomarse de los judíos, que niegan totalmente a Jesucristo, que juran que Cristo no ha venido en carne para la salvación del mundo, sino que esperan al Anticristo para su propia perdición.

Todo el que se aparta y no permanece en la doctrina, etc. Nota la diferencia de las palabras, y abraza la verdad de la fe. Dice que el que no permanece en la doctrina de Cristo, no tiene a Dios, pero el que permanece en su doctrina, tiene al Hijo y al Padre, para mostrar que el Padre y el Hijo son un solo Dios verdadero, y refutar a aquellos que afirman que el Hijo no es Dios, o que es posterior o menor que el Padre.

Si alguno viene a vosotros y no trae esta doctrina, etc. Juan enseña aquí sobre evitar a los cismáticos o herejes, lo que enseñó con palabras, también lo ejerció con hechos. Se narra de él por su oyente, el santísimo y fortísimo mártir Policarpo, obispo de Esmirna, que en cierto momento, habiendo entrado en los baños en Éfeso para lavarse, y viendo allí a Cerinto, inmediatamente saltó y se fue sin lavarse, diciendo: «Huyamos de aquí, no sea que los mismos baños se derrumben, en los que Cerinto se lava, enemigo de la verdad.» También Policarpo, cuando alguna vez se encontró con Marción, quien le dijo: «Reconócenos,» respondió: «Te reconozco, te reconozco, primogénito de Satanás.» Tal era la cautela en la religión que usaban entonces los apóstoles y sus discípulos, que no permitían tener ni siquiera comunión de palabra con alguno de aquellos que se habían desviado de la verdad; como también Pablo dice: Al hombre hereje, después de una y otra amonestación, evítalo, sabiendo que el tal es perverso y peca, habiéndose condenado a sí mismo (Tit. III).

Te saludan los hijos de tu hermana elegida. Así como prohíbe decir ave a los adversarios de la verdad, así, por el contrario, saluda a los elegidos en nombre de los elegidos, para que los infieles sean detestados por todos los buenos, si acaso así quisieran corregirse, y la paz y la caridad de los fieles siempre crezcan entre sí.

EN LA TERCERA EPÍSTOLA DE JUAN.

El anciano a Gayo, el amado, etc. Quién o cómo fue este Gayo, se muestra en el transcurso de la epístola. Porque evidentemente acumulaba buenas obras a la fe de Cristo que había recibido; y si él mismo no era suficiente para predicar la palabra, se alegraba de sostener con sus recursos a aquellos que predicaban. Creemos que este es el Gayo del que Pablo hace mención en la Epístola a los Romanos, diciendo: Os saluda Gayo, mi huésped y de toda la Iglesia (Rom. XVI). Porque el huésped se llama tanto al que recibe como al que es recibido, era huésped de toda la Iglesia, porque recibía amablemente a todos los que venían a él, tanto predicadores como oyentes de la palabra, como los siguientes de esta epístola

manifiestamente declaran. Por lo cual Juan lo ama en la verdad, es decir, no por la gracia de bienes temporales, sino que parece amarlo solo por la mirada de los bienes eternos. Parece que Gayo estaba en Corinto, por el hecho de que Pablo, estando en esa ciudad, escribió la Epístola a los Romanos, a quienes también saluda en su nombre. Pero también en la Epístola a los Corintios, menciona a Gayo como ciudadano de Corinto, diciendo: Doy gracias a Dios que no he bautizado a ninguno de vosotros, sino a Crispo y a Gayo, para que nadie diga que habéis sido bautizados en mi nombre (I Cor. I).

Amado, hago oración por todo, etc. Esto (dice) lo deseo al Señor con frecuentes oraciones, para que lo que bien haces, bien lo completes. Y así como ahora tu alma, es decir, la intención interna de la mente, prospera, es decir, progresa en las obras abundantes de limosnas, y en la benignidad de un ánimo generoso, y en la facultad de las riquezas que distribuyes a los necesitados, así siempre puedas llevar una vida llena de virtudes con la ayuda del Señor.

No tengo mayor gracia que esta, etc. Es decir, que aquellos a quienes he engendrado para Dios predicando o bautizando, los conozca observando la verdad y la recta fe y la buena obra.

Amado, fielmente haces todo lo que obras en los hermanos, etc. Fielmente haces, dice en lugar de decir: Como verdaderamente eres fiel, así haces, mostrando por las obras tu fe.

Porque por el nombre han salido, no recibiendo nada de los gentiles. Cuando dice por el nombre, se debe entender del Señor Jesucristo. Así hablaban los antiguos. Por dos razones han salido por el nombre del Señor, ya sea para predicar su nombre viniendo por su propia voluntad, o por la fe y confesión del santo nombre expulsados de su patria por los ciudadanos o compatriotas.

Nosotros, pues, debemos acoger a tales, etc. El bienaventurado Juan se une a la persona de los fieles ricos, para que así los haga más dispuestos a tener misericordia de los pobres y peregrinos: y no debe dudarse que él pudo decir verdaderamente lo que leemos que Pablo dijo: Vosotros sabéis que para lo que me era necesario y a los que están conmigo, estas manos me han servido. En todo os he mostrado que trabajando así, es necesario socorrer a los débiles, y recordar las palabras del Señor, como dijo: Más bienaventurado es dar que recibir (Hech. XX). Los llama cooperadores de la verdad, porque quien da ayuda temporal a los que tienen dones espirituales, se convierte en cooperador en esos mismos dones espirituales. Pues como son pocos los que han recibido dones espirituales, y muchos los que abundan en bienes temporales, por esto los ricos se insertan en las virtudes de los pobres, mientras a esos mismos santos pobres les imparten de sus riquezas. Por esto el Señor dice: El que recibe a un profeta en nombre de profeta, recibirá recompensa de profeta; y el que recibe a un justo en nombre de justo, recibirá recompensa de justo (Mat. X).

Quizás habría escrito a la Iglesia, pero aquel que ama tener el primado entre ellos, etc. Diótrefes, al parecer, era algún hereje de aquel tiempo, soberbio e insolente, prefiriendo usurpar para sí el primado de la ciencia enseñando cosas nuevas, que escuchar humildemente los mandatos antiguos de la santa Iglesia que Juan predicaba. Por lo cual bien se interpreta Diótrefes como insulsamente hermoso, o locura decorada, para que el nombre también señale la perfidia del corazón.

Por esto, si vengo, recordaré sus obras. Es decir, las sacaré a la luz más manifiestamente acusándolas. Según aquello del apóstol Pablo: ¿Qué queréis, que vaya a vosotros con vara?

Lo que hace, hablando maliciosamente con palabras contra nosotros. Es de notar que no debemos excitar las lenguas de los detractores por nuestro vicio, para que no perezcan, pero debemos soportarlas con ecuanimidad cuando se excitan por su malicia, para que nuestro mérito crezca; pero a veces también debemos reprimirlas, para que mientras difunden cosas malas sobre nosotros, no corrompan los corazones de los inocentes que podían oír cosas buenas. De aquí que Juan reprende la lengua de su detractor, para que no oyeran su predicación aquellos que podían oírla, y permanecieran en malos hábitos.

Amado, no imites lo malo, sino lo que es bueno. Lo que quiere que imite, lo aclara añadiendo, diciendo:

A Demetrio se le da testimonio de todos. Porque evidentemente él acogía a los débiles, y sostenía a los necesitados por la verdad. Por tanto, propone a Gayo que lo imite, para que también él pueda ser digno de la alabanza de todos.

Paz a ti. Te saludan los amigos, etc. Manda la gracia de la paz y la salud a los amigos, para que con esto muestre a Diótrefes y a los demás enemigos de la verdad, ajenos a vuestra paz y salud.

EN LA EPÍSTOLA DE JUDAS.

Judas, siervo de Jesucristo, etc. Judas el apóstol, a quien en el Evangelio Mateo y Marcos llaman Tadeo, escribe contra los mismos corruptores de la fe, a quienes también Pedro y Juan condenan en sus epístolas.

Amados, haciendo toda diligencia para escribiros, etc. Habla de su salvación común, de aquella salvación que era común a él y a ellos. Porque de todos los elegidos una y común es la salvación, la fe, y el amor de Cristo.

Rogando que contendáis por la fe que ha sido una vez entregada a los santos. Rogando que no aprendáis otra fe que aquella que una vez os fue entregada por los apóstoles, sino que por esta contendáis siempre hasta la muerte.

Porque se han infiltrado algunos hombres, etc. Dice en este juicio, en esta condenación, que los impíos merecen haciendo. De donde el Señor dice: Y saldrán los que hicieron lo bueno a la resurrección de vida; pero los que hicieron lo malo, a la resurrección de juicio (Juan V), es decir, de condenación.

Convirtiendo la gracia de nuestro Señor en lujuria. La gracia de nuestro Señor ablandó la dureza de la ley, porque cuando aquella decía, Si alguno hace esto o aquello, sea apedreado; si alguno hace esto o aquello, sea quemado con fuego; el Señor, relajando la severidad de la ley, dio a través de la gracia del Evangelio la licencia de purgar los crímenes cometidos por la penitencia y los frutos de la limosna. Pero convierten esta gracia suya en lujuria, quienes ahora pecan tanto más libremente cuanto menos se ven examinados inmediatamente por la severidad de la ley por los crímenes cometidos.

Y negando al único Dominador y Señor nuestro Jesucristo. El único Dominador es nuestro Señor Jesucristo con el Padre y el Espíritu Santo, así como el único Dominador es el Padre con el Hijo y el Espíritu Santo; así como el único Dominador es el Espíritu Santo con el Padre y el Hijo. Toda la misma Trinidad es la única Dominadora, el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo. Porque cualquiera que nombres en la misma santa e indivisa Trinidad, es el único Dios. Y cuando nombras toda la Trinidad a la vez, nombras al único Dios verdadero.

Por lo cual se debe entender correctamente que cualquiera que niegue que el Padre de Cristo es el verdadero Dios bueno y justo, niega al único Dominador y Señor nuestro. Cualquiera que niegue que Jesucristo es el verdadero Hijo de Dios, también niega al único Dominador y Señor nuestro. Cualquiera que disminuya el poder del Espíritu Santo, también contradice a la majestad del único Dominador y Señor nuestro: porque ciertamente el mismo Padre y el Hijo y el Espíritu Santo, es nuestro único Dominador y Señor.

Pero quiero recordaros, sabiendo una vez todas las cosas. Sabiendo, evidentemente, todos los misterios de la fe, y no teniendo necesidad de escuchar cosas recientes como más santas de nuevos maestros.

Que Jesús, salvando al pueblo de la tierra de Egipto, etc. No dice Jesús hijo de Nave, sino nuestro Señor, mostrando primero que no tuvo su principio desde el parto de la santa Virgen, como afirman los herejes, sino que según el misterio de su nombre existió como Dios eterno para la salvación de los creyentes; luego insinuando que así salva a los creyentes propicio, como también justo condena a los incrédulos. Así salvó primero a los humildes clamando a Él desde la aflicción egipcia, para que luego destruyera a los soberbios murmurando contra Él en el desierto. Lo cual inculca para que también ahora recordemos que Él así salva a los creyentes a través de las aguas del bautismo, que el Mar Rojo significaba, para que también después del bautismo requiera en nosotros una vida humilde, y separada de la suciedad de los vicios, tal como la conversión en el secreto del desierto designaba merecidamente. Cualquiera que, por desviarse de la fe o por obrar mal, viole esta vida, como si hubiera regresado de corazón a Egipto, no merecerá llegar a la patria prometida del reino, sino perecer entre los impíos. De otro modo: Destruyó en segundo lugar a los que no creyeron, porque como juez justo a algunos, exigiendo las culpas, los golpea ahora y después. Solo a los que cambia, los libera del castigo con la pena. Porque a los que los males presentes no corrigen, los conducen a los siguientes.

Y a los ángeles que no guardaron su principado, etc. Y en esta sentencia, como en la anterior, primero se debe recordar que Jesús nuestro Señor castigó a los ángeles transgresores. Porque el hombre nacido al final de los siglos de la Virgen, que recibió el nombre de Jesús por el dictado del ángel, Él mismo nacido antes de todos los siglos de Dios Padre, dispuso toda criatura con el Padre como quiso, y desde el principio condenó a los ángeles soberbios bajo la oscuridad de este aire, para que los mismos en el día del juicio los reservase para penas más graves. Y por eso justamente serán condenados los que sostienen que Cristo Jesús no fue Dios verdadero, sino solo hombre, y nacido de ambos sexos. Luego se debe inferir que quien no perdonó a los ángeles pecadores, tampoco perdonará a los hombres soberbios; sino que también a estos, cuando no guardaron su principado, aquel por el cual por la gracia de la adopción fueron hechos hijos de Dios, sino que abandonaron su morada, es decir, la unidad de la Iglesia, en la cual renacieron para Dios, o ciertamente los asientos del reino celestial, que habrían recibido si hubieran guardado la fe, y antes del juicio gravemente, y más gravemente en el juicio universal, los condenará.

Sicut Sodoma et Gomorra, y las ciudades vecinas, etc. Porque dio un ejemplo de condenación en aquellos que niegan al único Soberano y Señor nuestro Jesucristo, recordando la destrucción del pueblo murmurador e infiel en el desierto, o de aquellos que se levantaron contra el autor de los ángeles malvados, así da un ejemplo del castigo de aquellos que transforman la gracia de nuestro Señor Jesucristo en lujuria, recordando el incendio de Sodoma. De igual manera, estos manchan la carne, etc. Se debe entender que también estos serán condenados como los sodomitas, que mancharon la carne, como el pueblo incrédulo

que blasfemaba la majestad del poder divino, como los ángeles que despreciaban la dominación de su Creador.

Cuando Miguel el arcángel disputaba con el diablo, etc. De qué Escrituras Judas tomó este testimonio, no es fácil de determinar. Sin embargo, se debe saber que encontramos algo similar a esto en el profeta Zacarías. Él dice: Porque el Señor me mostró a Jesús, el gran sacerdote, de pie ante el ángel del Señor, y Satanás estaba a su derecha para oponerse a él. Y el Señor dijo a Satanás: Que el Señor te reprenda, Satanás, y que el Señor te reprenda, el que eligió a Jerusalén (Zac. III). Pero en este lugar se entiende fácilmente que el sacerdote Jesús deseaba que el pueblo de Israel fuera liberado de la cautividad de Babilonia y regresara a su tierra patria. Pero Satanás se oponía a él, no queriendo que el pueblo de Dios fuera liberado, sino más bien entregado a los enemigos y naciones; por eso el ángel que era el ayudante del pueblo lo reprendía y lo alejaba de la injuria de ese pueblo. Pero cuándo Miguel tuvo una disputa con el diablo sobre el cuerpo de Moisés, no lo sabemos con certeza. Sin embargo, no faltan quienes dicen que el mismo pueblo de Dios fue llamado el cuerpo de Moisés, porque Moisés fue parte de ese pueblo; por lo tanto, Judas, lo que leyó que se hizo con el pueblo, podría decir correctamente que se hizo con el cuerpo de Moisés. Pero dondequiera y cuandoquiera que esta disputa del ángel con el diablo haya tenido lugar, se debe observar diligentemente que si el arcángel Miguel no quiso decir una blasfemia al diablo que se le oponía, sino que lo contuvo con un discurso modesto, cuánto más deben los hombres evitar toda blasfemia, y especialmente no ofender la majestad del Creador con una palabra indisciplinada.

¡Ay de aquellos que han seguido el camino de Caín, etc. Siguen el camino de Caín, quienes por envidia de los mejores asumen el nombre de doctores para ser honrados. Y se han derramado en el error de Balaam, quienes por amor a los bienes terrenales, atacan la verdad que conocen. Perecen en la contradicción de Coré, quien descendió vivo al infierno, todos aquellos que por el apetito de un primado indebido se separan de la unidad de la santa Iglesia, y sabiendo y previendo cuánto mal hacen, descienden sin embargo a los abismos de los crímenes. Y ciertamente el Señor corrigió a Caín cuando pensaba en el fratricidio, pero la envidia no le permitió salvarse. El Señor prohibió a Balaam que se opusiera al pueblo de Dios en su camino, pero el amor al dinero le impidió obedecer. Moisés, hablando el Señor en él, trató de calmar a Coré en su soberbia; pero la exaltación que lo inflamaba lo hizo incurable. Así, de hecho, así actúan los herejes, que desprecian ser corregidos por la reprensión de la santa Iglesia; más bien, se esfuerzan por matar a sus hermanos con la espada de la mala doctrina, como Caín, engañar con mal consejo como Balaam, y levantarse contra los doctores católicos como Coré, para su propia perdición.

Estos son manchas en sus banquetes, etc. Está manchado quien peca: la mancha es el mismo crimen que contamina a su autor. Y por eso llama manchas a los herejes que reprende; porque no solo en sus comilonas y borracheras, ya sean carnales o espirituales, perecen ellos mismos, sino que también pierden y contaminan a otros.

Nubes sin agua, etc. Las nubes son los santos predicadores, que, teniendo su conversación en los cielos, resplandecen con milagros y llueven con sermones. De quienes se dice a Dios: Y tu verdad hasta las nubes. Pero las nubes son sin agua los herejes, que han puesto su boca en el cielo con palabras de soberbia; pero no riegan con el agua de la sabiduría los corazones de los oyentes, que son llevados por los vientos, como por la sugestión de espíritus invisibles, son arrastrados a diversos errores de vicios.

Árboles otoñales, infructuosos, dos veces muertos, desarraigados. Un árbol está muerto cuando no produce buen fruto; pero el que también ha producido fruto de mala obra, se llama árbol dos veces muerto. Y si aquel que no quiso dar fruto de buena obra, por su esterilidad se dice que debe ser cortado y arrojado al fuego; ¿qué crees que merece de castigos aquel que, ya sea actuando perversamente o pervirtiendo a otros, ha traído los peores frutos? No es de extrañar que se diga que son árboles infructuosos y dos veces muertos, que se prueban ser desarraigados. De los santos se dice: Enraizados y cimentados en el amor (Efes. III). Pero aquellos que no temen desarraigarse de la solidez del amor, merecen si parecen tener algún buen fruto, admitirlo. Merecidamente se comparan a tales árboles otoñales, para mostrar que su salvación está desesperada. En el tiempo del otoño no solo no nacen frutos; sino que también los que nacieron suelen caer maduros. A este tiempo se asemejan aquellos que no solo descuidan dar frutos de fe, sino que también se esfuerzan por extirpar y convertir en negocios caducos lo que ven que los fieles hacen bien.

Olas furiosas del mar espumando sus confusiones. Las olas furiosas del mar son los doctores perversos, que siempre inquietos en sí mismos, son altivos, tenebrosos y amargos, y no cesan de atacar la paz de la Iglesia como la estabilidad y firmeza de los diques. Pero tales se dicen correctamente espumando sus confusiones, porque, al igual que las olas hinchadas, cuanto más se elevan en su soberbia, tanto más confundidos, se disuelven y perecen como en espumas ligerísimas.

Estrellas errantes, para las cuales está reservada la tormenta de las tinieblas para siempre. Las estrellas errantes, que son siete, nunca hacen su orto o ocaso en el mismo lugar donde lo hicieron el día anterior; sino que a veces descienden a las partes bajas de la zona invernal, a veces ascienden a las alturas de la zona estival, a veces repiten la línea media de la zona ecuatorial. Así, ciertamente, así son los herejes, que prometiendo la luz de la verdad nunca permanecen en el mismo estado de enseñanza; sino que a veces así, a veces de otra manera, informando su doctrina, insinúan cuán despreciable es la ostentación de luz que prometen. Y ciertamente entre los planetas, es decir, las estrellas errantes, son muy conocidas, la luna, el lucero, que también es el vespertino. Que a veces se toman en buen sentido, cuando el sol es el Señor, la luna es la Iglesia, el lucero es Juan Bautista, que precedió al Señor naciendo en la carne y dando testimonio de la luz. Pero también leemos en mal sentido el sol, diciendo el Señor de las semillas sembradas en pedregales: Pero al salir el sol, se secaron de inmediato (Mat. XIII). Lo que él mismo explica añadiendo: Pero al surgir la persecución por causa de la palabra, de inmediato se escandalizan (Ibid.). El ardor del sol, por lo tanto, indica el fervor de la persecución. Leemos la luna en mal sentido: El necio cambia como la luna (Eclo. XXVII). El lucero en mal sentido: ¿Cómo caíste del cielo, lucero? (Isa. XIV). Lo que no solo se puede entender del primer pecado del diablo, sino también de sus miembros que caen de la Iglesia por la herejía. El vespertino en mal sentido: Y haces que el vespertino se levante sobre los hijos de la tierra (Job XXXVIII). Porque tanto el Anticristo como sus ministros, aunque se transfiguren como ángeles de luz, no dan testimonio de la luz divina, como el lucero al sol; sino que más bien muestran las obras de las tinieblas a sus seguidores; al igual que la estrella que se llama Vespertino, que apareciendo en el oeste al atardecer es precursor de la noche que sigue. Estrellas, dice, errantes, para las cuales está reservada la tormenta de las tinieblas para siempre. Con razón serán arrojados a las tinieblas de tormentos eternos, quienes introducían en la Iglesia de Dios bajo el nombre de luz las tinieblas de los errores. Merecidamente serán golpeados por la tormenta de los castigos, quienes a semejanza de las tempestades marinas, turbaban la paz de los fieles.

Profetizó también de estos el séptimo desde Adán, Enoc, etc. No lo dice contra todos los hombres, sino contra todos los impíos, no dejando a ninguno de ellos impune. De los cuales se añade:

Y para reprender a todos los impíos. Dice que Enoc es el séptimo desde Adán, quien profetizó esto, para confirmar con el ejemplo lo que dijo antes: Que ya desde hace tiempo estaban destinados a tal juicio los hombres impíos, que en su tiempo se introdujeron para subvertir la fe de los piadosos.

Y para reprender, dice, a todos los impíos de todas las obras de impiedad de ellos, etc. Esta sentencia es verdadera, porque el Señor viniendo en juicio reprenderá a los impíos, no solo por las obras, sino también por las palabras, y juzgará a los inicuos; sin embargo, se debe saber que el libro de Enoc, del cual lo tomó, es considerado por la Iglesia entre las Escrituras apócrifas, no porque las palabras de tan gran patriarca puedan ser rechazadas de ninguna manera, o deban ser consideradas falsas, sino porque ese libro que se ofrece bajo su nombre, no parece haber sido escrito verdaderamente por él, sino editado por otro bajo el título de su nombre. Si realmente fuera suyo, no sería contrario a la fe sana. Ahora, sin embargo, porque contiene muchas cosas increíbles, entre las cuales está aquello de los gigantes, que no tuvieron hombres como padres, sino ángeles, claramente a los doctos no les parece ser los escritos de un hombre veraz que están manchados de mentira. Por lo tanto, esta misma Epístola de Judas, porque tiene un testimonio de un libro apócrifo, en los primeros tiempos fue rechazada por muchos. Sin embargo, por su autoridad y antigüedad y uso ha merecido ser contada entre las Escrituras sagradas, especialmente porque Judas tomó tal testimonio del apócrifo, que no era apócrifo y dudoso, sino que era claro con la verdad luminosa de la verdadera luz.

Estos son murmuradores, quejosos, etc. Cuanto más murmura y se queja alguien de los trabajos presentes de la Iglesia, tanto menos ha extinguido en sí los deseos de la carne. Pero al contrario, el santo Daniel y los demás hombres de deseos celestiales, cuanto más ardientemente desean solo lo celestial, tanto más desprecian con desprecio todas las cosas transitorias que parecen adversas.

Estos son los que se segregan a sí mismos, etc. Por eso los reprobos se segregan a sí mismos de la suerte de los justos, por eso son animales, es decir, siguiendo las concupiscencias propias de su alma, porque no han merecido tener el Espíritu de unidad por el cual la Iglesia se congrega, por el cual se hace espiritual. Por eso se disuelven, porque no tienen el coagulo de la caridad.

Vosotros, sin embargo, amados, edificándoos a vosotros mismos sobre vuestra santísima fe, etc. Oramos en el Espíritu Santo, cuando inspirados por la divina inspiración pedimos ayuda celestial, para recibir los bienes que no podemos tener por nosotros mismos. Así, pues, nos advierte el bienaventurado Judas que nos edifiquemos a nosotros mismos sobre el fundamento de la santa fe, así nos manda unirnos como piedras vivas a la casa de Dios, que es la Iglesia, así nos ordena guardarnos en el amor de Dios, para que nunca presumamos de nuestras fuerzas, sino que esperemos en la ayuda de la protección divina, no sea que alguien, según el dogma de Pelagio, proclame que puede salvarse por sí mismo, sino que todos pidamos la venida del Espíritu Santo sobre nosotros, para que inspirados podamos orar más ardientemente, no sea que con aquellos que no tienen el Espíritu, y por eso permanecen animales, seamos segregados de la sociedad de la santa Iglesia.

Y a estos ciertamente reprendedlos juzgados, a aquellos salvadlos arrebatándolos del fuego, etc. Lo que dice en temor debe unirse a las tres cosas que propuso. Porque quien reprende a los apóstatas y los muestra condenables, debe hacerlo con temor, no sea que algo así le suceda a él o a los suyos. Y quien ha rescatado a otro del incendio de los vicios castigándolo, debe considerarse a sí mismo, no sea que también él sea tentado. Y quien tiene misericordia del prójimo penitente, también debe hacer esto con precaución, no sea que resulte más severo o piadoso de lo justo.

Odiando incluso la túnica manchada por la carne. Llama túnica carnal a nuestro cuerpo. No debemos odiar nuestro cuerpo, sino odiar de todas maneras que esté manchado, y hacer cuanto podamos para que se vuelva inmaculado, para que merezca convertirse de carnal en espiritual. Lo cual, porque no se debe hacer por el poder de nuestro arbitrio, sino por la gracia de Dios, correctamente se añade:

A aquel que es poderoso para conservaros sin pecado, etc. Bien dice aquí que seremos constituidos en exultación ante la presencia de la gloria de Dios, a quienes antes nos advertía servir a Dios con temor. Porque cuanto más temerosos seamos de nuestros actos en el presente, tanto más nos regocijaremos en el futuro por la recompensa recibida.

Al único Dios Salvador nuestro por Jesucristo nuestro Señor, gloria y magnificencia. Esta cláusula refiere la gloria coigual y coeterna en todo y antes de todos los siglos, al Padre y al Hijo. Y también refuta el error de aquellos que creen que el Hijo es menor o posterior al Padre, cuando dice que la gloria, magnificencia, imperio y potestad son del Dios Padre por Jesucristo nuestro Señor. Y esto no desde el principio de algún tiempo, sino antes de todo siglo, y ahora y en todos los siglos de los siglos. Amén.